

AMOR, MATRIMONIO Y ESCARMIENTO

JACINTO CHOZA

AMOR, MATRIMONIO Y ESCARMIENTO



THÉMATATA

SEVILLA • 2017

Título: *Amor, matrimonio y escarmiento*
Primera edición: 1991.
Segunda edición: Mayo 2017

© Jacinto Choza.
© Editorial Thémata 2017.

EDITORIAL THÉMATA
C/ Antonio Susillo, 6. Valencina de la Concepción
41907 Sevilla, ESPAÑA
Tlf: (34) 955 720 289
E-mail: editorial@themata.net
Web: www.themata.net
Maquetación y Corrección: MMM y JCh.

ISBN: 978-84-947082-0-6

DL: SE 1151-2017

Imprime: GRÁFICAS ULZAMA, S.L. (NAVARRA)
Impreso en España • Printed in Spain

Reservados todos los derechos exclusivos de edición para Editorial Thémata. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios a cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con la autorización escrita de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	11
1. Sexo de letras y sexo de ciencias.....	15
2. Todo lo que no sea casarse por dinero, es puro erotismo.....	19
3. La verdadera substancia erótica	23
4. El amor no es ciego. Es muy exagerado	27
5. La tribu de “los hombres” y la tribu de “las mujeres”	31
6. La nebulosa romántica y la racionalidad masculina	35
7. La imaginación femenina es superior a la humana	39
8. La liturgia del vestido de novia	43
9. Lo que cuesta parecer natural	49
10. ¡Al fin, solos!	53
11. Pero, ¿Dónde está el sentido común?	57
12. Te quiero, ergo te suplanto.....	61
13. La zona de las tempestades. El cuarto de baño, la sala de estar y el despacho	65
14. Más vale cenar dos veces que dar explicaciones.....	69
15. Las aberraciones del marido y el cualquiera trascendental....	73
16. El arte de culpabilizar la conciencia.....	77
17. Técnicas de seducción y doma.....	81
18. El poder desgasta, sobre todo al que no lo tiene	85
19. No permitas que tu sentido de la moral te impida hacer el bien.....	89
20. Hija, un marido no es para mirarlo. Es para tenerlo	93
21. Los hombre solamente quieren una cosa	97
22. Ley Hooke: “es que no puedo soportarla más”	101
23. Proverbio árabe	105

24. El Corán dice que si eres rico, puede tener hasta cuatro mujeres	109
25. ¡Oh, las Maris! ¡Oh, las columnas de la civilización!	113
26. La huelga de intendencia y la guerra del Peloponeso.....	117
27. La más fuerte de todas las pasiones	121
28. La verdad, como la mayonesa, tiene su momento.....	125
29. Pulgarcito y la cenicienta	129
30. Mamá, ¿Papá es raro? Si, papá es muy raro.....	133
31. Otra cosa que no se llama amor.....	137

PRÓLOGO

Desde que los romanos inventaron la humanidad, los modos de ser y de actuar se pueden dividir en humanitarios e inhumanos. Entre las actividades consideradas más humanas se encuentra la de ponerse en el lugar del otro. Los antropólogos creen que su profesión consiste en eso más que ninguna otra, y que ejerciéndola contribuyen a la mejor comprensión y acercamiento entre las diferentes culturas y pueblos.

Las diferencias culturales se dan, desde luego, entre razas y pueblos diferentes, pero también entre clases sociales diferentes, entre edades diferentes, entre sexos diferentes, etc. Hay bastantes estudiosos de psicólogos, sociólogos y antropólogos, dando cuenta de las diferencias y de las peculiaridades propias de “los hombres” y “las mujeres”, y que suministran muchos materiales para la comprensión recíproca, así como inagotable arsenal para la mutua agresión y la guerra fría.

El conjunto de observaciones contenidas en estas páginas no añaden ninguna novedad especial a los estudios ya publicados, y solamente puede aspirar al mérito de ser más corto (lo que, en ocasiones, no es un mérito pequeño).

Se trata de una recopilación de dichos en que se recoge la sabiduría popular, relatos en que se refieren diferentes experiencias personales a veces algunas reflexiones y algunas comparaciones históricas.

Todo ello no tiene por objeto introducirse en ninguna posición ajena, sino más bien ayudar a reírse de la de uno mismo, es decir, a salir de la posición propia. Cuando ello es posible, tiene un efecto relajante, desdramatizador, y en algunos casos supone una ayuda positiva para la convivencia doméstica. Prestar tal servicio es el objetivo perseguido.

La mayor parte del trabajo ha consistido en prestar atención a mi entorno, y en disponer la información de modo que hubiese un cierto orden y una secuencialidad parecida a un argumento.

Muchos de entre mis colegas, parientes y amigos, reconocerán en los diferentes pasajes sus aportaciones, por las cuales les quedo muy agradecido.

Hay que hacer una advertencia. Los relatos que se recogen aquí reflejan algunos episodios y acontecimientos ordinarios, tal como han sido vividos por los diferentes sujetos, sin ninguna particular elaboración científica.

Nada de lo que aquí se expone tiene, por tanto, un valor objetivo. Todo es estrictamente subjetivo. Y no porque los informantes no tengan capacidad de elaboración científica, que en diversos casos sí la tienen, y mucha, sino porque las personas dedicadas a la ciencia no siempre viven en sus casas científicamente.

Aunque estén profundamente consagrados a las ciencias o a las letras, es muy frecuente que los hombres y las mujeres se comporten en sus relaciones domésticas como maridos y como mujeres, más que como científicos o humanistas, y que al dar cuenta de sus propias experiencias, de su modo de vivir los diversos acontecimientos, lo hagan con los términos de los lenguajes que más frecuentemente utilizan, que suele ser el de su medio laboral y social.

El hecho de que lo referido aquí no pretenda tener valor objetivo, y se declare paladinamente como experiencia subjetiva, no significa que no exprese algo real o no se refiera a problemas reales. La cuestión de la realidad, sin embargo, trasciende con mucho el marco de este conjunto de bocetos. Es asunto que queda reservado para las disputas de los psiquiatras y los filósofos.

Jacito Choza
Sevilla, 8 de septiembre de 1991

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Los hombres existen para realizar ideas y las mujeres para realizar hombres. Para realizar personas, seres humanos, varones y mujeres. Al menos, así era en la cultura patriarcal. Los hombres tienen especial facilidad para concentrarse en sus trabajos y proyectos y sentirse muy responsables de ellos, y las mujeres tienen especial facilidad para sentirse responsables de las personas de la familia y concentrarse en ellas. Es posible que esas peculiaridades provengan de configuraciones cerebrales diferentes, que se manifiestan en la mayor frecuencia de la enfermedad de Alzheimer entre las mujeres y del autismo entre los varones, y de otros modos registrados en la práctica médica. La medicina de género es un ámbito de investigación apenas inaugurado.

Los hombres se inclinan más a dar prioridad a las tareas profesionales sobre las domésticas y las mujeres más a darla a las domésticas sobre las profesionales. Eso es lo habitual en las sociedades tradicionales, cuyos modelos y parámetros tienden a ser modificados poco a poco por las imparables corrientes de la igualdad democrática, que van limando el machismo y el sexismo arraigado en las culturas de occidente, y mucho más en las del oriente y el islam.

Las corrientes de la igualdad democrática, los diversos movimientos feministas, las ideologías de género y otras tendencias de pensamiento, junto con las profundas transformaciones sociales que provocan las nuevas tecnologías, las nuevas configuraciones económicas y las nuevas formas de organización política, están produciendo una reducción del contraste, e incluso de la diferencia, entre lo masculino y lo femenino, que parece conducir a un cierto equilibrio.

Los principios democráticos alcanzan cada vez más la aspiración a la igualdad de oportunidades, y facilitan cada vez más por igual a hombres y mujeres el acceso a las actividades políticas, económicas, tecnológicas, artísticas, etc.

La antigua sociedad machista se feminiza obteniendo con ello enormes beneficios. La feminización de la sociedad va homologando en un estilo cada vez más homogéneo las formas del lenguaje, de los ademanes, de la cortesía, del atavío, etc.

Incluso el reducto más inexpugnable y exclusivo de la mujer, la maternidad, va perdiendo terreno frente a la tecnología médica, a medida que las formas de vivir del siglo XXI hacen cada vez más frecuente el fenómeno de la infertilidad en hombres y mujeres, y generan crecientes distancias entre sexo, concepción, gestación, alumbramiento y crianza, y creciente tecnificación de todos esos procesos.

Los sistemas de reproducción asistida, adopción y filiación, cada vez resultan más complejos, y absorben cada vez unas sumas de dinero que en algún momento podrían superar las invertidas en la concepción, gestación y filiación naturales o tradicionales. En estas nuevas posibilidades biotecnológicas se concentra una gran cantidad de problemas biológicos, técnicos, jurídicos, económicos y políticos. En este libro no voy a tratar de ninguno de ellos. No porque no sean importantes, y no porque no le haya dedicado tiempo de estudio y de trabajo, sino justamente porque ya se lo he dedicado.

He intentado poner orden y claridad en algunos de esos problemas en *Antropología de la sexualidad* (2ª ed. 2017), *Historia de los sentimientos* (2011) y *La privatización del sexo* (2016), aunque todavía queda bastante por aclarar después de lo expuesto en ellos.

La convergencia entre lo masculino y lo femenino tiene una fase particularmente intensa entre las dos últimas décadas del siglo XX y las dos primeras del siglo XXI. En la década de los 80 los países occidentales proclaman el derecho a la identidad sexual según lo que cada uno siente y cree ser sexualmente, es decir, desplazan el criterio de identificación sexual del nivel genital anatómico y fisiológico al nivel psicológico.

El sexo deja de ser un asunto *fundamentalmente* del cuerpo y pasa a ser un asunto *fundamentalmente* de la psique. En último término el *fundamento* del sexo no está en el cuerpo, sino en el alma, o en el espíritu.

En la segunda década del siglo XXI se generaliza en la mayoría de los países del mundo la legalización del matrimonio entre personas de la misma dotación genital anatómica y fisiológica. Y en esa misma

década empiezan a aflorar conflictos y fenómenos de violencia entre parejas constituidas por personas de la misma dotación genital anatómica y fisiológica.

Esos fenómenos generan apelaciones a los tribunales en defensa de los damnificados, y reclamaciones de determinación pública de diferenciación “sexual” o de “género” entre agresores y víctimas. Dicho más claramente, empieza a reclamarse que se establezca legalmente la diferencia entre “masculino” y “femenino” dentro de las parejas que tienen la misma dotación genital masculina y las que tienen la misma dotación genital femenina. En las cortes europeas y en las americanas.

Empieza a reclamarse el establecimiento legal de, al menos, seis tipos de sexo diferente, según la combinatoria entre sexo psicológico y sexo genital que se encuentra en las parejas actuales: parejas con sexo genital femenino y sexo psicológico masculino/femenino, parejas con sexo genital masculino y sexo psicológico masculino/femenino, y parejas con sexo genital masculino/femenino y sexo psicológico masculino/femenino. Decididamente, el sexo y el género son fundamentalmente determinaciones psicológicas.

La nueva reedición de *Amor, matrimonio y escarmiento* (1ª ed. 1991) tiene el sentido de ofrecer una visión del sexo desde el punto de vista psicológico. La diferenciación entre “la tribu de los hombres” y “la tribu de las mujeres”, entre lo masculino y lo femenino, tiene validez independientemente de cuál sea la dotación genital anatómica y fisiológica de los integrantes de la pareja. En realidad, eso ya se ha puesto de manifiesto de diversos modos en la literatura y en el cine, y tiene una de sus primeras y mejores expresiones en la película de Walter Matthau y Jack Lemmon *Una extraña pareja*, dirigida por Gene Saks en 1968 sobre una obra de teatro de Neil Simon.

La convergencia entre lo masculino y lo femenino no significa, quizá en ningún caso, que los varones no deseen seguir siendo varones y las mujeres seguir siendo mujeres. La mayoría de los hombres y las mujeres desean seguir siendo hombres y mujeres. Y si no lo desean tienen abiertos los caminos biotecnológicos y jurídico-políticos para cambiar. Si cambian y llegan a establecer relaciones de pareja, pueden adoptar dentro de ella roles masculino o femenino según sus inclinaciones, aunque esos roles todavía no estén establecidos ni protegidos legalmente.

Lo masculino y lo femenino pueden ser considerado como configuraciones psíquicas, incluso espirituales. Si hay ángeles, elfos y serafines, también hay ninfas, hadas y náyades en las mitologías y representaciones plásticas de todas las culturas, incluso en algunas tan patriarcales como el cristianismo. Un libro sobre *el sexo de los ángeles* no solamente tendría ahora pleno sentido, sino que resulta cada vez más necesario. Porque puede suministrar claves importantes sobre la existencia humana masculina y la femenina, independientemente de la dotación genital anatómica y fisiológica.

Un libro sobre las diferencias psicológicas, espirituales, entre el ser masculino y el femenino, y sobre los conflictos que surgen en la convivencia entre los dos tipos de seres, es siempre actual, como los estudios sobre el amor entre ellos, como la lírica amorosa y como la música y la danza de cortejo. También si el libro está elaborado en clave humorística, que tiene la ventaja de poner de relieve aspectos de las diferencias que no resultan tan claras desde otras perspectivas. Por otra parte, la clave humorística frecuentemente ofrece una salida indulgente a la cólera que a veces se produce en los conflictos de género. El humor tiene no pocas veces concomitancias terapéuticas, compasivas y apaciguadoras. Y si este libro contribuye a un efecto así en uno sólo de los lectores, ya ha merecido la pena la tarea de la reedición.

Sevilla, 13 de mayo de 2017.

1. SEXO DE LETRAS Y SEXO DE CIENCIAS

Aunque se ha ganado mucho terreno en la multiseccular batalla por la igualdad de derechos de las mujeres frente a los hombres, e incluso por la eliminación de toda diferencia, y aunque se mantiene viva la esperanza de superar toda discriminación injusta, es muy probable que se mantenga igualmente vivo el deseo de que la diferencia sexual no sea anulada del todo.

Algunos científicos en sus proyecciones sobre la sociedad futura y el progreso de la ciencia han hablado de la posibilidad de evitar el sexo mediante un *by pass*, de forma que la producción de seres humanos se consiga por otros cauces, y el goce de la sexualidad sea compensado por otras satisfacciones que el grupo social suministre. Pero hay motivos para sospechar que la superación de toda diferencia en ese terreno no sea del agrado de todos, y, aunque técnicamente viable, no fuera sancionada por el acuerdo de la mayoría.

Hay motivos para sospechar que la diferencia sexual entre hombres y mujeres se mantendrá en nuestra cultura todavía durante bastantes años, que los hombres y las mujeres seguirán estableciendo relaciones y formas de cooperación fundadas en sus diferencias sexuales, y que a la vez que fuentes de placeres y goces, como en el pasado, seguirán siendo fuentes de conflictos y de incomprensiones.

Los científicos, humanistas y filósofos, no menos solícitos por la felicidad y el bienestar de los hombres que los predicadores y los políticos, siempre han compuesto sus recetas, reglas y exhortaciones, para reducir al mínimo lo penoso y desagradable, y obtener el máximo rendimiento de las posibilidades humanas de bienestar físico, psíquico y espiritual. Y es probable incluso que lo hayan hecho casi siempre con el máximo desinterés.

Claro está que cada época tiene su estilo, y cada actor social su propia responsabilidad en el modo de referirse a las relaciones eróticas. En la

antigüedad latina y medieval uno podía encontrar esos libritos titulados *ars amandi*, y cuyo contenido podía corresponder perfectamente a títulos modernos como el de “hombres: guía de uso y disfrute”. También en el medievo y a lo largo de toda la edad moderna uno podía encontrar, bien que escritos por otro tipo de personas, libros en que se desarrollaba una prolija preceptiva matrimonial, y en los que se trenzaba una normativa para ser una buena esposa que no tenía nada que envidiarles a las reglas para escribir sonetos o comedias, o a los procedimientos para la purificación del azogue. No es fácil, sin embargo, encontrar tratados semejantes sobre cómo ser un buen marido. Por regla general, su tarea consistía fundamentalmente en conseguir que la mujer fuera una buena esposa.

A partir de los movimientos románticos, empieza a darse en nuestra cultura occidental otro tipo de floración literaria que es el ensayo sentimental. La relación entre los sexos se despliega en una cascada de sentimientos tan delicados, en tirabuzones tan deliciosamente enredados unos con otros, tan exquisitos en su expresión y tan suaves para el paladar de la inteligencia cultivada, que algunos llegaron a temer que para hacer el amor de un modo propiamente humano había que tener nacionalidad francesa.

Pero esto es una visión de la historia del amor que hace pensar en una progresiva espiritualización de la sexualidad por obra y gracia de los humanistas. Se trata de una visión que no tiene para nada en cuenta las diferencias de clases, ni las relaciones de poder, ni a la ciencia, y que, por lo tanto, puede ser incluso ideológica, es decir, elaborada con intenciones inconfesables por la clase dirigente.

Algunos autores exponen las cosas de otra manera. Ponen de manifiesto cómo, a lo largo de la historia, el hombre ha ido adquiriendo un conocimiento más adecuado de sí mismo. En la antigüedad remota y salvaje, el hombre era confusamente concebido según nociones mitológicas como un ser compuesto de cuerpo y alma. Posteriormente, con el nacimiento de la ciencia y los progresos de la razón, se demostró con claridad que se trataba de un cuerpo integrado de partes bien distintas, a saber, cabeza, tronco y extremidades. Pero ya en los comienzos de la época actual, al desarrollarse los saberes psicológicos y antropológicos, y descubrirse su más profunda e íntima constitución se comprobó que era una realidad unitaria que constaba de pene y portapene.

Naturalmente esto resultó chocante a primera vista, e incluso de mal gusto, pero eso fue solamente durante un tiempo, y para las mentes poco familiarizadas con la ciencia, de las cuales probablemente en Europa y América del norte no queda ya ninguna en las ciudades.

A lo largo de todo el siglo XX los análisis científicos han puesto de relieve hasta qué punto los objetos manufacturados son una réplica de los órganos sexuales, o símbolos de ellos, y la publicidad comercial, ese arte tan lleno de ciencia psicológica, lo ha ido señalando cada vez con más claridad. Puede parecer que unas cosas no tienen nada que ver con otras, pero es sólo la apariencia. Unas ciencias verdaderamente totales, como la antropológica y la psicología, son capaces de relacionar lo superficial con lo profundo, las apariencias con las cosas que son verdaderamente en sí, con lo sustancial. Y pueden dar la clave para establecer unas relaciones sexuales entre el hombre y la mujer según formas verdaderamente estables, firmes y consistentes. Pueden calcular el éxito que tendrá una elección matrimonial en función de diversos parámetros como la intensidad de los estímulos, la cotización de los valores éticos, la estabilidad de los roles sociales, etc.

Desde una perspectiva actual, resulta asombroso cómo en el pasado algo tan importante como la actividad erótica podía ejercerse con unos márgenes de riesgo tan elevados. La seguridad también es un descubrimiento contemporáneo.

2. TODO LO QUE NO SEA CASARSE POR DINERO, ES PURO EROTISMO

Existe la creencia, ampliamente difundida en nuestro medio cultural, de que los hombres y las mujeres contraen matrimonio porque se aman y para hacer el amor, para tener su casa, y construir su familia.

Este prejuicio sigue aún tan extendido que a la mayoría de la gente le parece que si un hombre y una mujer se aman es natural que se casen. Más aún, contraer matrimonio si esos sentimientos no están presentes se considera frecuentemente como indigno, como alienante, como una monstruosidad.

Si esos sentimientos están presentes en uno de los contrayentes, pero no en el otro, aquel que carece de ellos y accede a contraer es mirado como un héroe, una víctima, o un imbécil; o bien como un egoísta, un estafador y un canalla, si las circunstancias son otras.

Si los mencionados sentimientos están ausentes en los dos, entonces suele suceder que el enlace carece de emoción; se tiende a considerar desde el punto de vista de la utilidad y puede celebrarse menos que un contrato laboral o de alquiler, pues frecuentemente produce menos resonancia sentimental.

En nuestro medio cultural, casarse quiere decir casarse por amor, y ése es el único motivo legítimo para hacerlo. Sin embargo, desde el punto de vista de la regulación jurídica, el amor no aparece como algo particularmente relevante. Los jueces, tanto civiles como religiosos, no suelen preguntar a los contrayentes si se aman. Preguntan si quieren contraer matrimonio, si aceptan o quieren cada uno al otro como legítimo esposo o esposa, y si la respuesta es afirmativa, el matrimonio queda efectuado.

El juez no acostumbra a indagar los motivos por los que deciden casarse. La tendencia más común es a pensar que lo hacen porque se

aman, pero muy bien podrían estar siguiendo el consejo del abuelo catalán "hijo mío, todo lo que no sea casarse por dinero es puro erotismo", y el matrimonio quedaría realizado de un modo igual y plenamente lícito y válido. No se pregunta si el motivo es el amor porque, aunque fuese verdad, no resultaría tan fácil probarlo. No es evidente que si se dicen más de veinte veces al día: "-¿Qué hacemos, mi vida? - Lo que tú quieras, cielo" se aman, y si se lo dicen menos de diez veces, no hay real y verdadero amor.

En la cultura islámica una muchacha indonesia puede estar convencida de que, cuando termine sus estudios universitarios en Europa y vuelva a su país, se casará con el hombre que sus progenitores le hayan buscado a tal efecto, y de que será feliz con él porque, dado que lo han elegido sus padres como marido para ella, será un hombre de su mismo nivel social y cultural, y, por consiguiente, de costumbres y hábitos muy similares a los suyos, lo que garantiza la armonía y felicidad en su matrimonio.

Lo más parecido a este punto de vista que encontramos en nuestra cultura es el abuelo catalán, pero los abuelos no suelen casarse cuando son abuelos, y cuando no lo son, no es frecuente que vean las cosas de esa manera, ni siquiera siendo catalanes.

Irremediablemente, si se comportan como se espera de ellos, y según lo que todo el mundo y ellos mismos consideran honesto, legítimo y digno, los contrayentes se casan por amor. Eso es lo verdaderamente importante, lo substancial, lo que hace que un matrimonio sea real y verdaderamente eso. Lo demás es accidental, accesorio y, en el fondo, carece de importancia. Porque "si se quieren, seguro que salen adelante".

Si se van a casar lo fundamental es que se amen, porque lo substancial en un matrimonio es hacer el amor. Lo demás tiende a ser considerado como accidental desde determinados puntos de vista.

Lo accidental, en este caso, son todas las horas del día y el resto de las horas de la noche, ese conjunto de actividades triviales y rutinarias como entrar y salir de casa en unos u otros momentos, sentarse en una butaca, comer en horas más o menos determinadas, ver la televisión, limpiar el polvo, leer el periódico, arreglarse el pelo, hacer la compra, recoger a los niños, llamar al fontanero y al electricista etc.

Realmente hacer el amor es un acontecimiento tan denso y profundo, con tanta carga de energía nuclear, que solamente el recuerdo de haberlo vivido antes y la expectativa de volver a vivirlo después, debería de rodear de un nimbo mágico o de un halo maravilloso todo lo demás que va a vivirse con o junto a la persona amada, todas esas cosas son accidentales. Los filósofos dicen que la substancia es la causa de los accidentes, y las cocineras saben que la substancia de la sopa es este hueso de jamón o esta pastilla de concentrado de carne, que es realmente la causa de que este alimento o aquel otro tengan ese regustillo. Y sin duda que las leyes de los filósofos se cumplen, y que la experiencia de las cocineras se confirma una y otra vez. Pero también acontece, como por una extraña maldición metafísica, que los accidentes se independizan poco de la substancia, y que lo que es potencial no resulta siempre activado por su raíz energética, por su acto propio.

No es infrecuente que eso suceda y el *Repertorio Anecdótico Popular Español* lo registra. “Mi marido llega tan cansado por las noches que se mete en la cama y se duerme en el acto - Pues el mío, antes del acto”.

Los accidentes se independizan y pueden llegar a adquirir consistencia y una densidad que los haga verdaderamente substanciales. Comer galletas en la cama y dejarla sembrada de menudas migajas que se clavan en la piel, puede llegar a ser considerado como el acto más substancial, hasta el punto de poder llegarse a pensar que aquello consiste básicamente en una relación interpersonal de odio cuya dinámica es la crueldad mental.

Por supuesto, el odio y la crueldad mental, aunque existan realmente, tampoco son más fáciles de probar que el amor. En esa tesitura, el alma filosófica que todos los seres humanos albergan, da salida sin inhibiciones a sus tendencias positivistas, y se inclina a aceptar que lo que realmente existe es lo que se ve en los signos meramente externos. Que un arañazo en la cara es una señal de ira o de odio; que cinco arañazos y cuatro hematomas significan brutalidad cruel; que una caricia o dos significan erotismo, o amor, etc. Se tiende a pensar que hay una compleja comunidad de intereses que le da consistencia a los vínculos intersubjetivos.

De entre todos los intereses que vinculan las subjetividades, aparecen entonces los de tipo monetario como los más nítidos. El dinero es algo diáfano, claro, material, limpio, que se ve inmediatamente su valor. El amor es la confusa mezcla de oscuros, nebulosos e inconfesables deseos.

3. LA VERDADERA SUBSTANCIA ERÓTICA

El dinero es algo nítido, obvio, que vale lo que vale. El amor es completamente difuso y vaporoso, poco fiable. El trabajo, y el esfuerzo físico en general, es una actividad que rinde en razón directamente proporcional a lo invertido en ella, una actividad previsible en su coste y en sus resultados. El amor puede dar lugar a decepciones: una inversión considerable en invitaciones al cine y a aperitivos, en regalos y en tiempo de espera y de compañía, etc., puede tener resultado cero, es decir, una negativa. Y otras veces una mirada distraída y una conversación impremeditada, puede dar lugar a unos resultados substanciosos, como una ganancia repentina en la bolsa, que también en este caso puede producirse aunque no se tengan acciones, o unos beneficios abrumadores que pueden llegar aunque no se tenga almacenes, o aunque estén saturados de *stock*. Por eso, en el amor a veces se puede tener la impresión de lotería, o la de fraude y engaño, cosas ambas que se pueden evitar en aquellos negocios en los que las cuentas están claras desde el principio.

“-Tú te casas conmigo sólo por el interés -No, guapa, por el interés y por el capital”. No cabe concebir ninguna forma de juego más limpio.

Y después de que, durante un cierto tiempo de convivencia, cada uno ha hecho al otro cosas que realmente no se le hacen a una persona a la que se quiere, todo el mundo se inclinaría a pensar que la realidad de esos vínculos subjetivos es verdaderamente el interés.

Pero esa inclinación no llega a cuajar por completo en un juicio o en una convicción contundente porque la realidad, como todo el mundo sabe, no existe.

El alma filosófica de los humanos, además de albergar tendencias profundamente positivistas, nutre también incorregibles inclinaciones idealistas. Una mujer no es “verdaderamente” una madre, y no

es “realmente” una esposa, si no se comporta como una madre, y una esposa *deben* comportarse, que es como todo el mundo *espera* que lo hagan. “En realidad, eso no es casarse”. “En realidad, nunca han sido un verdadero matrimonio”. “Pero realmente se quieren”. “Pues si realmente se quisieran harían las cosas de otra manera”.

El ser humano tiene un tropismo incorregible a considerar que algo es real y verdadero si concuerda con lo que debe ser, una inclinación invenciblemente constante a conocer y juzgar lo visible por lo invisible. Está irreversiblemente corrompido por unas inconscientes tendencias metafísicas, que le llevan a unas monstruosas síntesis entre positivismo e idealismo. Considera que algo existe realmente si los hechos que se manifiestan después concuerdan con lo que se había dicho y supuesto antes, es decir, si lo que aparece concuerda con lo que se espera y lo que debería ser. Y si no se da esa conjugación de las estrellas, ni lo que es, ni la apariencia, ni el deber de ser, alcanzan la categoría de lo que llamamos realidad. La realidad, como todo el mundo sabe, no existe. Es esa conjunción de las estrellas.

Desde este punto de vista, el amor reúne tantos o más requisitos que el dinero para ser realidad, para ser verdad, y por tanto, también para ser mentira, porque consta de unos hechos que aparecen, de unas expectativas que pueden ser cumplidas o defraudadas, y de un deber ser que permite la formación de esas expectativas.

En estos asuntos, todo el mundo sabe qué es la verdadera substancia, qué es la carne, y qué es la guarnición. Pero todo el mundo sabe también que la guarnición es muy importante, pues puede provocar que lo sumamente apetecible de suyo, llegue a resultar insulso, o incluso nada apetecible.

La cuestión más problemática es, como siempre, la más metafísica, a saber, dónde empieza y termina la substancia, y dónde empieza y termina la guarnición. Comúnmente se supone que los encajes y los perfumes pertenecen de suyo a la categoría de la guarnición, mientras que todos esos papeles que tiene encima de la mesa, su modo de tomar la ensalada, etc., no tienen, en principio, nada que ver ni con lo substancial ni con lo accidental, y que más bien pertenecen a universos diferentes o incluso ajenos.

Pero esas suposiciones llega un momento en que aparecen como completamente gratuitas: cuando su modo de lavarse las manos y, sobre todo, de secárselas con la toalla, es completamente insoportable, y cuando se hace del todo insufrible toda esa liturgia que despliega alrededor de la mesilla de noche antes de acostarse, a la hora de dejarlo colocado todo de esa manera. ¡Y si fuera sólo eso...!

Cuando se ha vivido esta última experiencia, se comprueba que todas esas cosas no pertenecen a diferentes universos, y menos aún a mundos ajenos, sino que son la guarnición, o incluso la verdadera substancia. Se llega a veces a la sospecha de que el acto es accidental (El acto, ya se entiende, es el acto).

No es eso, no es eso. En realidad lo que a ellos les mantiene unidos es otra cosa. La verdadera substancia es siempre algo que está debajo de las apariencias. Y entonces se inicia la infinita y apasionante tarea de buscar debajo de las apariencias.

Para eso hace falta ya una pericia verdaderamente de profesionales. Se acumulan datos significativos sobre las parejas más conocidas, fácilmente identificables por todos e interesantes para una u otra mayoría. Se descarta lo no significativo, se marca el terreno de juego, o se compone el bastidor sobre el que van a bordarse las apariencias que sí son relevantes. Según la partida de que se trate, unos signos en otras ocasiones triviales, pasan a ser indicativos de que hay verdadera substancia, o bien de que todo ha sido un puro juego de fuegos artificiales.

Cuando aparece en sus rostros una sonrisa convincente, en sus excitantes proyectos unas perspectivas irrefutables de gozo, o en la regularidad y constancia de sus paseos y visitas se vislumbra una calma de plenitud, entonces, en el apartado del cuestionario correspondiente a la pregunta "felicidad", se escribe "se les supone". Y es siempre la radiación de una apariencia lo que hace suponer una verdadera substancia cuyo conocimiento se escapa una y otra vez y se reusa coquetamente (la metafísica es mujer) a estar dado completamente del todo.

Lo que es de sobra conocido, y lo que todo el mundo sabe, está siempre en riesgo de incurrir en trivialidad. Y la verdadera substancia puede tolerarlo todo menos eso.

4. EL AMOR NO ES CIEGO. ES MUY EXAGERADO

En algunas épocas se ha pensado que lo más importante para la convivencia armónica entre los seres humanos, era el acuerdo sobre las cuestiones fundamentales y transcendentales de la existencia, como la inmortalidad del alma y el destino eterno. Y se ha supuesto que la convivencia de los cónyuges no constituía una excepción a esta regla general.

También en muchos períodos se ha creído que el amor tenía la virtualidad de impedir la consideración de las cuestiones importantes, y el poder de captar la mente y cautivar la atención en relación con aspectos triviales o incluso inexistentes de las personas a las que se amaba.

Como nuestra época es máximamente ecuánime, tiende a pensar que en todas las anteriores se ha percibido un aspecto de la verdad, de lo cual nosotros podemos beneficiarnos, y lo cual nos permite considerar los problemas como si no nos estuviéramos fijando en un aspecto de la realidad, sino en toda ella.

Y como tenemos inclinación a considerarlo todo, también el amor, más desde el punto de vista de las ciencias que desde las letras, preferimos analizar el futuro de una relación amorosa que aspira a una cierta estabilidad, desde las garantías que ofrece la visión científica.

Algo es científico, como todo el mundo sabe, cuando algo ignorado (ya sea en el pasado, en el presente o en el futuro), se puede predecir por unos procedimientos altamente sofisticados, o sea, que casi nadie, salvo algunos iniciados, entiende, y cuando la predicción y el objeto de ella han recibido un nombre que no viene en los diccionarios normales, sino solamente en los científicos. Si no reúne estos requisitos y puede ser predecido por las personas comunes y normales, como la madre de él o de ella, y designado con una palabra que todos conocen, tanto si es culta como si es vulgar, se trata de obviamente de algo no científico.

Durante largos períodos de la historia humana, la conmoción psicológica producida por el primer encuentro entre dos personas, que daba lugar a una fijación pertinaz y reincidente de cada una en las características y el conjunto de la otra, el enamoramiento, ha sido atribuido al amor, que los griegos denominaban “eros” y que representaban como un diosillo niño con los ojos vendados. Esa venda daba a entender que no se sabía por qué el enamoramiento se daba entre esas dos personas precisamente, y no entre cada una de ellas y cualesquiera otras, y por eso dice que el amor es ciego.

Ciertamente, el amor es ciego, porque las razones de los entrelazamientos eróticos permanecen ocultas en buena parte para la mayoría de las personas. Pero a veces el diosillo se levanta un poco el vendaje, o se lo quita del todo, y apunta con sus felchas mirando bien al blanco del disparo.

Hay casos en los que la explicación de la conjunción amorosa es por sí misma patente. No son muchos porque no es frecuente que una mujer reproduzca en sí las mejores cualidades de la diosa Venus y de las otras diosas del panteón griego, ni que un hombre reúna en sí las de Adonis y las de los otros divinos. Y, sobre todo eso, no es frecuente que, cuando se dan tales casos, se produzca el encuentro entre ese hombre y esa mujer.

Pero también se dice que el amor es ciego porque, cuando es el caso que el encuentro no se produce entre una segunda edición de Venus y Adonis, Eros hace creer a sus protagonistas que sí lo es.

Todavía más, Venus y Adonis son abstracciones de la perfección visible, plástica, de la mujer y del hombre. Cuando sus cualidades se encuentran en personas reales, se les suele atribuir calificativos que se aplican normalmente a las sustancias alimenticias (buena, rica) a artefactos técnicos muy potentes (tren), o a objetos religiosos (divina), etc. Pero se trata siempre de metáforas en las que la abstracción juega siempre un papel destacado.

Eros, como los grandes artistas, es capaz de insuflar un valor infinito en cada detalle concreto singular e irrepetible, en sí mismo considerado y en relación con los demás factores del conjunto, teniendo en cuenta que el conjunto va a ser el conjunto de una convivencia compartida a lo largo de toda la vida.

Vivir, convivir, es algo más que ver y mirar. Se ven los paisajes, y se miran los monumentos, las fachas de los edificios, los cuadros, etc., pero no se vive con ellos en el sentido de lo que entendemos por convivencia diaria y por existencia compartida. Eso se hace con el cónyuge.

Pues bien, el arte de Eros consiste en mostrar lo inabarcablemente maravilloso de esos detalles concretos que integrarán ese conjunto que es la convivencia ordinaria. Así aparecen como deliciosas peculiaridades ese lunar que tiene ella en la mejilla izquierda, cerca de la comisura de los labios, y como lo máximamente interesante de él ese modo de fruncir el entrecejo y de permanecer en silencio ante lo que le desconcierta.

Pero además, los resortes psicológicos son los que cada uno maneja sus encantos, la panoplia de los propios intereses y capacidades, entran en un peculiar concierto durante esa fase del acercamiento y acostumbramiento mutuo, que en los animales se llama "cortejo", y que en los hombres varía de denominación con las épocas, y se ha designado con los términos de "noviazgo", "amistad", etc. Durante esa fase, a cada uno le resulta sumamente placentero hacer lo que le agrada al otro, y omitir lo que le desagrade, incluso aunque se trate de cosas a las que, en otras situaciones anteriores, tenía afición.

No se trata de que cada uno finja o engañe al otro. Eso, por supuesto, puede existir, pero pertenece al arte y a la ciencia, recientemente enaltecidos, de la seducción. No se trata de engañar a nadie, y ni siquiera a uno mismo. Se trata de que Eros consiga que cada uno encuentre cierto placer en la propia abnegación. El problema viene dado por la circunstancia de que Eros no es capaz de tener a las personas fuera de sí durante demasiado tiempo, y de que sus intereses y capacidades, sus gustos y preferencias habituales, que se han mantenido en estado de inhibición durante el período de encantamiento con que se inicia el encuentro y durante la luna de miel, reaparecen con su peso específico después de un tiempo de latencia.

Como se decía en las antiguas misas de difuntos acerca del juicio final, *quidquid latet aparebit*, lo que estaba oculto, aparecerá manifiesto. La convivencia ordinaria, como el juicio final, es implacable. Eros no es capaz de mantener por mucho tiempo sus exageraciones.

5. LA TRIBU DE “LOS HOMBRES” Y LA TRIBU DE “LAS MUJERES”

Mucha gente sabe que existen pueblos primitivos que viven en medio de la selva. Mucha gente conoce reportajes o informes de etnólogos y antropólogos sobre esos pueblos: es lo que ellos llaman “trabajo de campo” y que consiste en el estudio y descripción del medio y de la forma de vida de los pueblos en cuestión.

El trabajo de campo suele mostrar que se da con bastante frecuencia el etnocentrismo, la tendencia a considerar que los criterios y parámetros con que uno valora las cosas y los acontecimientos son los propios de la naturaleza humana, y no los de un grupo particular o exótico. Si existe algún grupo exótico no es, desde luego, el propio. Exótico siempre es lo de los demás, no lo de uno. Lo de uno es lo natural, lo evidente, lo de sentido común.

Mucha gente no cree que existan “las mujeres”, o no cree que existan “los hombres”. Se pueden considerar como términos que designaban clases abstractas, y que no tienen una correspondencia con la realidad que pueda señalarse claramente.

En verdad, es problemático marcar su extensión en el espacio, y su duración en el tiempo. No es fácil decir a qué edad se deja de pertenecer a la categoría sociológica de “los niños”, para entrar a formar parte de la de “las mujeres” o “los hombres”, ni tampoco a qué edad se deja de pertenecer a ambas categorías y se pasa a engrosar la clase única de “los ancianos”.

Con todo, tampoco estas clasificaciones son universales. Mientras que en muchos sitios los ancianos constituyen una sola clase, el espécimen “vieja inglesa” es irreductible a cualquier otra categoría, y, por supuesto, a la de “los ancianos”. Por otra parte, se puede pensar que el tipo “funcionario del servicio de correos” no pertenece a la clase de “las

mujeres”, no pertenece a la clase de “los hombres”, y tampoco pertenece a la clase de “los ancianos”, y se puede pensar que el tipo “militares sin graduación”, asimilado en diversas ocasiones a “las mujeres y los niños”, pertenece sin duda alguna a la clase de “los hombres”.

Se puede sostener que “las mujeres” y “los hombres” son proyecciones de la fantasía erótica de sujetos inmaduros. O bien que se trata de un constructo ideológico con el cual, una clase dominante y que evita llamarse a sí misma “masculina”, mantiene sus prerrogativas y privilegios.

Un trabajo de campo quizá no es suficiente para probar que esas dos clases tienen una existencia real, pero sí tiene utilidad para mostrar cómo funciona la creencia en ellas.

— Cuéntame, por favor (pidió una chica de unos trece años, a un hombre adulto y maduro), cómo es la mujer de tus sueños, cómo es para ti la mujer ideal.

— Bueno, no estoy seguro de que pueda hacerlo. No estoy seguro de que tenga una mujer de mis sueños, o una mujer ideal. ¿Por qué me preguntas eso?

— Porque yo quiero, cuando encuentre al chico con el que me vaya a casar, ser ya como su mujer ideal.

— No vale la pena que te esfuerces en eso. Seguramente ya así, como tú eres, eres mejor que la mujer ideal que pueda imaginar quien vaya a casarse contigo.

La respuesta provocó una sensación de desconcierto o de decepción. Probablemente no fue emitida en la misma longitud de onda en que fue formulada la pregunta. A veces la mente de un adulto maduro puede ser de una sencillez insípida, y la imaginación de una adolescente compleja como un retablo barroco. Probablemente la chica siguió pensando en las características que tendría la mujer ideal de su futuro pretendiente. Probablemente esa creencia ejerció un cierto influjo sobre ella.

Desde el otro bando, un individuo perteneciente a la tribu de “los hombres”, le describía a uno de sus compañeros el círculo perfecto de su ideal de mujer en los siguientes términos:

— Mira, tiene que ser culta, inteligente, que me comprenda bien siempre, que pueda venir conmigo a todas partes, que pueda contarle todas mis preocupaciones y hablar con ella de todas las cosas que me interesan, que sea...

Que sea un hombre. Eso que estás describiendo es un hombre, observó el compañero oyente.

La observación produjo una sensación de perplejidad primero, que luego dejó paso a una expresión pensativa.

La creencia en “los hombres” por parte de las chicas, y la creencia en “las mujeres” por parte de los preadolescentes, tiene como efecto la creación de un círculo que prima unos determinados valores, en el que se maneja una jerga propia, al que se accede mediante un proceso iniciático, y que se auto-denomina “nosotras”, y otro círculo con análogos factores discriminatorios cuyos integrantes llaman el de “nosotros”.

A pesar de los esfuerzos de los diferentes sistemas pedagógicos, las modernas legislaciones laborales y las diversas ideologías políticas, para superar la educación sexista, la inercia machista, y todas las tendencias discriminatorias que atentan contra los principios democráticos y los derechos humanos, esos dos círculos tienden a constituirse con una reincidencia chocante. Además, cada círculo tiende a dar una definición de sí mismo y del otro en términos colectivos, que en parte tiene un fundamento real y en parte es una elaboración ideal sin más fundamentos que la buena fe, los buenos deseos, o bien unos cánones éticos y estéticos de dudosas garantías científicas.

Pero no solamente cada grupo elabora colectivamente la categoría que le corresponde a sí mismo y la que le corresponde al otro. Ocurre además que los individuos, aisladamente, pueden reelaborar la categoría de su grupo y la del otro, y además elaborar el tipo de un individuo singular del otro grupo que sería el complemento perfecto para sí mismo.

Frecuentemente uno encuentra en España, y en los demás países de la comunidad europea, jóvenes que creen en “las mujeres” o en “los hombres”, o que creen en “la mujer” o “el hombre” de su vida. Más aún, es posible dar con personas que no solamente creen en eso, sino que además afirman que lo han encontrado.

Cuando semejante hallazgo ilumina la mente de los individuos de cualquier de los dos grupos, se ponen en marcha, desde cada centro de operaciones, unos programas de acercamiento, comunicación o incluso de vinculación más o menos estable, en los que se funden indiscerniblemente percepciones reales del individuo del otro grupo, con idealizaciones fantásticas y prejuicios sin otra base que el machismo y el etnocentrismo femenino.

6. LA NEBULOSA ROMÁNTICA Y LA RACIONALIDAD MASCULINA

Un programa de acercamiento, con vistas a una futura vinculación, puede elaborarse corporativamente desde el grupo de “nosotros”, con más o menos probabilidades de éxito según la pericia y la experiencia de los programadores

Abundantes comprobaciones prácticas avalan el dicho británico de que un camello es un caballo diseñado por un comité. No obstante, el grupo de “nosotros”, y el de “nosotras”, presenta una contumaz tendencia al trabajo en equipo.

La cooperación tiene como correlato una cierta solidaridad en el resultado de la operación, una participación en la alegría si el objetivo ha sido alcanzado, o bien un tomar parte de la derrota con la correspondiente porción alícuota de amor propio herido.

La intensidad con que todos sienten la herida es directamente proporcional a la unidad y cohesión de los integrantes del grupo, unidad y cohesión que se puede percibir en la intensidad y la frecuencia con que se profieren expresiones punitivas contra el otro grupo y autoafirmativas del tipo “todas las mujeres son iguales” o bien “todos los hombre son unos cerdos” (expresión esta última con la que se afirma una secular solidaridad de la mujer con la mujer)

Un individuo del grupo de “nosotros”, después de haber visto y oído en diversas ocasiones a la que empezó a considerar como la mujer de su vida, programó en equipo una maniobra de acercamiento en los términos siguientes.

— Pues me presentaré; le diré dónde nací, cómo me llamo, y luego: mire señorita, trabajo en la enseñanza, tengo 29 años, gano 84.000 pts. mensuales, y estoy enamorado de usted, ¿Quiere usted casarse conmigo?

— Si vas así te dirá, por supuesto, que no.
— Pero, ¿ella no te conoce a ti?, ¿no os han presentado?, ¿no habéis estado juntos en algún sitio y no habéis hablado antes? ¿no sabe cómo te llamas?

— No, no hemos hablado. No sabe nada de mí, pero por eso, al presentarme le digo todo lo que necesita saber. ¿Por qué me va a decir que no?

— Porque ésa no es manera de decirle eso a una mujer

— ¿Ah, no?, y ¿cuál es la manera?

— Pues hombre, primero tiene que haber miradas, sonrisas, insinuaciones...en fin...esas cosas...

— ¡Ah, no, no, no! Mira, yo tengo ya 29 años y no es una edad para andarse con juegos de insinuaciones y esas historias. Además, el matrimonio es una cosa bastante seria como para andarse con tonterías. No. Yo lo que quiero es algo muy sencillo, y sobre todo, llevar todas las cosas con la claridad de la lógica.

— Pues vas al fracaso más absoluto del mundo. No hay nada que las mujeres rehuyan más que la claridad lógica. Es lo más opuesto a lo que ellas prefieren. Una mujer donde se encuentra a gusto es en la nebulosa romántica, en el difuminado de lo impreciso, en la neblina de los ensueños.

— Mira, las mujeres se rigen sólo por uno de los tres primeros principios. El principio de no contradicción y el principio de tercio excluido no rigen para ellas. Lo de que cada cosa es lo que es, bueno, eso puede que lo acepten, pero lo de que algo no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto... ni hablar. Para una mujer algo puede ser y no ser a la vez, y te dice: “sí, es así; pero, no... No sé...” Y por supuesto que entre el ser y el no ser hay término medio: “No te puedo decir que no te quiero, pero tampoco que estoy enamorada de ti”. Tú puedes pensar que una cosa existe o no existe, que el amor lo hay o no lo hay, y que casarse es una cosa que se quiere o no se quiere, y... que no hay término medio. Pues mira, para una mujer, sobre todo, lo que hay es término medio, y si tú vas a declararte así...No. Se horrorizará, le parecerás un monstruo, sentirá que le estás proponiendo algo espantoso.

Por supuesto, todos estos consejos y vaticinios eran formulados por cada uno de “nosotros” con una certeza tan contundente y una solem-

nidad tan sin fisuras como las supremas declaraciones de un romano pontífice.

El protagonista del proyecto de acercamiento era mirado como un pobre diablo, que no sabía nada de “las mujeres”, que además estaba incapacitado para comprenderlas y que se dirigía por su propio pie al más estrepitoso de los fracasos.

El episodio tuvo resultado negativo en su primer asalto. Se libraron una cantidad de escaramuzas no registradas con detalle en número e intensidad, pero después de una elevada cantidad de encuentros, se dibujó en el horizonte una respuesta positiva a la propuesta inicial.

En semejante tesitura, la imaginación masculina funciona de una manera particularmente unilateral, canalizada unidimensionalmente en el estrecho círculo de “nosotros”. No hay representación de ella en que ella no aparezca sonriente, radiante de belleza, complaciente, dulce... O bien, no hay representación de ella triste, menesterosa, angustiada, o en cualquier otra situación negativa, que no sea inmediatamente resuelta por la propia presencia masculina y viril, que irrumpe con decisión, o bien con un vehículo particularmente veloz, o con un ingenio que ningún otro puede contradecir, o con una fuerza física que todos inmediatamente reconocen como superior.

El padre de ella es asimismo representado en la imaginación como un hombre inteligente, duro pero comprensivo, en fin, como dotado de las cualidades necesarias para llegar a ser el mejor amigo que uno haya tenido nunca. Y, no digamos nada de su madre. Su madre es la mujer más encantadora y atenta que uno ha tratado. Conoce los propios gustos y aficiones, las costumbres y deseos de uno con una exactitud asombrosa. Le prodiga a uno más cuidados y está más pendiente de uno que la hija. Se ve que de joven fue guapísima, y que de niña debió ser una criatura maravillosa, porque aún ahora en su madurez... en fin... Uno no se explica cómo su marido le hace tan poco caso, porque, si uno fuera su marido... en fin...

La imaginación podría no componer las percepciones que tiene de ella y de su familia en esa especie de crucigrama que siempre sale, y en cuya resolución precisamente se deleita. Pero lo hace. Ello puede atribuirse, si se quiere, a la denominada racionalidad masculina; a que “los hombres” combinan los elementos que han percibido y lo que sa-

ben con arreglo al principio de identidad, el principio de contradicción y el principio de tercio excluido, es decir, con arreglo a las leyes del pensamiento *humano*.

7. LA IMAGINACIÓN FEMENINA ES SUPERIOR A LA HUMANA

Dentro del no menos estrecho círculo de “nosotras”, la imaginación puede funcionar también de un modo bastante unidimensional, aunque los materiales obtenidos en la percepción y con los que se elabora la representación son de otro calibre.

Donde propiamente se “calibran” los materiales es en el círculo de “nosotras”. Ahí es donde verdaderamente se sabe que “ella es mucho más mujer que él” que “él vale mucho más que ella sin comparación” o que “él le viene corto a ella en todos los sentidos”. Ahí es donde se sopesa no solamente lo que es cada uno, sino también lo que podría dar de sí.

—Mira, con lo que él vale, podía llegar a... qué se yo. Lo que pasa es que es un hombre muy mal aprovechado.

—Hija, pero, con lo raro que es...

—Sí, sí... raro...Pero, a ver, dime tú quién de éstas no estaría dispuesta...

—Ah, no, mujer. Eso sí. Es una joyita. Tiene cosas difíciles, y en eso habría que aguantarle mucho, pero... lo vale.

—¿Sabes qué te digo? Qué sería un hombre muy fácil de llevar. Pero muy fácil de llevar para cualquiera de nosotras, para cualquier mujer... Que no hace falta una de especial talento...En el fondo es bastante simple.

—¡Bueno! Todos los hombres son simples...

“Las mujeres”, esas criaturas angelicales que prefieren siempre la nebulosa romántica y el difuminado de los ensueños, que detestan la claridad lógica y que considerarían una monstruosidad algunas propuestas matrimoniales demasiado inmediatas y pragmáticas, piensan en “los hombres” en términos de explotabilidad de recursos, de rentabilidad y riesgo de la inversión, de cálculo de resistencia de materiales.

Como mentes excepcionalmente dotadas para la ingeniería y el mundo de la libre empresa, antes de fletar el buque y embarcar la mercancía, tienden a probar la solidez del casco, las posibles vías de agua, y la máxima velocidad de crucero.

Pero en ningún caso hay que pensar que su imaginación se agota en eso. Puede reelaborar todo lo que la del "hombre de su vida" le ha transmitido, y a lo que le concede un crédito más o menos elevado. Y puede elaborar unas representaciones de los propios éxitos profesionales tan contundentes como los de su pareja.

La imaginación femenina puede elaborar un crucigrama según el cual, él llega a casa siempre alegre y con una palabra amable. Frecuentemente con unas flores o algún otro detalle. Aporta más de lo necesario para la casa.

Ella le espera siempre con una sorpresa nueva. Esa comida que más le gusta. El salón limpio... Por supuesto hay momentos duros. Cuando él está muy cansando y de mal humor, cuando él está enfermo, cuando está desanimado porque la empresa no marcha, porque se han portado con él de una manera infame e innoble después de lo que él ha hecho por todos. Pero no hay momento difícil de él que ella no pueda superar con su presencia, con su simpatía, con sus cuidados y cariñosas atenciones.

Y ¡qué llena de él está siempre la casa! Cada fin de semana un nuevo plan divertidísimo, cada fiesta de navidad, cada mes de vacaciones en el verano, están henchidos de su vitalidad, de su imaginación, de sus proyectos.

Por supuesto, él no es un hombre tan aburrido como su padre. Una no podría pasarse toda la vida junto a un hombre así, ¡qué royo! Y, desde luego, en el crucigrama no aparece el cariño y el cúmulo de atenciones que la propia madre de una tiene para él. Ni siquiera en una perfecta complementariedad con los de una. Y tampoco el tiempo y el esfuerzo invertido en disponer gratuitamente la casa y a sí misma, supone ninguna sustracción del que necesita para ser cordial.

La imaginación femenina puede elaborar cuadros de una exposición con esos coloridos. Pero puede, encima, trazar bocetos de una viveza cromática nada inferior. Puede atender la presencia del comité. Puede ir quincenal o mensualmente a Bruselas a las reuniones del Con-

sejo. Puede atender a los periodistas cada vez que haga falta. Puede hacer exactamente lo mismo que cualquier hombre, lo mismo que él.

La misma capacidad, la misma efectividad. Y además, más atractivo físico que cualquiera de sus secretarias, o que cualquiera de las compañeras o amigas que trabajan en la empresa de él o en las de la competencia. Además, eso no es lo más importante. Lo más importante es ser iguales. “A veces pienso que me gustaría ser un hombre para poder estar más cerca de él”. Qué tontería. Ser compañeros, estar al mismo nivel. Tener las mismas inquietudes. O distintas, pero con la misma profundidad, con la misma fuerza, con el mismo atractivo. Además, eso no significa en ningún caso desatender la casa, o descuidar a los niños. Porque eso como se hace bien es entre los dos. Y si no se hace entre los dos no hay verdadero respeto a la dignidad de una. No hay verdadero amor.

Ciertamente, la imaginación de una puede prescindir bastante, o incluso por completo, de estas elaboraciones, y trabajar con materiales que provienen exclusivamente de la imaginación de él. Una puede declarar, lisa y llanamente, que es machistas, y que como más disfruta es oyéndole a él hacer planes para el futuro.

En algunos casos, puede conceder al hombre un crédito total, pero no transcurre demasiado tiempo sin que se imponga el insuperable realismo femenino, y de ello hay constancia en el ya aludido *Repertorio Anecdótico Popular Español*:

-Ya está bien de “a ver si ganas algo, que tenemos que comer”, “A ver si ganas algo, que tenemos que comer”... ¿No decías tantas veces que tú con verme te alimentabas?

-Sí, pero es que ya, ni te veo.

Y hay todavía otro ámbito que opera como un diferencial imaginativo para los integrantes de cada uno de los grupos, “los hombres” y “las mujeres”, a saber, el día de la boda. Aunque parece estar psicológicamente probado que “los hombres” son más vanidosos que “las mujeres”, y aunque parece suficientemente documentado por las investigaciones antropológicas que en otras culturas el ornamento y tocado del hombre es más complejo y requiere más tiempo que el de la mujer, en la cultura occidental es difícil actualmente encontrar casos en los que él dedique más tiempo y esfuerzo imaginativo que ella a la indumentaria del día de la boda.

8. LA LITURGIA DEL VESTIDO DE NOVIA

En numerosas especies animales la época de celo viene marcada por unos cambios anatómicos y fisiológicos tanto en el macho como en la hembra, y el apareamiento se realiza mediante una danza o parada nupcial que en algunos casos resulta de una complejidad llamativa.

En algunas especies, el macho tiende a ser agresivo y a controlar un territorio en el que recibe a la hembra con la cual se aparea. El territorio puede ser amplio, como en el caso de algunas águilas que dominan una extensión de noventa kilómetros cuadrados, o más modesto, como el del pez espinoso, que controla unos cuantos metros cúbicos, donde construye el nido.

En el caso de la araña, es la hembra la que tiende a ser agresiva y a controlar el territorio, de manera que el macho tiene que llevar a cabo una serie de actos simbólicos, encaminados a inhibir la agresividad de la hembra y a disponerla favorablemente para la fecundación.

En la especie humana se han encontrado ritos nupciales de los tipos más diversos. En la cultura occidental, donde se estima que la razón ha alcanzado sus mayores cotas de desarrollo, es posible encontrar casos en los que el macho aporta el espacio habitable, casos en que la vivienda la aporta el padre de ella, y casos en que la pareja vive de prestado o en alquiler durante periodos prolongados o durante toda la vida.

Por lo que se refiere al período de celo, se han descrito las conductas más variadas dirigidas a despertar la atención del macho y a fijarla. El comportamiento de la hembra suele provenir de un período de entrenamiento en actos simbólicos de ingenuidad, inocencia, modestia, mansedumbre, higiene personal, etc., que percibidos por el macho pueden ser tomados como elementos para construir una especie de tela de araña imaginativa. Al constructo se le denomina, según algunos

parámetros culturales “hogar, dulce hogar”, y en ello va implícita la suposición de no hay hostilidad por parte de la hembra, o la de que su agresividad ha sido completamente neutralizada.

Ambas suposiciones pueden carecer de todo fundamento, pero no pueden rechazarse porque el entrenamiento en la realización de los mencionados actos simbólicos cuenta generalmente con el asesoramiento de la madre de ella. La madre de ella, según la oportunidad de cada momento, repite: “hija, así no se puede tratar a los hombres”. Otras veces, donde la hija iniciaba un desplante, hace el quite con una maniobra envolvente de seducción, tanto más eficaz cuanto mucho más experta en el manejo del hombre es ella que su hija, y tanto más atrayente cuanto a ella se le supone actuando de un modo completamente desinteresado, o bien movida exclusivamente por la cortesía y la buena educación.

No se conocen especies animales en que los progenitores tengan, durante un período de tiempo tan prolongado, la preocupación de que sus hijas constituyan una familia. Eso parece ser algo privativo de algunas culturas humanas y, singularmente, de nuestra cultura occidental, donde, durante mucho tiempo y con carácter segregacionista, avasallador y discriminatorio, se llamó a las mujeres “el sexo débil”.

Puede pensarse que en el caso de las demás especies, se ocupa de ello espontáneamente la madre naturaleza, pero que en el caso de la especie humana y de la cultura occidental, se ocupa particularmente de eso la madre que la parió. Y qué así como entre los animales la naturaleza se encarga de la ornamentación, con los oportunos cambios anatómicos y fisiológicos, para que el macho sea atraído por la hembra y encaje en ella como la llave en la cerradura, en el caso del hombre occidental ese festival biológico es sustituido por toda la liturgia del vestido de novia y del ajuar completo, que comprende desde las cortinas de la casa hasta la ropa interior de la niña.

Toda esa ingente tarea es llevada a cabo en el *sacta sanctorum* del grupo “nosotras”, que constituye un complejo y disciplinado equipo de trabajo, cuyo eje frecuentemente está formado por el tándem madre-hija. No hay detalle que pueda considerarse trivial o pequeño, ni elemento que tenga menos importancia.

En algunos casos (francamente pocos, en todas las épocas de las que se ha conservado documentación histórica), la niña quizá tenga alguna duda sobre el color que a él le gusta más para la ropa interior de ella. Pero enseguida su madre la resuelve mediante la alusión al notorio arquetipo de la cultura española, que ante la pregunta de la periodista por sus colores preferidos en la ropa interior de señora, respondió sin dilación alguna: “mire usted, señorita, yo a esas alturas voy ya ciego”.

La madre ahuyenta toda incertidumbre asegurando que esa respuesta es universal en España (cosa que, por lo demás, la niña ya sabe), y añadiendo algunas aclaraciones marginales y superfluas sobre el modo de facilitar las cosas.

Entre los dowayos de Camerún, los informes antropológicos registran un conocimiento verdaderamente exhaustivo de todo lo referente a la sexualidad masculina por parte de las mujeres. Los hombres creen que las mujeres desconocen las cuestiones importantes y por supuesto los detalles nimios, de los que ellos suelen hablar en tonos graves, misteriosos o de extrema presunción en los círculos masculinos.

La información no se trasvasa entre el círculo de “las mujeres” y el de “los hombres”. Pero en cuanto el antropólogo es considerado como un ser sexualmente neutro, es informado abiertamente de todo por ambos grupos sin suspicacias, y obtiene la mayor información referente a los dos grupos de los relatos de las mujeres, que refieren a todos los elementos y fases de los procesos sin darle especial importancia, y por tanto sin añadir las cualidades escenográficas de lo solemne, lo misterioso, lo meritorio o lo admirable.

En occidente, el privilegio de la neutralidad sexual estuvo reservado durante mucho tiempo a los médicos, que obtenían su mayor y mejor información de las mujeres, por los mismos motivos por los que también la obtienen así los antropólogos.

Para cualquier otro individuo de la clase de “los hombres”, la amplia información que sin afectación alguna circula entre las mujeres está vedada, porque forma parte esencial de la liturgia del vestido de novia la cláusula “inocencia: se le supone”.

La presunción de la inocencia abarca toda una serie de cosas que ella no debe saber, y cuyo símbolo material es un vestido blanco, un ramo de flores blancas y un velo blanco que cubre su cara y que en de-

terminado momento de la ceremonia litúrgica el hombre puede y debe levantar.

Generalmente, las mujeres saben todo lo que saben los hombres, y todo lo que saben ellas, sobre actividades sexuales, mientras que, por lo común, los hombres sólo tienen acceso al área masculina de conocimientos.

Las barreras arancelarias para el intercambio de información sexual no desaparecen. En parte, porque los hombres suponen que las mujeres no saben mucho de eso. Y en parte, porque las mujeres no consideran el sexo como algo que ha de reservarse secretamente, sino como algo que hay que entregar y poner a disposición del otro. Su saber sobre eso no es guardado con especial sigilo ni considerado especialmente valioso, y por ese motivo no despierta ni la curiosidad ni la codicia ajena.

Lo que ellas consideran y guardan sigilosamente como la más valiosa de las armas secretas son las artes del aderezo, es decir, las técnicas de seducción.

De este modo, cada uno sigue respetando la información que considera que es privativa suya, y, sobre todo, cada uno adjudica las cualidades escenográficas de lo misterioso, admirable, indecible, etc., a las piezas de su repertorio que considera dignas de ellas.

Desde el punto de vista de las mujeres, todas esas cualidades, y muchas más, se encuentran en los diversos elementos y fases del aderezo y del vestido de novia,

El raso, el tul y la seda, pueden estar conjugados con el lino y el terciopelo, en fruncidos y entredoses verdaderamente sublimes. La parte superior puede ser de muaré, que hace aguas de formas maravillosas, de modo que el delantero, la espalda y los costados, se acaba por arriba en un "palabra de honor" verdaderamente inefable, del que ella se sentirá orgullosa para toda la eternidad.

El tul puede llevar, en círculos sobre la frente, un conjunto de blondas suaves. En el talle como un drapeado de seda salvaje. Lorzas en cada una de las caderas y por detrás, abriéndose, en caída lisa, la cola. También en tul muy tenue, blanco, que al caminar se mueva al ritmo de la música.

Todo ello en el más depurado de los estilos de Italia, la cuna del diseño de los vestidos de novia, pero salido de la inspiración de Clara

Schilt, que no obstante haber realizado en este caso la obra maestra de su vida, "seguirá con la ilusión del primer día, perfilando el vestido más soñado que toda mujer desea lucir en el más hermoso momento de su vida".

El vestido de novia aparece así como la cifra de todos los sueños de felicidad, la expresión de todos los anhelos de la hermosura propia, admirada y deseada por todo el género humano desde los comienzos de la prehistoria, y preparada... para ser entregada a alguien poco después, pero, de momento, para ser poseído por una misma y tenerlo en las propias manos durante un día. Un día en que tiene en sus propias manos toda la belleza, y, por tanto, toda la admiración, todo el deseo, toda la envidia y todo el poder. No se trata de una tela de araña, sino de un tejido de diosas, que atrae miradas esparcidas por centenares de kilómetros cuadrados de toda la comarca o de todo el país.

9. LO QUE CUESTA PARECER NATURAL

El vestido de novia es un universo significativo, en el que podrían extraviarse las más dotadas mentes masculinas, si su inquietud explorativa sintiese la más mínima inclinación a aventurarse a estos territorios.

Pero el vestido de novia requiere una parte, y quizá no la más considerable, del ingenio invertido en las artes del aderezo.

Nada hay más bello y atractivo que un rostro reflejando la tersura de la juventud y la alegría de la felicidad. La belleza era definida por los antiguos como el “esplendor de la verdad” y como el principio de la comunicación amorosa, y desde los tiempos más remotos la cosmética ha colaborado con la naturaleza para hacer ese esplendor lo más radiante posible y esa comunicación lo más estable y satisfactoria posible.

Las multinacionales de la ornamentación han desarrollado unas técnicas que nada tienen que envidiar a las empresas constructoras, hasta el punto de que un centímetro cuadrado de rostro bello puede superar en complejidad y en precio a un kilómetro de firme de autopista.

Un maquillaje de una cierta calidad, como el que se requiere para la liturgia del vestido de novia, puede tener entre seis y doce capas o estratos.

De abajo a arriba, y según el orden de colocación son los siguientes:

1. Tónico para nivelar el terreno, cerrar poros, etc.
2. Base hidratante para proteger de la polución, gases carbónicos, tubos de escape, etc., y para proteger de la acción de los materiales de las capas superiores.
3. Capa de crema para conferir un tono uniforme a toda la superficie. Tiende a utilizarse preferentemente una crema mate, para que los focos no produzcan un efecto de excesiva luminosidad y deslumbren, y para que, sobre ese fondo, resalten mejor los tonos discontinuos que se superponen a continuación.

4. Polvos compactos o polvos sueltos. Los polvos sueltos tienen la ventaja de que reflejan menos la luz y, por tanto, tienen menos brillo. Con ellos toda la superficie queda más mate, y se puede ya hacer resaltar, incoativamente, la línea central de la barbilla, y las líneas laterales de los pómulos y las sienes.

5. Colores propiamente dichos (coloretos). En este punto es donde puede apreciarse la verdadera maestría artística y el dominio de la perfecta ejecución técnicas. Sólo la mano auténticamente genial es capaz de poner sobre los pómulos la intensidad de pigmento rojizo necesario y suficiente para que el color parezca natural, es decir, para que produzca exactamente el verdadero tono sonrosado de unas mejillas de mujer.

6. Pasta cremosa para eliminar las ojeras. Requiere un nivelado homogéneo, no sólo para conferir a la superficie la convexidad debida, con un ligero peralte en las cercanías de mejillas y pómulos, sino también para que no haya en unos puntos más intensidad cromática que en otros, lo cual produciría un efecto de artificialidad.

7. Sombra de ojos. Se utilizan paletas con una gama que oscila entre cuatro y dieciséis colores, cuya combinación viene dictada por las leyes de la concordancia con el color de la piel (que puede variar según las épocas del año y otros factores), con el color del vestido (que es lo que se suele considerar como variable independiente), y con el color del pelo (que tiende más bien a comportarse como una variable dependiente de los dos factores antedichos).

8. Lápiz de ojos. Señalador de las comisuras de los párpados con mayor o menor intensidad, según la mayor o menor distancia del globo ocular y del centro geométrico de la pupila. Juega con las tonalidades de los otros factores, y es capital para obtener las cualidades de viveza de la mirada, ensoñación sonriente, jovialidad, candor, etc. Si se utiliza en exceso o con impericia, puede producir la desagradable impresión de tener los ojos pintados.

9. Ungüento oscuro y de consistencia siruposa, con el que se consigue dar a las pestañas espesor y, consiguientemente, apariencia de mayor longitud (en el argot profesional, *rimel*). Considerado por algunos como el elemento que pone en clave de bemol mayor conjuntamente la mirada y la sonrisa, es uno de los más arriesgados y peligro-

sos porque, si adquiere un protagonismo tal que llegue a notarse en sí mismo, da lugar a una repelente sensación de postizo.

10. Perfilador de labios. Elemento que marca el trazado dentro del cual puede ir el relleno de manteca de cacao y otros excipientes.

11. Barra de labios. Si en los ítems 7, 8 y 9 se han utilizado colores fríos, y en los ítems 4 y 5 tonos más bien cálidos, que es lo más frecuente según la tradición de las escuelas latinas (francesa, italiana y española), en el 11 pueden emplearse los colores de las tonalidades de pastel suave, o los colores de la sangre ardiente. Es el modo en que puede quedar mejor expresada la genuina pasión amorosa. En cualquier caso, la deficiencia en el trazado (por ejemplo, montando sobre los perfiles previamente definidos), el exceso de excipiente o la estridencia cromática, pueden producir no solamente el efecto de artificiosidad ya indicado en los ítems 6 a 9, sino que además pueden inducir la sospecha de mala reputación.

12. Fijador para las cejas. Mantiene estable las tonalidades y, sobre todo, las posiciones de la velloso ciliar, cuya extensión ha sido anteriormente definida con las pinzas y el instrumental apropiado.

Podría pensarse que esto es suficiente, y que la lozanía más radiante y natural no necesita mayores aditamentos. En realidad, aquí no se ha mencionado nada de las mascarillas para limpiar los poros, para estirar la piel y/o eliminar arrugas, no se ha hablado de las técnicas de hacerse la cara, las manos o los pies, de las pinturas de uñas, de los reflejos y tintes para el cabello, de los modelos de peinado y las técnicas para mantenerlo fijo, ni se ha entrado en el capítulo de los perfumes, y otros elementos que constituyen una importante partida del PIB de los países más desarrollados, y que llenan un considerable espacio en las páginas amarillas de las guías telefónicas de las ciudades más renombradas.

Hay patentes secretas y espionaje industrial. Hay misterios personales en la artesanía de la ornamentación, y hay maestros, colegas, ayudantes y cómplices.

En las sociedades industrializadas, donde se dan formas muy complejas de la división del trabajo, ser guapa y estarlo es algo que requiere profesionalidad.

Una mujer puede cubrir el frente de batalla de su apariencia en cuanto a los trajes de calle, o en cuanto a los perfumes, o en cuanto al peinado o en cuanto a las manos y el cutis, o en cuanto a los bañadores. Y la tendencia más común es especializarse en algunos de esos sectores.

En casos de personas excepcionales, puede darse una capacidad tal que permita la especialización en todos esos frentes. Entonces ser mujer atractiva se convierte en una profesión tan compleja como presidir los consejos de administración de las empresas del INI.

En occidente hay mujeres que tienen esa sofisticada profesión, y es posible saber de ellas a través de revistas especializadas. En la vida diaria no es frecuente encontrarlas; la mayoría de las mujeres no prestan una dedicación exclusiva a su apariencia, y en muchos casos, ni siquiera una dedicación parcial.

10. ¡AL FIN SOLOS!

El proceso de encontrar “el hombre de mi vida” o a “la mujer de mis sueños”, puede ser laborioso o fulminante. En ambos casos puede estar auxiliado por la industria y el comercio, que facilitan la manifestación o la exhibición de las cualidades “naturales” de cada uno.

Cuando es el caso que se produce, el encuentro da lugar no pocas veces a una relación sentimental de trato y de convivencia estable, mediada por una serie de solemnes ceremonias, que recibe el nombre de vida matrimonial o de convivencia familiar.

En algunos ambientes se dice de los protagonistas del evento que se han casado, que han cambiado de estado civil, que son marido y mujer, o se utilizan expresiones equivalentes. Determinado comportamiento público permite a los observadores externos pensar que eso es lo que ha ocurrido, o permite preguntarlo.

En otros ambientes, preguntar a alguien por su estado civil puede resultar de mala educación. Puede tratarse de una pregunta indiscreta, que incide sobre una cuestión demasiado personal.

Es frecuente que el evento tenga cierta ambivalencia en el contexto social, tanto entre la tribu de los hombres como entre la de las mujeres. Se suele considerar como un acontecimiento dichoso y por el cual hay que felicitar a los protagonistas, y a la vez, se registra como un acontecimiento luctuoso o como una pérdida que le ha sobrevenido a los afectados, como una trampa en la que han caído. Se utilizan metáforas de las actividades depredadoras, como “ser cazado” o “ser pescado”, para designar lo que le ha sucedido al macho, y “ser conquistada” o “ser conseguida” para designar lo que le ha sucedido a la hembra.

Durante el período de tiempo anterior al enlace, se suele pensar en su realización con impaciencia, de modo que cuando se realiza efectivamente, además de agradecer su participación a todos los colabo-

radores y compartir con ellos la celebración, se desea que se marchen todos, o, más bien, desean marcharse los dos protagonistas, y lo hacen, prefiriendo la ausencia de testigos para los eventos posteriores. Se trata de un enlace mediante el cual cada individuo empieza a vivir en el territorio de la otra tribu. Empiezan entonces experiencias completamente nuevas, experiencias de lo exótico, que se relatan en la propia tribu como para informar de algo curioso o extraño, y en parte también para comprenderse cada uno a sí mismo en la nueva situación.

Se dice que desean quedarse las dos a solas, y así acontece con el beneplácito de todos. Pero también acontece que desean quedarse a solas cada uno. Esto no siempre se dice. Y no siempre ocurre con el beneplácito de todos.

Ella prefiere quedarse a solas para desmontar cuidadosamente todos los contrafuertes que realzan su natural belleza. Por eso tarda tanto en el cuarto de baño. En otras noches futuras tarda tanto porque, además, tiene que preparar los apoyos para la belleza del día siguiente. Y aquí levanta sus muros más espesos el pudor femenino.

Una mujer puede sentir menos vergüenza de que la vean desnuda que de que la vean "con estos pelos"; al menos al principio y en relación con él. El proceso de embellecimiento (y el desmontaje de los embellecedores) tiende a realizarlo a solas. Y, como en la cocina, prefiere que el invitado a la comida no esté allí y no meta los dedos en las fuentes antes de servir las a la mesa. Naturalmente, esto no afecta para nada a la cocinera o al peluquero. El peluquero no es marido, y aunque sea un hombre, goza de la misma neutralidad sexual que el antropólogo o que el médico, y, en algunos casos, de una neutralidad sexual mayor y particularmente adecuada.

Él prefiere quedarse a solas para no hacer nada. Simplemente intercalar espacio y tiempo entre él mismo y sus actos. Prefiere quedarse a solas simplemente para mirar por la ventana, para quedarse en silencio.

- ¿Qué te pasa?

- Nada.

- ¿Nada? Nunca te había visto así, tan callado, y tan... No sé, tan raro...

- ¿Raro? ¡Qué va! No me pasa nada. Estoy completamente normal. Soy así. Muchas veces estoy así.

- ¿Muchas veces? Pues yo no me había dado cuenta... ¿Conmigo?, ¿Muchas?... No. Con lo observadora que soy yo lo habría notado. Anda dímelo.

- Si ya te lo he dicho. No es nada...

-A lo mejor es que te estoy resultando un poco aburrida...Anda, vamos a la calle, vamos a...

La escena puede repetirse un número suficientemente alto de veces. Una mujer puede poner su empeño heroico en conjurar o ahuyentar de su marido cualquier tipo de aburrimiento que ella le suponga, y él puede ver frustrados todos sus intentos de quedarse un rato sin hacer nada. Cuando esas situaciones se han repetido lo bastante, él puede pensar que ella realiza cada vez más perfectamente la definición de Ortega de "pelmazo: persona que quita la soledad y no da la compañía".

-Yo nunca había estado tanto tiempo seguido con una persona. Ella dice que me encontraba raro, y que nunca me había visto así. Me preguntaba que qué me pasaba, y yo le decía que nada. Si me quedaba callado mirando por la ventana, me preguntaba que qué me pasaba, o que si estaba triste. Y no es nada de eso. Es que siempre hay momentos en el día en que uno está solo, y está acostumbrado a eso. En la luna de miel, uno no tiene un momento para estar solo, para mirar por la ventana sin pensar en nada. Y si uno hace eso a ella le choca. Las mujeres son diferentes.

Por supuesto, hay situaciones en las que ella empieza a experimentar, con una intensidad no menor, que el perfecto pelmazo es él. Pero son otras.

Ahora ella lo que empieza a pensar, si el periodo del "¡Al fin solos!" se prolonga demasiado, y tiene que gastar demasiada energía mental y física en proyectar planes y ejecutarlos, para que él se distraiga con una satisfacción que se corresponda con las suposiciones de ella, lo que empieza a pensar es que él es demasiado comodón. En general, los hombres son demasiados comodones.

-Mira, es que es muy raro. Él, cuando se siente mal lo que hace es meterse en el dormitorio, cerrarlo todo, y cerrar la puerta, y lo que quiere es que no entre nadie. Es una cosa extrañísima, porque, ¿cómo me iba a parecer a mi bien eso?, ¿cómo iba yo a ser capaz de estar me quieta y tranquila, sentada en un sillón?, ¿cómo puedes tú entender eso?

11. PERO, ¿DÓNDE ESTÁ EL SENTIDO COMÚN?

Cuando ella refiere sus perplejidades a sus compañeras que aún no tienen experiencia del enlace, lo natural, lo evidente y lo de sentido común es, por supuesto, vivir y sentir lo que ella siente del modo en que lo hace ella. Y asimismo, para él lo natural, lo evidente y lo de sentido común es vivir y sentir lo que él y al modo en que él lo experimenta.

Por supuesto la experiencia del enlace no es la experiencia del amor ni la experiencia de la unión sexual, sino la de algo que es nuevo y que es distinto, y que antes no podía haberse vivido de ninguna manera, porque es la experiencia de algo que dura veinticuatro horas del día.

Antes del enlace, lo único que duraba veinticuatro horas al día era justamente el día. Pero ahora lo que tiene esa duración es un ser de la otra tribu, que ve la realidad de manera un tanto diferente.

La experiencia del enlace es la experiencia de una fusión o de una inmersión total cada uno en el otro, cada uno en el espacio del otro y en el tiempo del otro.

En la primera mitad del siglo XIX, el mayor de los filósofos del romanticismo alemán, G.W.F. Hegel, dedicó varios de sus trabajos a explicar que enajenar, mediante contrato, todo el tiempo de un individuo era algo profundamente inmoral. Hacer eso equivalía a enajenar la propia vida y la propia libertad, para que dispusiera completamente de ella el contratante. Si se trataba de un contrato laboral (pues ése era el asunto sobre el que discutían), se decía que el trabajo en ese caso era alienante, y que el contratante era un explotador. Desde este punto de vista, la humanidad entera podía dividirse en explotadores y explotados.

Por causas históricamente muy complejas y psicológicamente muy oscuras, se supone que el matrimonio no tiene nada que ver con un contrato laboral. Todo el mundo se horrorizaría si se hablara del matrimonio en tales términos.

Pero, como todo el mundo sabe, en lo único en que se diferencian es en que el contrato matrimonial es mucho más fácil de rescindir que el de trabajo, porque en el primer caso no hay detrás de cada parte algo parecido a las organizaciones sindicales.

Por causas económicas y de otro tipo, todo el mundo acepta que el matrimonio es un contrato.

Con una frecuencia todavía indeterminada, el matrimonio se contrae por amor. Se supone que el amor lo que pretende y realiza es una adquisición y una donación mutua completa, se cree que el matrimonio lleva a cabo efectivamente, y con una garantía que cubre las reclamaciones por un período de una prolongación indeterminada (por ejemplo, toda la vida), la identificación y la unión de las dos personas a la que el amor aspiraba.

Identificación de dos personas puede significar identificación de dos espíritus, comprensión mutua de dos inteligencias y sintonía perfecta de dos voluntades.

Si además de eso significa simultaneidad temporal y coexistencia espacial de dos cuerpos, para los cuales siguen teniendo cierta vigencia las leyes de extensión e impenetrabilidad de la materia, y desde los cuales lo natural, lo evidente y lo de sentido común se perciben como diversos, entonces la identificación que se instaura con el enlace es, más que una realidad, un programa. Y dado que el espacio y el tiempo se pueden percibir como distintos, la mencionada identificación es, más que un programa, un problema.

El problema puede ser de pronóstico grave, o simplemente de pronóstico reservado. Todo depende de que la fuerza con que el amor ha efectuado la identidad de los espíritus, se atenga o no a lo que podrían llamarse los primeros principios del enlace, y que podrían formularse de la misma manera: un hombre es un hombre, y una mujer es una mujer (también llamado principio de identidad); un hombre no es una mujer, y una mujer no es un hombre (también llamado principio de diferencia o de no contradicción).

Hay que advertir que la formulación de estos principios pueden encubrir actitudes androcéntricas o machistas, es decir, pueden implicar la creencia teórica de la superioridad del hombre sobre la mujer, y el comportamiento práctico correspondiente a ella.

Desde otro punto de vista, la formulación de estos principios puede llevar no ya al etnocentrismo masculino o al femenino, sino al relativismo cultural, o sea, a suponer que lo natural, lo evidente y lo de sentido común, no lo hay en ninguna tribu, que, sencillamente, no lo hay.

Desde este punto de vista, se puede llegar a pensar que el sentido común es, simplemente, un lujo que pueden permitirse los solteros, pero que es algo que se difumina y evapora en cuanto que se elige como forma de vida la compañía.

Al parecer, el hombre necesita estar solo en algunos momentos precisos (o, más bien, nada precisos) para sentirse sí mismo, y la mujer necesita estar sola en otros momentos diferentes (y probablemente, igual de imprecisos) también para sentirse sí misma.

Aunque seguramente la experiencia de la soledad no se da de un modo verdaderamente profundo más que en la demencia o en el infierno, parece ser que también puede lograrse una experiencia bastante infernal y bastante demencial cuando se logra una fusión espacio-temporal de dos personas, y la fusión se mantiene durante un período de tiempo superior a un determinado umbral.

12. TE QUIERO, ERGO TE SUPLANTO

Algunos seres humanos tienen la experiencia de la abnegación, y muchos tienen la experiencia de la vergüenza.

No pocas veces ha habido una renuncia a algo que a uno le apetecía, como por ejemplo, abrir la ventana para que entrara un poco de aire fresco, pero esa inclinación ha sido contenida y anulada por completo en atención a que a otra persona le molestaban las corrientes de aire.

A veces puede producirse una verdadera lucha sorda o guerra fría entre quien prefiere morir por asfixia y quien prefiere morir por congelamiento. Otras veces la lucha es una carrera por superar cada uno al otro en abnegación.

Casi todo el mundo sabe que ese libro titulado *No diga sí cuando quiere decir no*, y tantos otros con un contenido similar, que los psicólogos escriben, debería leerlo para no caer, para no reincidir con tanta frecuencia en esas debilidades que no deja de reprocharse.

Frecuentemente la abnegación es un acto que se ejecuta o se omite en aras de la cortesía, pero otras veces en aras simplemente del afecto genuino o del verdadero amor. En cualquier caso, da lugar a la fórmula universal del autorreproche:

-No, si lo que me pasa a mí es que soy tonta. No buena, no. Tonta, pero...tonta.

O bien la misma fórmula con el sujeto masculino.

- No sé qué habría sido de mi si hubiese sido mujer...Porque como no soy capaz de decir que no nada...

Cuando dos seres que tienen experiencia de la abnegación se enlazan en una convivencia estable y conyugal, cuyo objetivo es hacer feliz al otro, realizar el amor que se han prometido, entonces opera como un propósito implícito evitar por todos los medios que el otro tenga que fastidiarse por causa de uno, de las manías de uno.

El amor entonces adopta como lema la regla de oro de la moral: “No hagas a los demás lo que no quisieras que te hiciesen a ti. Haz con los demás lo que quisieras que hiciesen contigo.”

La regla de otro de la moral suministra en ese caso el más delicado instrumento y la más exquisita estrategia para la tortura sistemática de los seres amados por parte de los seres amantes, o, simplemente, para la destrucción recíproca.

- A mí lo que más me molesta de todo es que pretenda adivinarme los sentimientos y encima se equivoque. Hay que ver con qué seguridad y con qué arrogancia afirma que lo que yo quiero no es que nos vayamos a casa, como le he dicho, sino quedarnos toda la tarde por aquí. Si quisiera que nos fuésemos te habría dicho “vámonos”.

- No. En realidad no es eso lo que quieres.

El intento de ahorrar a otro lo que para uno mismo sería un ejercicio de abnegación, tiene todas las ventajas morales de dar al otro lo que se quisiera para uno, y todas las ventajas psicológicas del amor, que conoce por adelantado, y como por cierta con naturalidad, lo que el otro *realmente* desearía. Pero por otra parte tiene todos los inconvenientes morales de no respetar la legítima autonomía del otro en cuanto a abnegarse o darse una satisfacción cuando lo estima oportuno, y los inconvenientes psicológicos de anular los deseos reales del otro en nombre de las propias inclinaciones neuróticas.

Cuando la luna de miel ha terminado y los amantes ya se han amado mucho, cada uno ha recorrido también un dilatado camino en el proceso de suplantación de las inclinaciones, deseos y preferencias del otro. Es decir, en las inclinaciones, deseos y preferencias reales del otro, que, naturalmente, no son las que manifiesta, sino las que uno sabe y enuncia ante las protestas del otro, pues aunque el otro proteste,

- Sabe que tengo razón.

El amor no sólo da lugar a que dos seres lleguen a estar entre sí profundamente unidos. También a que estén fusionados, empotrados, macclados, estrellados, revueltos, superpuestos, entrometidos y desguazados.

Hay hombres convencidos de que el modo en que la mujer evita al marido todas las ocasiones de abnegación y lleva a cabo sus verdaderos deseos, es más sistemático, contundente y eficaz que a la inversa, y que ello se debe a que la mujer es más neurótica que el hombre.

En realidad, la literatura científica no es concorde en este punto, pues también un número bastante amplio de mujeres, de una autoridad no menor, sostiene que el hombre puede ser tanto o más neurótico que la mujer, pero que como indudablemente es mucho más egoísta, no se preocupa de pararle los golpes a ella.

Este punto de vista parece confirmarse también desde la experiencia de la vergüenza en general, y de la “vergüenza ajena” en particular.

- Como todos los hombres son egoístas y van siempre a lo suyo, no se preocupan de que la mujer vaya bien y quede bien. De eso, nos preocupamos nosotras, o no se preocupa nadie.

De hecho la mujer sabe lo que *cualquiera* podría pensar o decir si viera a su marido vestido de ese modo, comiendo de esa manera, si le oyera esas cosas que dice de su casa, o, en general, de su familia, de su trabajo...

Si la suplantación se ha ido resolviendo de manera que cada uno devuelve al otro pacíficamente parte de los territorios de su intimidad usurpados, puede ocurrir que paulatinamente cada uno sienta menos vergüenza ajena del otro, y paulatinamente cada uno adivine menos equivocadamente la intimidad del otro, es decir, que cada uno haga cada vez menos ejercicios de adivinación, y más de escucha atenta y confiada, o incluso de escucha crédula.

- Pero, ¿cómo voy a creerle si se ve clarísimo que no está diciéndome lo que de verdad cree, lo que siente?

Cuando ya ha pasado un cierto tiempo, y cada uno ha recibido una buena cantidad de golpes, tiende a creer más en la verdad de lo que dice el otro. Otras veces, si no cree en la veracidad del otro, eso le preocupa menos, y se deja llevar por la sospecha de que lo que el otro manifiesta como deseo, tiene algo que ver con lo que realmente desea.

En otros casos, la preocupación por la veracidad se manifiesta como sentimiento de mera solidaridad humana con las personas ajenas al vínculo conyugal, y conduce simplemente a poner en guardia en relación con el propio cónyuge al inocente e ingenuo visitante.

- No te vayas a creer todas las cosas que te está contando, porque la mayoría no son verdad. Es que él se lo imaginaba así, se lo inventa de esa manera, y se lo cree.

El sabe que esa intervención forma parte de los inevitables efectos especiales de su relato, y que es lo que corre por su cuenta de ella, y simplemente toma nota de los incisos.

- Pero, mujer, qué ganas de dejarme mal.

Un resignado suspiro ante la incomprensión se escapa de su pecho mientras que, con la mirada perdida en el infinito, él continúa con su historia a pesar de la hostilidad doméstica.

Por su parte ella, con una sonrisa contenida, una expresión de condescendencia para con el marido y de agradecimiento mezclado con compasión para con el visitante oyente y atento, da luz verde para que continúe una inevitable narración, que, por supuesto, no es verídica, es decir, no coincide con lo que ella expondría.

13. LA ZONA DE LAS TEMPESTADES. EL CUARTO DE BAÑO, LA SALA DE ESTAR Y EL DESPACHO

Mao Tse Tung denominó “la zona de las tempestades” esas vastas regiones del tercer mundo donde el enfrentamiento entre el capitalismo y el proletariado produciría, según sus previsiones, una revolución permanente o una guerra de muy larga duración. Se refería en concreto a zonas de América central y del sur, al continente africano y a dilatados territorios asiáticos.

La convivencia empieza a resultar difícil cuando hay discrepancia en lo accidental. Pocas cosas hay tan accidentales como el modo de distribuir los objetos en el espacio.

Cuando se trata de poner objetos de cada uno en un mismo espacio, por ejemplo, en las repisas de un cuarto de baño, o de ubicar objetos propios sobre espacio ajeno, espacio común o espacio público, como por ejemplo una chaqueta sobre una butaca, entonces pueden empezar a surgir los conflictos.

-Si, en un cuarto de baño, una mujer genera siempre una selva de botes a su alrededor, de modo que a uno llegar hasta un peine le cuesta sortear un tubo de laca, tirar un frasco de colonia... Con lo fácil que es tener una máquina de afeitar, un bote de colonia y el cepillo de dientes.

-Bueno, es verdad que los hombres tienen menos cosas, y en eso son menos complicados, pero yo no me explico cómo se las arreglan que para cualquier cosa que hacen lo ponen todo siempre perdido. Con lo fácil que es ducharse corriendo las cortinas de la bañera... Yo no sé qué es lo que hay que hacer para echar tanta agua fuera.

-Yo creo que la convivencia matrimonial es prácticamente imposible si cada uno no tiene un cuarto de baño. Nosotros lo tenemos perfectamente resuelto así. Ella tiene su cuarto de baño y yo tengo el mío.

Cuando no se comparte el cuarto de baño, cada uno puede permitirse impunemente la irracionalidad, pero, de todas formas, puede serle echada en cara al ser descubierta.

- Pero, cómo se te ocurre apretar un tubo de pasta de dientes así.

- Y, ¿qué tiene eso de malo?

Alguien puede pensar que las maneras de apretar un tubo de pasta de dientes son muchas, o que no tendrían por qué ser motivo de conflicto, pero ese pensamiento se desvanece cuando uno observa que su interlocutor, con el ceño fruncido, la cara congestionada por la ira, y la mano derecha levantada y extendida incoando un gesto de exterminio, exclama solemne y fulminantemente.

-Es que solamente hay un modo racional de apretar un tubo de pasta de dientes, y además es evidente.

Claro que es posible también encontrar mentes más abiertas y talantes más conciliadores.

- Perdona, pero hay por lo menos dos modos racionales de apretarlo. Y además los dos están comercializados.

- Ah, ¿sí?, ¿cómo?

- Pues mira, se venden en el mercado dos aparatos para eso. Uno es como una especie de abrelatas, parecido a los que vienen en las latas de anchoas. Es una barrita metálica con una abertura longitudinal, en la que se coloca el tubo. La barra se va girando sobre el mismo tubo hasta que al final queda vacío después de haber aprovechado toda la pasta.

-¿Y en el otro aparato?

- Son como dos láminas metálicas soldadas por un extremo y separadas por el otro. Los dos extremos separados tienen una especie de tornillo. Se pone el tubo en medio y se va apretando el tornillo. Así se ejerce una presión homogénea sobre todo el tubo de modo que al final queda completamente vacío.

Para espíritus amplios, el mercado ofrece algunas posibilidades de conciliación, y uno no puede menos de considerar afortunados a los cónyuges cuyos conflictos pueden encontrar su solución en el mercado.

Eso es factible en relación con algunos problemas de organización del espacio en los cuartos de baños. Pero es más difícil en relación con la sala de estar y con el cuarto de trabajo de él, en algunos tipos de matrimonios.

Es frecuente que, aunque tengan un trabajo fuera de casa tanto el hombre como la mujer, y aunque se haya llegado a un reparto de las tareas domésticas aceptable por ambas partes, la tarea de limpiar el polvo, barrer el suelo y poner en orden los adornos de la sala de estar sean efectuados por la mujer y no por el hombre. Y eso, no sólo en la sala de estar, sino, en general, en toda la casa.

Ello da lugar a que la mujer tenga cierta tendencia a ver la casa de *sub specie mundandi*, es decir, como algo que ha de ser limpiado y cuidado, y cuya limpieza y cuidado es responsabilidad suya. Por su parte, el hombre tiende más bien a considerarla como un sitio para estar, o, si se trata de una habitación en la que realiza parte de su trabajo, su “su despacho”, como un ámbito en el que se ejecutan ciertas tareas.

Indudablemente el mismo espacio no es en realidad lo mismo si es el sitio donde él descansa y ve la televisión, o el sitio que ella tiene que limpiar varias veces a la semana.

-Es que yo no entiendo por qué si dejo las llaves encima del televisor, el pañuelo encima de la mesita y la chaqueta en esa butaca, todo eso es un desorden que hace más difícil la limpieza y contribuye a que todo se llene de polvo, y en cambio ese jarroncito, el pañito de encaje y el cenicero de plata, que pueden tener un volumen semejante y ocupar el mismo espacio, no son un estorbo para la limpieza.

-Porque la chaqueta está para ponerla en el perchero o en el armario, que para eso se gasta el dinero en comprar percheros y armarios.

En algunas ocasiones, ha resultado una medida saludable para la convivencia conyugal que el hombre adoptara el punto de vista de la mujer, y considerara la casa como algo que debe ser limpiado, en general, y debe ser limpiado por la mujer, en particular.

Después de una sesión de trabajo en grupo en la casa de uno, cuando al terminar alguien preguntó si era oportuno recoger o limpiar algo de la sala, pues sabía que la mujer del anfitrión estaba pasando unos días fuera de la ciudad, el propietario del inmueble, hombre que sabía ponerse en el lugar de su esposa y que se esforzaba por proteger y reforzar la estima que ella sentía de sí misma y de su trabajo en el hogar, respondió:

-Bueno, si quieres sí, pero eso no lo limpias..., ni eso tampoco. Mira, es que si ella vuelve y se lo encuentra todo tan limpio y ordenado como si no se hubiera ido, entonces no siente que hace falta y que es muy imprescindible lo que ella hace.

Este punto de vista concuerda con la cantidad de excusas que pone y disculpas que pide una mujer cuando uno entra en su casa, porque las cosas no están como deberían estar y no hay el orden que debería haber.

Generalmente el que entra en la casa no sabe cómo deberían estar las cosas, o cuál es el orden que debería haber, pero es de muy mala educación no conceder disculpas cuando a uno se lo piden.

Las disculpas se piden tanto si el que entra en la casa es un hombre como si es una mujer, pero si la que entra es una mujer, y es educada, la disculpa se concede en su tono de solidaridad, de complicidad y de plena comprensión.

-Bueno, que me vas a decir a mí. Si vieras como he dejado yo las cosas.

También sucede que, cuando se trata de mostrar la casa, por primera o por enésima vez, esas disculpas que se piden al visitante en relación con cualquier pieza de la vivienda, se omiten cuando se trata de una habitación en la que el hombre realiza parte de su trabajo o desarrolla algunas actividades a las que tiene afición. Al llegar a ese ámbito, ella ya no presenta excusas ni pide disculpas. Con un gesto elocuente da a entender que esa habitación casi no forma parte de la casa, o que él le tiene prohibido que le revuelva o le desordene las cosas, o bien con un gesto de resignación da a entender que ella se ha rendido o ha renunciado a esa parte de su responsabilidad. Con él es imposible.

- Bueno, tú ya le conoces.

Podría pensarse que la realidad, los ámbitos espaciales, son efectivamente distintos cuando se perciben desde puntos distintos y se ejercen en ellos distintas actividades, pero es posible encontrar que lo que se piensa es otra cosa.

- Es que mi mujer es una maniática del orden y la limpieza.

O también.

- Es que los hombres son todos unos egoístas. No piensan más que en ellos. Como si a nosotras no nos costase trabajo la buena educación, limpiar las cosas, atender a las personas que llegan, preocuparnos de lo que pueden necesitar...

14. MÁS VALE CENAR DOS VECES QUE DAR EXPLICACIONES

Si la diferente organización de un espacio que se comparte es fuente de conflictos, no podía ocurrir otra cosa con la organización de un tiempo también compartido, y en el que tienen que articularse las actividades de los dos con una cierta sincronía.

Después de una prolongada sesión en un bar, en el que la consumición de cervezas y aperitivos por parte del conjunto de amigos había sido considerable, uno de los integrantes del grupo se despedía de los demás alegando que tenía que ir a su casa a comer.

-Pero hombre, después de lo que hemos tomado...cómo se te ocurre decir eso...Con esto ya todos hemos comido.

-Sí, pero, como decía mi abuelo, más vale cenar dos veces que dar explicaciones.

Hay estómagos superdotados, que se pueden permitir el lujo de comer dos veces. Pero hay otros cuyo alcance es más modesto. Y las explicaciones son inevitables cuando lo que se pretende es no comer alegando que ya se ha comido.

Cuando simplemente se rechaza o se devuelve una mercancía o un producto que previamente se ha pedido, o se ha encargado para que se sirva con una periodicidad determinada, se suele alegar algún tipo de deficiencia en el producto o en el servicio, y posteriormente se anulan los pedidos futuros. Rara vez se aduce como motivo para no aceptar un producto encargado, la circunstancia de que ya se ha aceptado y se ha consumido otro similar.

Pero éste no suele ser el punto de vista más frecuentemente adoptado desde la perspectiva de la tribu de los hombres. No se suele considerar que se tiene con la tribu de las mujeres y con el trabajo de ellas una relación de tipo profesional, comercial, según las leyes de la confianza y cortesía mercantil.

La mujer, por su parte, puede dedicar a la preparación de alimentos para la casa una atención análoga a la que un productor dedicaría a sus mejores clientes. Por supuesto, puede no dedicar ninguna atención, y que nadie en la casa lo haga. En algunas culturas esa costumbre ha dado lugar a la invención del *luch*, y en algunos ambientes a la práctica de sustituir la cena por elementos inconexos que cada sujeto puede coger de un frigorífico, y que no están vinculados entre sí mediante una secuencia que viene dada por los conceptos universales de “primer plato”, “segundo plato” y “postre”.

Pero si el concepto de comida o de cena no ha sido sustituido por otros, si sus elementos no han quedado desconectados y disueltos, y si su conexión no ha sido reprivatizada, entonces la responsabilidad de lo que resultarían ser los asuntos públicos de la familia, suele ser asumida por la mujer, que queda *eo ipso* legitimada para condenar las transgresiones.

Y evidentemente no llegar para consumir el alimento en el acto público, llegar con retraso excesivo, o llegar pero no tomar parte en él alegando que ya se ha llevado a cabo privadamente algo similar, es una transgresión.

- Tu no te imaginas lo que es un día, y otro, y otro... Y que él llega a comer cuando ya hemos terminado todos...

Y lo que es que yo salga corriendo de mi trabajo todos los días, para tener lista la comida a las dos y media.

Y mira que se lo digo. Un día, y otro, y otro...Pero nada...Pues claro que me enfado, ¡cómo no me voy a enfadar!, ¡cómo no voy a chillarle! Y, ¿de qué sirve? De nada.

Yo no sé para qué se ha casado, para qué tiene una mujer y unos hijos, para qué...

Lo peor de todo es que cuando le grito, encima me da la razón. Claro, ¡cómo no me la va a dar! Si es evidente que la tengo. Me da la razón. Encima me la da. Se cree que yo soy tonta.

Y no sirve de nada. Lo sigue haciendo. ¿Sabes por qué?, ¿tú sabes por qué lo sigue haciendo siempre igual?

-¿Yo...,por qué?

- Lo hace sólo para fastidiarme. Sólo porque sabe que me molesta.

- No mujer, por eso no lo hará. Será que es que él es así, descuidado, que no se da cuenta...

- No, tú no le disculpes. Porque no tiene disculpa ninguna.

La evidencia la suelen definir los filósofos como aquella manifestación o aparición tan clara y tan transparente de una verdad, que el reconocimiento y la adhesión de la inteligencia es inmediata y automáticamente arrancada a la persona que asiste a ella.

Por eso la evidencia no se puede negar, por eso negar la evidencia es algo que resulta posible solamente en virtud de un acto de la voluntad antinatural, un acto de mala voluntad, que va contra la naturaleza de las cosas, contra la realidad y la verdad que aparecen de un modo deslumbrante.

Desde esta perspectiva se puede advertir que la convivencia resulta lesionada en razón directamente proporcional al número de proposiciones evidentes que enuncian el modo en que transcurre o debe transcurrir el comportamiento cotidiano.

Si sólo hay un modo racional de apretar un tubo de pasta de dientes, y además es evidente, y sólo hay un modo racional y sensato de comportamiento nutritivo en lo que a ordenación temporal se refiere, siendo evidente también, es asimismo evidente que la conducta práctica que no se atiene a esos modos, sólo puede venir producida por la mala fe, la mala voluntad.

Y como resulta que esa evidencia es alguna vez que otra recordada por uno de los cónyuges, no para obtener ningún beneficio propio egoísta o indebido, sino simplemente por atenerse a la realidad de las cosas, el que atenta contra ella lo hace en términos de ataque personal al otro.

No se trata solamente de un ataque personal. Se trata también de un ataque irracional. Y ésa es la esencia químicamente pura de la inmoralidad, del mal: la obstinación contra la realidad, contra lo natural, contra lo que es de sentido común, contra lo evidente.

Claro está que cabe también una segunda posibilidad. Como el mal puro es incomprensible que alguien lo quiera, si alguien lo quiere se trata evidentemente de una persona que no está en sus cabales, en su sano juicio. Se trata de un demente.

No es que la convivencia con una persona demente resulte más llevadera que con una malvada, pero frecuentemente resulta más fácil de

aceptar al que no se da muy bien cuenta de lo que hace, que al transgresor plenamente consciente y de mala fe.

O bien, hay que oscilar entre ambas hipótesis. Si alguien actúa a conciencia y de mala fe, hay la esperanza de que al echárselo en cara rectifique y cambie de actitud. Pues cada uno supone que el comportamiento bueno y el malo que el otro tiene para con él depende exclusivamente de su voluntad.

Las cosas eran muy diferentes al principio porque esas rarezas no se manifestaban. O bien porque cuando se manifestaban lo hacían de un modo que resultaba delicioso. Pero después de haberlo visto durante suficiente número de veces, ya el modo no resulta tan delicioso. Pasa a ser aburrido, trivial, o incluso aberrante.

15. LAS ABERRACIONES DEL MARIDO Y EL CUAL-QUIERA TRANSCENDENTAL

— Mira, déjame que te diga. Él no es como todo el mundo. No hace las cosas como las personas normales. No es como yo. Lo mío es lo normal, lo que hace todo el mundo, pero, él...

— Bueno a mi no me importa que ella se queje de las cosas que yo hago, ni que le resulten extrañas, pero me da una cierta vergüenza que les llame aberraciones, porque quien la oiga podría pensar...yo qué sé...Si al menos las llamara de otro modo...

— Es que son realmente aberraciones.

—¿Ah, si..., y qué es lo que hace?

—¡Oh! Qué sé yo. Son tantas cosas...Fíjate, por ejemplo, toma chocolate antes de las comidas. Y no solamente chocolate, sino también otras cosas dulces...

— Y eso, ¿por qué es tan malo?

— Porque eso no lo hace nadie. Eso no se hace. Las cosas dulces no se toman antes de las comidas.

—¿Ah, no? ¿Cuándo se toman?

—Se toman después. Yo las tomo después. Nunca he visto a nadie de mi familia tomar dulce antes de las comidas.

—¿Y qué más cosas hace?

—¡Uy! muchas más. Si me pusiera a contarte. Mira, tiene la manía de echarle mayonesa a todo lo que come, pero a todo, ¿jeh!?, que no estoy exagerando. A mí me parece normal que le guste la mayonesa. A mí también me gusta, y la tomo cuando hay que tomarla, pero...mayonesa siempre...Ya me dirás si no es una aberración.

Como es obvio, las costumbres crean precedentes, crean una segunda naturaleza, establecen lo que es natural, prescriben lo que se debe hacer (que es lo que siempre se ha hecho) y prohíben lo que hay

que omitir rodeando con un halo de extrañeza lo que aparece como algo que rompe la pacífica regularidad de lo ya sabido. Algo que nunca se ha visto hacer en la propia familia, ni en ninguna parte, muy bien puede producir una reacción de desagrado o de repulsión.

Naturalmente, el hombre sabe que todas aquellas cosas por las que su madre le reñía a él, a su padre, y a sus hermanos, son cosas que no se deben hacer. Sabe que no se debe poner perdido el cuarto de baño, que no se debe llegar tarde a comer, que no se debe meter el dedo en la nariz, la mano en el plato, y sabe que esto, evidentemente, es malo.

El hombre también sabe (igual que la mujer), que hay algunas cosas de esas que son absurdas manías de su madre, y cuando se ve libre de su dominio, puede exclamar con un profundo suspiro y un mal contenido afán reivindicativo, que ya nunca volverá a tomar sopa caliente en la cena “porque hace muy buen estómago”. Con eso lo que el hombre sabe (igual que la mujer), es que la casa no es sólo el ámbito de lo privado donde uno puede hacer lo que le dé la gana, sino que es también el ámbito de lo regulado según la costumbre familiar.

La mujer que sabe eso, y que tiene una cierta connaturalidad con esa regulación, está investida de la suprema autoridad que le viene conferida por los principios morales y por los presupuestos cívicos y políticos que la humanidad ha aceptado en todas partes durante todos los tiempos. Por eso conmina al hombre para que haga las cosas como se deben hacer, y trata de apartarle de todas sus aberraciones, no por ningún capricho o por ninguna manía de ella, sino por su propio bien de él, o, para ser más preciso, por su normalidad de él.

No se trata de que a ella no le guste o no le parezca bien que él tome tanta mayonesa, ni de que ella le obligue a coger cada día un pañuelo limpio. Se trata de que si él hace eso, de que si él va así...

-Cualquiera que te vea, ¡qué va a pensar!

-¡Nada! Nadie va a pensar nada más que en que tú no me dejas vivir.

-¡Hijo, cualquiera que te oiga, qué va a decir!

La mujer puede alterar la indumentaria del hombre, evitar que deje el llavero encima del televisor, modular sus hábitos alimenticios, y consolidar el resto de la disciplina familiar, apelando a *cualquiera que te oiga*.

“Cualquiera” es un sujeto trascendental, que puede ser representado en todo momento por un amigo de él o de ella, y que al ser interrogado por ella le da la razón con toda cortesía, dado que la interrogación se le suele formular cuando está en la casa de ella y ella es la anfitriona.

Que ella encuentre confirmado su punto de vista por *cualquiera* a quien le pregunte, y que sienta reforzada su posición por la de *cualquier persona normal* (y difícilmente se encontrarían entre los amigos de ella o de él sujetos que rechazaran esa cualificación para sí mismos), garantiza que su posición y su punto de vista no son particulares, gratuitos o caprichosos. Todo lo contrario, gozan del favor y del prestigio de todas las instituciones y de la conciencia democrática, porque lo que ella mantiene no es solamente lo que mantiene la mayoría absoluta, sino la “voluntad general”, el “sentido común”, el “espíritu universal” o incluso la “substancia ética de la sociedad”. En fin, lo que mantiene cualquier persona normal que está en su sano juicio.

Cuando el hombre ha pasado varios meses o varios años, inducido a unas cosas que le desagradan y disuadido de otras que le agradan, por causa de lo que pueda pensar o decir cualquiera que le vea o cualquiera que le oiga, puede llegar un momento en que, con un gesto convulso, puede llegar un momento en que, con un gesto convulso, palideciendo por la ira, y tono altanero y desafiante, le declare la guerra al sujeto trascendental, y a la humanidad toda:

-¡A mí me importa un pimiento lo que piense cualquiera!, ¡me importa un rábano que todo el mundo diga lo que quiera! ¡Yo digo que no voy esta tarde a comprar pañuelos y no voy! ¡Ya se puede hundir el mundo y ya te puedes poner como te pongas!

Naturalmente, en cuanto que pronuncia esas palabras en ese tono, el hombre se enfrenta a la totalidad del universo, a las instituciones democráticas, y al sano sentido común, que desde el principio están evidentemente de parte de su mujer, y se sumerge de un modo completamente solipsista en la irracionalidad más absoluta. La intensidad del grito y de la ira simplemente subrayan y amplifican exponencialmente la propia irracionalidad de su postura.

-¿No ves cómo se ha puesto? Como si yo estuviera siempre haciéndole la vida imposible. Como si yo me echara algo al bolsillo por eso. Si lo único que hago es estar pendiente de él y de sus cosas. Y

además si se dijera que es que no le paso una...Pero anda...Si encima una tiene unas tragaderas...Mira, que es él es muy raro, porque...con lo sencillo que es decir las cosas tranquilamente...Decir, mira, no quiero esto, o quiero lo otro...

En casos como éste la estrategia de la mujer es elegante, amplia y consistente, y su táctica oportuna, incisiva y demoledora. El hombre aparece como el que está seguro de sí mismo, de su autoridad, y como el que se sabe cargado de razón, es decir, aparece como un incauto, como el que desde el principio de la partida está ya en fuera de juego y no lanza ni un solo disparo al blanco, y, sobre todo, en la ingenuidad de creer que con eso basta.

16. EL ARTE DE CULPABILIZAR LA CONCIENCIA

Los momentos de extrañeza y de desconcierto son aquellos en los que se cae en la cuenta de que la identidad que se había logrado era artificial, o de que era sencillamente supuesta. Se percibe lo que era sencillamente una suplantación, y entonces se puede experimentar que uno es expulsado de los territorios invadidos, o bien uno recibe el severo aviso de que es mejor que los vaya abandonando por su propio pie, y procede a ello.

La primera advertencia puede llegar en forma de mero gesto. Él va a darle un beso a ella, como todas las mañanas, cuando sale de casa. Ella tuerce la cara, en un tono más bien brusco y duro, para evitar la rutinaria expresión de cariño.

El asunto no tiene mayor importancia. Cuando él regresa a casa por la tarde vuelve a esbozar el habitual gesto afectuoso. Se reproduce el mismo desplante que por la mañana. Y comienza el monólogo de él, que inicialmente tiene la forma de la perplejidad silenciosa.

Ahora el hecho de que ella apartase la cara no se olvida como algo carente de importancia.

La cena se prepara y da comienzo con un silencio que resulta un poco pesado al principio y se va haciendo más tenso paulatinamente.

Él intenta suavizar la tensión e inicia una maniobra de acercamiento:

- Oye, cariño, ¿vamos por fin a ir el sábado a...?

- Déjame, ¿no ves que estoy viendo la televisión?

Una cierta alarma se suma a la extrañeza, porque él sabe que a ella no le gusta ver la televisión, y mucho menos las noticias. No lo hace nunca.

La cena concluye con el mismo silencio, pero durante ese periodo él ya ha resuelto que debe iniciar maniobras de aproximación más decididas.

- Hoy te encuentro un poco rara. Cariño, ¿ha ocurrido algo?, ¿qué te pasa?

-¿Pasarme?, ¿a mí?, nada, ¿qué me va a pasar?

- A ti te pasa algo, ¿qué es?
- Que ¿qué es? Ah, pues tú sabrás.

La perplejidad, la extrañeza y la alarma, acumuladas durante el día, arañan de pronto en la corteza del cerebro, como una pala excavadora, profundizan por la médula, y hacen estallar en el centro del pecho la insondable pregunta:

- Atiza, ¿qué habré hecho?

En semejante tesitura lo más procedente es no insistir. Lo mejor es irse a la cama, y, esa noche, no intentar ninguna manifestación de acercamiento en ningún otro sentido. Mañana será otro día.

El otro día inicia su despegue como todos los demás. Como el anterior, incluyendo el ademán de retirar el rostro para evitar la cariñosa despedida de siempre.

A lo largo de la mañana, el cerebro no ha descansado un momento en su actividad inquisitoria.

Al regresar a casa a mediodía, la indagación ha dado su fruto, y el propósito lleva ya, como su nimbo más adecuado, la esperanza de la reconciliación.

Antes de la comida, con el tono más contrito y con el más humilde gesto, inicia su descargo de conciencia:

- Mira, antes de ayer...Perdona, antes de ayer, cuando me fui dando el portazo, y dije...

- No disimules. Tú sabes muy bien que no es por eso.

A partir de ese momento, la indagación sobre la culpabilidad rebota de un recuerdo a otro, repasa episodios con una actividad febril, como enloquecida y a la vez desesperanzada.

- ¿Entonces...?

-¿Tu no ves? Encima lo peor es que tú no te das ni cuenta. Encima eso.

- Yo no sé cómo será tu marido, pero éste...

-¿Mi marido? ¡Bueno, mi marido! ¡Los hombres, todos los hombres! ¡Qué inconsciencia...!

- ¿A ti también te pasan cosas así?

- Mira, no vale la pena complicarse tanto... Yo no le doy vueltas. Con las mujeres no se puede...Hay que tragar y ya está, qué se le va a hacer...

Las miradas femeninas cruzadas entre sí, son suficientemente elocuentes. Los hombres no solamente son todos unos egoístas. Son, además, en la mayoría de los casos, unos inconscientes, unos salvajes.

- Sí, encima se hacen las víctimas, como si les torturásemos. Y, ¿qué sería de ellos!? A éste se lo comería la mugre. Se pasaría toda la vida sin probar otra cosa que un filete con patatas cada día... Y luego, con lo comodón que es... Si es que no se mueve para nada..., ni para coger el teléfono... Aunque es mejor que no lo coja, porque, es tan inútil...

- No, no son inútiles. Se hacen los inútiles. Es muy cómodo que se lo den a uno ya todo hecho, y como una es tonta... pues, encima va y...eso.

- Mira. Convéncete. Una mujer es algo que podría ser substituido con ventaja por un conjunto de aparatos eléctricos. Sobre todo desde que se ha inventado el microondas. Un frigorífico, una aspiradora, las camisas y la ropa esa que no hace falta planchar... Y no necesitas nada más.

Efectivamente, un conjunto de aparatos eléctricos pueden desempeñar un número suficientemente completo de tareas domésticas, con muy escasa probabilidad de dirigir reproches a nadie en tales términos que ponga en marcha un sentimiento de culpabilidad creciente.

Si, un conjunto de aparatos eléctricos. El microondas es paciente, es servicial; el microondas no es envidioso, no es jactancioso, no se engrie; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. No controla el tabaco, no cuenta las botellas de cerveza...

17. TÉCNICAS DE SEDUCCIÓN Y DOMA

- Es que tú no puedes imaginarte hasta qué punto cada cerveza que te tomas la siento yo como si me arrancaran a pedazos las entrañas.

Ah, si Nietzsche levantara la cabeza. Volvería a decir que tenía toda la razón en cada una de las líneas que escribió sobre la moral de los débiles.

Ser débil no implica necesariamente no tener razón. Y ser mujer no implica necesariamente ser débil.

Tener razón no es lo mismo que tener sentimientos, y los sentimientos se pueden contagiar con más rapidez y eficacia que los razonamientos verdaderos.

Los razonamientos verdaderos se contagian por el procedimiento de exponerlos oralmente, o bien por escrito. El proceso concluye cuando el oyente le dice al argumentante:

- Tienes razón. Es verdad.

O una expresión análoga que da a entender que el oyente ha quedado convencido de la tesis que se pretendía transmitir.

Los sentimientos no se contagian de ese modo. Además, pueden contagiar un sentimiento distinto, complementario, o incluso contrario al primero que entra en vibración.

Una caída de párpados suave, acompañaba de un suspiro tenue, y un giro de la cara hacia un lado junto con una inclinación de cabeza de pocos grados hacia adelante, es, generalmente, una provocación.

Puede ser una provocación erótica si la puesta en escena ha sido debidamente ensayada, es decir, si el perfume es el adecuado, si la intensidad luminosa no es excesiva, si el tiempo transcurrido juntos es el que se requiere para que él reaccione, dada que su velocidad de reacción es la ya conocida. Si además la resistencia de ella se ha prolongado por un cierto período de tiempo, y finalmente ella se rinde porque el

afecto y la piedad que él le inspira no consienten mantenerle tascando el freno y el bocado sangrante, entonces él salta la valla de la contención propia. Obviamente, en el momento en que ella lo decide.

La técnica es prácticamente la misma si no se trata de una provocación erótica, sino, por ejemplo, crematística, que es un término innoble y desprestigiado con el que también se puede aludir a numerosas provocaciones eróticas pero que, por alguna razón desconocida, no es de buen tono designar con ese nombre.

La caída de los párpados y el suspiro dan a entender que ella no puede más, que se rinde. Ella suelta el freno y el bocado se afloja. Él siente de pronto que su victoria es completa. Pero su nobleza, ya conocida por los análisis anteriores de tiempo de exposición, etc., no puede aceptar un triunfo tan fácil a costa de una resignación y una pesadumbre que arquean así una dulzura tan tiernamente acogedora en otros momentos. Entonces él levanta más alta y más espesa la valla de la contención propia. Se contiene del todo. Más aún, desaparece el mal humor, el desangrado. Ya no hay nada que contener. Se pone de parte de ella. Claro que puede comprar eso. ¡Cómo no va a poder! ¡Claro que él pagará esas letras!

En otras ocasiones la rendición no es simplemente soltar el bocado. El suspiro y el ladeo de cara hacen un poco más que eso y equivalen a picar espuelas. No hay contención propia, y tampoco desde el otro lado del frente se quiere que la haya. Puede no tratarse de una provocación erótica, sino colérica: se puede hacer saltar la ira masculina con un aparato tan espectacular como las espumas con que se rompen algunas olas en el cantábrico.

Para eso generalmente no es necesario el perfume, pero es muy importante el tiempo de exposición. Más aún, se requieren prolongados ensayos, porque la conciencia moral del varón está alimentada por la extravagante presunción de que él es el más fuerte en todos los sentidos, y de que en cualquier momento podría destrozarla a ella. El primer deber moral del varón es contenerse, de modo que hacerlo saltar no es fácil.

No es fácil que al primer toque de las espuelas, toda esa fuerza noble y animal se decida a saltar el obstáculo (fuerza noble y animal es el modo en que la autoestima representa ante el varón la imagen de

sí mismo). No basta que muchas veces haya sentido el fuerte impulso de saltarlo. No basta que muchas veces haya explotado en silencio y la tormenta se haya desencadenado dentro de su propia epidermis sin que la superficie de los labios haya sufrido alteración. No basta que ya no pueda más. Hace falta que se haya quitado de su corazón la espoleta de seguridad, que el ánimo entero se halla iluminado con ese rojizo sentimiento masculino de tener razón, incluso de tener la razón.

Cuando eso ha ocurrido la primera vez, la explosión deja como rebufo ese penetrante sentimiento masculino de tener la culpa, que se empoza en el alma como las aguas de una tormenta de verano hasta que se evaporan. Entonces empieza a verse cada vez con más claridad que la culpa es de ella.

Cuando eso ha ocurrido suficiente número de veces, ya el sentimiento de culpa no comparece; ni siquiera la idea. Nada que tenga connotaciones morales. Simplemente una especie de gruñido, grito o gesto de ira, que se va haciendo cada vez más automático, y que puede llegar a tener la estructura psicofisiológica de un reflejo condicionado.

Ella sabe con cuánta frecuencia se produce, con cuánta antelación emite señales, y con qué contenido puede estar asociado. Por tanto, sabe que en las cercanías de la erupción volcánica no hay que hacer las propuestas que ella quiere que salgan adelante.

Naturalmente, aprender esto ha supuesto también que se hayan ido a pique un montón de propuestas en que ella estaba muy interesada.

Las primeras veces, ella empezó a presentir que él estaba un poco harto de ella, o un poco cansado. Primero, ya no le parecía tan interesante o tan maravilloso lo que a ella se le ocurría. Después, ya no le resultaba tan indiferente. Después, manifestaba abiertamente desagrado.

Ella empezó a pensar que efectivamente, él estaba harto. Y finalmente, aprendió qué era mejor no decirlo.

La desilusión iba siendo sustituida poco a poco por un conocimiento de cómo y cuándo había que hacer la propuesta para que tuviera éxito, y por un conocimiento de cuándo no había nada que hacer.

18. EL PODER DESGASTA, SOBRE TODO AL QUE NO LO TIENE

Los teólogos definen la superstición como un pecado contra la fe por exceso: cuando se cree en algo sin fundamento suficiente para ello, o cuando el fundamento es patentemente inadecuado en relación con el contenido y la intensidad de la creencia. Creer que dar vueltas a una escoba va a suponer la muerte de algún ser querido es, a primera vista, creer demasiado.

Cuando un hombre y una mujer constituyen un sistema estable de convivencia, una familia o un hogar, y el amor remite en la intensidad de sus ardores, aparecen ámbitos que el afecto no ha colonizado, formas de comportamiento que no se han hecho automáticas espontáneamente, a partir del sentimiento unánime de lo querido, o a partir del deseo recíproco de complacerse.

Aparecen asuntos que hay que disponer, cuestiones que hay que decidir. La cortesía exige dar la precedencia al otro, pero junto a eso, y a veces como un mar de fondo que se transparenta en la superficie de la cortesía, se percibe el latido de la cuestión del mando.

Mandar es una pasión, una obligación moral y un comportamiento inevitable. Desde otro punto de vista, el mando es una función social, un papel que le corresponde a uno en la representación.

Cuando un ser humano asume el mando de algo, generalmente lo hace con la extraña creencia de que las órdenes que va a dar van a ser cumplidas. Se desconoce por completo el fundamento de semejante creencia. Los especialistas en filosofía política y en derecho constitucional prosiguen en sus intentos por averiguarlo.

Un director general, un presidente de una corporación o cualquier jefe de negociado de la administración pública, tarda un cierto tiempo en aprender que de una orden que da, unos acuerdos que se toman, y

unas disposiciones que se establecen, se puede seguir incluso el cumplimiento de la orden, los acuerdos y las disposiciones. Pero se considera un gestor genial, o muy afortunado, si ese cumplimiento tiene lugar en los momentos adecuados, y por parte de las personas debidas, y más aún si el efecto que se sigue de ello es el que había previsto y deseado.

Cuando se trata de una convivencia conyugal, por tácito acuerdo de buena educación, y por cierta convención social, cada uno asegura ante los demás que quien manda es el otro.

En qué consiste mandar no está definido inicialmente, pero se entiende por ello una función lo suficientemente imprecisa como para que cada uno pueda sentirse, con razón, profundamente decepcionado en sus expectativas al respeto.

Efectivamente, el poder desgasta. Sobre todo a quien no lo tiene. Por eso se tiende a pensar que quien manda realmente es el otro.

En algunas culturas primitivas, cuando se busca mujer para contraer matrimonio, no se indaga por ninguna propiedad relacionada particularmente con la belleza o el atractivo físico, sino que se buscan cualidades del tipo de la obediencia y la docilidad.

En nuestra cultura persiste un antiguo prejuicio según el cual es más propio de la mujer la obediencia, y más propio del varón el mando, lo cual le coloca a él en una situación de manifiesta desventaja. Entra en liza con la convicción nunca cuestionada de que no le corresponde algo que le va a tocar hacer de maneras muy diversas.

Generalmente el hombre ingresa en la vida matrimonial sin haber sido avisado de que adquiere un particular estatuto de obediencia, y, por tanto, sin ninguna disposición para asumirlo. Por eso su proceso de aprendizaje resulta más penoso. Se estrena creyendo que manda, y creyéndolo en términos de lo que se ha llamado superstición.

La mujer ingresa en la misma vida matrimonial con una conciencia clara de la igualdad, y con un inconsciente que sabe de los antiguos prejuicios culturales. Va por lo tanto psicológicamente preparada para recibir órdenes y, consiguientemente, para defenderse de ellas.

No es tan frecuente, entre las personas que viven acatando órdenes ajenas, la creencia supersticiosa en dichas órdenes. Se ha pensado que durante largos periodos las mujeres ejecutaban los mandatos porque les eran dados "por su propio bien". Esta superstición, que se

puede encontrar operante en algunos ambientes anglosajones, no es alimentada ya por las mujeres de nuestra cultura, y se duda de que lo haya sido alguna vez.

Dado que, no obstante el progreso de las leyes, muchos de los antiguos prejuicios no se pueden erradicar, la mujer va oficialmente preparada para recibir órdenes, lo que significa que va conscientemente motivada, para interpretarlas, discutir las, contestar las, desobedecer las, etc. Y, sobre todo, conscientemente motivada para adquirir por su propia habilidad, la porción de poder que le corresponde. Tampoco está definida la amplitud de esa porción.

El poder se recibe, se hereda, se ejerce, se conquista, se transforma, se cambia, se finge, se supone, se descuida, se gasta, se refuerza, se adora, se compra y se pierde. Se supone que la mujer no lo tiene, y ella lo busca. Al hombre se supone que le sobra, y por eso inicialmente no se toma la molestia de procurarlo. Es la disciplina de la obediencia la que lleva mayor esfuerzo.

La obediencia, como el poder, tiene muchas caras. En primer lugar, hay que obedecer las órdenes, pero antes, hay que aprender a reconocerlas.

Las órdenes se reconocen por la reprimenda que su incumplimiento acarrea, y cuya forma más suave puede ser la repetición persistente de:

-¡Para una vez que te encargo una cosa...! ¡Desde luego, no se te puede pedir nada...! Luego querrás que yo...

Generalmente, antes que oír la queja por enésima vez, el hombre estaría dispuesto a pagar lo que fuese. Es decir, estaría dispuesto a cumplir la orden, y, por tanto, a reconocerla como tal cuando se formula.

Eso cuando se trata de órdenes expresamente formuladas. Está además la disciplina de acatar las que no se llegan a expresar, cuyas formas son variadas.

No es una orden que el saque los platos del lavavajillas por la noche, pero aprende que él tiene que hacerlo porque, si no, después por la mañana él no tiene ningún procedimiento para obtener taza, cucharilla y el resto del instrumental que necesita para el desayuno.

Aprende las cosas ante las cuales no hay nada que hacer y es inútil la resistencia. Aprende que inexorablemente tendrá que comprarse esa

gabardina, y aquella camisa floreada, y aprende que, inexorablemente, sobre todo tendrá que ponérsela.

Aprende finalmente, que la disciplina de la obediencia no es en el fondo sino aceptar las cosas como son, llevarse bien con *la realidad* y reconocer las leyes de *la naturaleza*.

A partir de esa experiencia, ya se le puede ocurrir al hombre designar a su mujer con términos profundamente metafísicos. Si tiene facilidad para las letras, y estudió el bachillerato, puede recordar que en el Renacimiento un teórico de la investigación empírica escribió que "a la naturaleza no se le vence más que obedeciéndola", y puede sentirse reconfortado considerándose a sí mismo en el recto camino de la ciencia.

19. NO PERMITAS QUE TU SENTIDO DE LA MORAL TE IMPIDA HACER EL BIEN

En una reunión de mujeres se pasa revista a los pretendientes de las participantes. Se enuncia el nombre y enseguida se procede a la calificación:

- Es un hombre que vale muchísimo.

Ante el asentimiento de todas, la legítima no puede y no quiere contener un gesto de profunda satisfacción.

Cuando se enuncia otro nombre y la calificación no se repite, puede ser sustituida en ese sentido:

- Pues mira,... es muy bueno.

Antes de que ninguna otra pueda reaccionar, la que se ve afectada por semejante calificación tuerce el gesto, alarga la cara, y, en algunos casos, puede ocurrir que no vuelva a dirigirle la palabra a las demás.

Hay descalificaciones que no son aceptables socialmente, y una de ellas la que afecta al propio pretendiente al ser valorado en términos de "bueno". Y no se arregla por añadir, citando a don Antonio Machado, "en el buen sentido de la palabra".

Una mujer no aspira por regla general a un hombre bueno. Aspira a un hombre que valga mucho. Y cuando al fin lo consigue, frecuentemente ella no tiene empeño en otra cosa que en ayudarlo a triunfar.

Ella siempre le ha admirado. Sabe muy bien lo que puede dar de sí. Por eso se considera afortunada. En ocasiones, está convencida de que su felicidad consiste en sacrificarlo todo, y especialmente en sacrificarse a si misma, para ayudarlo a él de forma que brillen al máximo todas sus cualidades.

Esto es para ella el supremo deber moral y, naturalmente, sólo puede cumplirse con una abnegación que va incluso más allá del he-

roísmo. No es que eso sea estrictamente una misión. Pero es claro que Dios la ha puesto al lado de ese hombre providencialmente.

La puntualidad en las comidas y en el momento de comenzar el trabajo es fundamental.

En la mesa hay que sentarse de esa manera, porque los niños tienen que aprender a hacer las cosas bien.

No se puede tomar demasiado pan, ni tantos hidratos de carbono. La cerveza es muy peligrosa, porque también engorda mucho. Y lo último que ella se podría perdonar es verle a él con barriga, con una barriga como esa que tantas veces han criticado.

Los muebles, la limpieza de la casa, y sobre todo, la ropa de él... Llevarlo todo en ese orden es un verdadero suplicio. Porque él, no es que sea despistado, es...bueno...para no parar.

Por supuesto, él no coopera en nada. Si de él dependiera no se cambiaría de camisa en toda la semana, llevaría en el bolsillo una servilleta del último restaurante en el que tuvo la comida de trabajo...Que menos mal que no son muchas, porque después, ni se acuerda de lo que ha comido.

Y luego los fines de semana. Gracias a Dios, lo de ir a misa y esas cosas sale de él (de lo poco que le inculcó su madre), porque él nunca admite que se le imponga nada.

Lo que más trabajo cuesta de todo es alternar. Claro, porque en la vida todo es relacionarse. Y todo depende de con quién se relaciona uno.

A él, por él todo le daría igual. La cantidad de gente que lo único que hace es aprovecharse de él, ir a ver lo que puede sacar. Y luego, si te he visto no me acuerdo. Y noches acostándome tarde, por hacer cosas para los demás. Y dinero que presta y que no le devuelven...Porque él es así.

Si hubiera dado con otra... Porque no se trata de atosigarle, de que no tenga sus amigos, sus distracciones, su descanso...Pero en fin, todo como debe ser, y, sobre todo, mirando por lo suyo. Mirando por él, por su casa...

¡Ah! Lo de alternar. No se trata de salir todos los días, claro que no. Por eso no se puede estar diciendo siempre que sí. Pero cuando luego viene aquel matrimonio...pues hay que salir con ellos porque después resulta que salen bien estos negocios porque los conocíamos y habíamos estado cenando juntos varias veces.

Con un poco de cabeza se puede llevar bien todo. Lo que no se puede es tomar cada cosa como si eso fuera lo único en el mundo. Porque él es según por lo que le da. El cine, pues se pasa el día grabando películas. El tenis... pues, venga revistas...

Tampoco se trata de llevarle como a un niño chico, pero es que, son tantas las cosas en las que hay que estar encima de él, que llega un momento en que no se puede.

Encima para que no lo agradezca. Por supuesto, y además, esas cosas nunca se hacen porque alguien las agradezca. Pero hay que decírselo porque si no, no se da cuenta y nunca se enmienda. Si no, él nunca va a cumplir con sus obligaciones. Y, bueno, en el fondo, que él no cumpla con su deber, puede pasar, porque él es él, y ya es mayorcito. Pero es que no se trata solamente del deber de él. También se trata de la propia conciencia.

A veces se trata no simplemente de la conciencia, sino también de una disfunción de todo el organismo de ella. Él no sabe el mal cuerpo que se le pone a ella y el repelús que le recorre toda la columna y los tuétanos cuando él pasa del quinto cigarrillo.

Sabiendo cómo tiene los bronquios, él se lo toma como un juego, pero es como si a ella le clavaran puñales en el corazón. Llega un momento en que lo que parece es que es un sádico, que disfruta haciendo sufrir a los demás...

-¿Sabes lo que digo? Mira, yo sé que hago mal, pero... que haga lo que quiera... Si quiere tirarse por el balcón... que se tire... Yo sé que hago mal, pero... que haga lo que quiera...

20. HIJA, UN MARIDO NO ES PARA MIRARLO, ES PARA TENERLO

Tener se dice de muchas maneras, y muy fundamentalmente de dos. Tener algo de forma que todo el mundo lo sepa, y tener algo sin que nadie lo sepa. Un marido se tiene de esas dos formas y de muchas otras.

Se puede tener como un chal de armiño que acaricia cálidamente los hombros, que se lleva por detrás, unas veces a la derecha y otras hacia el lado izquierdo, y que presiona un poco o más o menos según se le impere con una suave tos, una sonrisa apacible o una mirada suplicante.

Se puede tener en el dormitorio, se puede tener en la cocina, se puede tener en el salón. Se puede tener en la casa, haciendo algo, arreglando un enchufe o escribiendo cartas.

Se puede tener fuera de la casa, en la oficina. Se puede tener de viaje, cerca o en el extranjero.

Es posible tenerlo enfermo. Se puede tener en el fútbol. Se puede tener trabajando, ingresando dinero en la cuenta. Se puede tener de vacaciones.

Se puede tener controlado. Sabiendo dónde está por las mañanas y dónde por las tarde; qué hace los fines de semana, los sábados y los domingos. Sabiendo cuánta gente lo conoce y cómo.

Cuando lo conoce mucha gente, tiene dinero y buen fama, entonces, al tener el marido se tiene el dinero y la fama, que cubren tanto o más que el chal de armiño y dan tanto o más calor, pero en órbitas más amplias, y que tienen el mismo eje de rotación: la misma mujer.

Se puede tener como una tarjeta de crédito, como una póliza de seguros, como una cubertería de plata o un juego de recursos financieros.

Se puede tener como una agencia de viajes, como un mayordomo o como una lanzadera espacial, como vehículo y acompañante para dar

paseos por ambientes salvajes, científicos, desérticos, asiáticos, populares, para describir órbitas más amplias, innumerables y excéntricas.

Cuando se tiene un marido así, se tiene algo de qué presumir, y se puede presumir de tenerlo más de lo que lo tienen otras mujeres: de tener un dominio completo de sus gustos, habilidades, pánicos, fijaciones obsesivas, vicios ocultos, costumbres alimenticias, modos de bostezar, faltas de educación habituales.

Tenerlo es también tener la posibilidad de vestirlo, enseñarlo, tranquilizarlo, asustarlo, confortarlo, hundirlo, encargarle que recoja a los niños y que vea lo le pasa al coche.

La literatura científica no registra el uso de la expresión “marido objeto” con la misma frecuencia y constancia significativa que la expresión “mujer objeto”. Por alguna razón misteriosa, algunos ordenamientos jurídicos de la antigüedad negaban a la mujer la capacidad de ser propietaria.

Un marido se puede tener como alguien con quien se vive, como alguien que llama por teléfono cuando se va de viaje para decir que ha llegado bien, que llama para decir que llegará tarde a comer, o que llegará tarde directamente, sin llamar.

Se puede tener como alguien que no habla más que de lo que hace él en el trabajo, y que apenas se interesa por la cantidad de cosas que hay que hacer en la casa. Se puede tener como alguien que en casa no habla jamás de su trabajo, y que si se le pregunta contesta siempre que bien, con lo cual se acaba por no preguntarle.

Un marido se puede tener según esa variada gama de modalidades, y de forma que todo el mundo lo sepa, aunque hay dimensiones de todas esas modalidades que no las sabe nadie.

Un marido se puede tener como un estante u otro mueble, como un saco echado en la butaca que no hay manera de moverlo, como una estatua muda que nunca dice nada.

Se puede tener como un agente de seguridad, que vigila si se ha cerrado la llave del gas, si se dejan encendidas algunas luces, si se ha encajado bien la puerta, si le van a robar el bolso a ella, si las llaves del coche están en su sitio.

Se puede tener como algo que no hay manera de quitarse de encima. Se puede tener como un agujero en el bolsillo que se gasta el dinero

en esas cosas. Se puede tener como una caja fuerte indescifrable de la que es imposible sacar un duro. Se puede tener como alguien a quien es difícil engañar, o muy fácil, según en qué cosas.

Se puede tener como ese hombre gordo y aburrido del salón y de por las noches, que cada vez es más difícil soportar.

Se puede tener como un dolor de muelas, como una enfermedad crónica. Como el lumbago.

Se puede tener como un oficio, como un horario de trabajo, como una obligación. Se puede tener como una obsesión.

Se puede tener como algo con lo que entretenerse. Se puede tener como un obstáculo, como un muro por delante, como una cadena al cuello que obliga a describir siempre las mismas órbitas estrechas y aburridas.

Se puede tener como una asignatura pendiente, un suspenso o una carrera por terminar. Se puede tener como una hipoteca, como una culpa. Además se puede tener por culpa propia y también inocentemente (en este último caso, la tenencia es nula según algunos moralistas y juristas, que entienden que para que la adquisición sea válida ha de hacerse adrede).

Se puede tener como buena suerte o como mala suerte.

Lo más frecuente es que un marido se tenga según todas esas modalidades, pero de forma que nadie más lo sabe, o quizá solo los más amigos y los demás lo sospechan.

En la mayoría de los casos un marido se tiene de todas esas formas. Bien simultáneamente o bien sucesivamente, a lo largo de los años.

Pero, de todas maneras, algo hay que tener, y mejor es eso que nada.

-No es guapo, y no es no sé cuantas cosas más, pero... ¡y qué! Hija, mira todas las cosas que tienes. Bueno, digas lo que digas, ahí lo tienes. Es un hombre y es el que a ti te ha tocado. Además ¿qué te habías creído tú que es un hombre? Un hombre es eso, no es más. Todos los hombres son así.

Estos factores, eventos y circunstancias contribuyen a producir en el marido la satisfactoria sensación de ser útil. A veces, la de ser utensilio.

21. LOS HOMBRES SOLAMENTE QUIEREN UNA COSA

-Pues claro, hija. Y qué te crees tú que nos ha pasado a todas.

Es asombroso, pero es así. Son...tontos. O, bueno, quizá son simplemente inconscientes. Si supieran todo lo que una les pueda dar, todo lo que les quiere dar...

Es que ese hombre no puede acoger ni la centésima parte de lo que ella puede amarle, de lo que ella le quiere dar...Es un bruto... un animal... Bueno, ningún hombre puede acoger eso... No. Es que los hombres... son muy romos, muy... zafios, no sé...

No todos los hombres son así. No todos son como éste. Algunas tienen un marido como Dios manda, y no una especie de marmota fofa que dormita y erupta. Una especie de funcionario del amor... demoras, chapuzas... y luego, además, nada.

A otras les tiene que resultar mucho más fácil sentirse mujer, mucho más agradable.

Hay algunos hombres maravillosos.

Un marido puede ser lo más antierótico del mundo, como un diccionario, un forro para coches o una papeleta municipal.

Hay hombres completamente insoportables y aburridos, y hombres con quienes la vida resultaría maravillosa, excitante, siempre llena de novedades, siempre sorprendente.

Hay artistas que son geniales, con una hondura de alma, con una soledad, con un comprender las mayores penas, con un sentir las cosas...

Hay empresarios que recorren el mundo con una fuerza, un dominio de las situaciones, un aire majestuoso, una arrogancia, unas camisas de seda... unos ejecutivos que lo que ejecutan es la vida, que la doman, que siempre le han podido.

Hay intelectuales que tienen una visión de los problemas, profundísima, exacta, que recorren América y Europa dando conferencias, que

todo el mundo les oye boquiabiertos, que salen por la televisión cada dos por tres, que la prensa cita sus frases...

Hay hombres que han ido más allá de los límites de todo lo prohibido. Hombres que han arriesgado su vida y han muerto por encontrar las cosas que ahora tenemos y disfrutamos tan tranquilamente.

Hay hombres que han ido más allá del bien y del mal, que han cometido crímenes; y que han brillado con tanta virilidad en su perversión...

Hay hombres geniales que han expresado las simas más hondas del sufrimiento y del éxtasis.

Hay hombres que se han embriagado de vicio y de virtud, que han practicado todas las costumbres francesas.

Hay mujeres que han acompañado a todos esos hombres en esas andanzas.

Hay mujeres que saben que un artista es una especie de mutilado psíquico. Frecuentemente un neurótico, que se imagina y se inventa los sentimientos de los demás, y los suyos propios. Capaz de pasarse una tarde llorando porque alguien ha clavado un hacha en el tronco de un árbol, y capaz de pasarse días sin entrar en el cuarto donde su esposa está agonizando.

Hay mujeres que saben que un intelectual es un individuo que se cree todo lo que se le ocurre, y que pretende que todos los demás se lo crean también, pero eso sí, oyéndoselo decir a él muchas veces de distintas maneras y de la misma.

Hay mujeres a las que les ha dado tiempo a perfilar detalladamente la imagen del hombre de sus sueños, porque un hombre real, que fue capaz de hacer que se sintiera mujer durante un tiempo más o menos largo, y de un modo más o menos profundo, la abocó a una vida rutinaria, llena de repeticiones de lo mismo.

Hay mujeres que saben que un hombre crea dependencia. Que saben que un hijo la aumenta. Que saben que dos esclavizan, y que tres liberan la atención, por imposibilidad de acoger en ella sus necesidades y satisfacerlas.

Hay mujeres que saben que su vida podía haber sido de otra manera, que podía haber sido mejor, y que su marido también.

Hay mujeres que saben lo que es la nostalgia Hay mujeres inteligentes, que cumplen la definición de “animal racional”. Hay mujeres con mala suerte, y mujeres desgraciadas (habiendo tenido suerte y sin haberla tenido).

Hay mujeres con capacidad para comprender cómo son las vidas de otras mujeres. Algunas mujeres tienen capacidad para comprender cómo es la vida de su marido.

Hay mujeres que pueden hacerse cargo de las gracias y desgracias de los demás hombres, de compararlas con las propias, de valorarlas como mejor y peor.

Hay mujeres capaces de aceptar, de conformarse, de aguantar, de agradecer.

Hay mujeres que saben que en este mundo solamente hay una desgracia mayor que desear algo con toda el alma y no tenerlo: desear algo con toda el alma y tenerlo. Hay mujeres que no lo saben.

Hay mujeres que saben que los hombres solamente quieren una cosa. Hay mujeres que tardan mucho tiempo en aprenderlo, que se resisten a creerlo cuando lo averiguan. Hay mujeres que lo aprenden enseguida, que lo saben desde el principio. Que nacen sabiéndolo, o que vienen de fábrica ya con ese programa incorporado.

Hay mujeres que no se llevan ninguna sorpresa. Hay mujeres que saben que los hombres son hombres.

Hay mujeres que sienten que quien mejor las comprende es otra mujer. Hay mujeres que sienten que quien mejor las comprende es un hombre. Otras sienten que quien mejor las comprende es un psiquiatra; otras, un ordenador; otras, un arqueólogo; otras, un especialista en filología egipcia, jeroglíficos y lenguajes cifrados.

22. LEY DE HOOKE: “ES QUE NO PUEDO SOPORTARLA MÁS”

- No, espera, vamos a tomarnos una cerveza. Si no son las diez. Mi mujer no ha terminado de darle la cena a los niños y acostarlos.

Además, para qué. Si es imposible hablar con ella. Años y años luchando para poner en marcha todo esto. Peleando para conseguir los créditos y las subvenciones, echando horas y horas para que esta gente aprenda a hacer bien las cosas, aguantando las zancadillas de los demás...

Claro que hay que conseguir más dinero. Claro que los niños necesitan ropa. Claro que el coche está viejo. Claro que ella necesita una persona que le ayude en casa. Claro que sus padres están cada vez más viejos y hace falta atenderlos. Claro que el piso resulta demasiado pequeño. Claro que llevamos mucho tiempo sin vacaciones.

Pero hay cosas que no pueden ser. Está bien que ella tenga su carrera, y está bien que la ejerza. La vida ha cambiado mucho. Seguramente yo estaba equivocado. No sé. No es que quiera que esté todo el día pendiente de mí. Pero, por lo menos, tener un sitio en casa donde poder trabajar, tener un sitio donde estar tranquilo. Por lo menos, poder ver en paz los programas de la televisión que a uno le gustan.

No me importa estar solo. Es preferible. Por lo menos no tengo a nadie recordándome todo lo que me falta por conseguir. Tampoco se trata ya de estar a gusto. Ni siquiera pido eso. Pido simplemente estar sin que me pinchen. Sin notar que estoy como un cero a la izquierda. Sin notar que estoy como estorbando. Porque, si no me tiene en cuenta a mí, si no tiene en cuenta nada de mi trabajo en los planes que hace para la casa, para las vacaciones, para ver a su familia... ¿Qué pinto yo en esa casa? ¿Es que esa es mi casa? Y ella, ¿es que un hombre puede decir realmente “ésta es mi mujer”? Sí, por las noches, pero tampoco

siempre. Además, es que..., a veces de lo que tienes ganas es de estrangularla...

Ella no tiene nunca intención de fastidiarme. Eso desde luego. Ya lo sé. Pero “es que eres muy tranquilo”, “es que nunca me haces caso”, “es que no te tomas la más mínima molestia por nada de lo que te pido”.

Ella no se imagina hasta qué punto puede hacerle a uno la vida insoportable. No sé. Y eso lo entienden bien muchas de mis compañeras.

Bueno, es preferible no hablar de eso, ni siquiera pensarlo. Es preferible no aparecer por casa. Realmente es que hasta suena raro. Más bien es como una pensión.

Es que el único sitio donde se puede estar a gusto es en el trabajo. Por lo menos en el bar hay una camarera agradable, que sonrío... guapísima... Pero..., porque se cuida, va arregladita... También eso en algunos aspectos es cuestión de voluntad, de querer agradar un poco. Y claro que también trabaja. Se pasa allí más de ocho horas diarias. Dieciséis por lo menos, que está allí a primera hora de la mañana, y al final de la tarde también. Y claro que al final del día le costará sonreír... No me explico cómo lo hace... Una mujer que está siempre contenta.

Pero no es ella sola. Claro que todo el mundo tiene días malos, y malas noches, pero no todo el mundo está siempre con la cara larga. Bueno, sí, la ordenanza de abajo siempre está como enfadada... pero es un caso...

No es que ella no sea agradable, no sepa sonreír... En su trabajo, sí. La aprecian, y dicen que es muy simpática, pero... ¡allí!, ¡en el trabajo!

En casa... Uno no puede estar toda la vida así... Hay que plantear las cosas de un modo más llevadero... De un modo más estable.

La ley de Hooke enuncia la flexibilidad de una viga, según la capacidad que tiene de recuperar su forma propia después de haber estado sometida a cargas distorsionantes.

Si las cargas y los materiales están bien distribuidos, mientras más peso tenga la construcción, más firmemente quedan fijados en su sitio sus pilares y traviesas.

Cuando la distribución no es adecuada, se producen las fracturas.

Se llama *débil* la fractura que puede advertirse previamente debido a la aparición de grietas y otros síntomas. Se llama *frágil* la que se produce sin previo aviso.

Los maridos se comportan siguiendo la ley de Hooke sobre la flexibilidad. Las mujeres también. Se cree que la fractura débil es más frecuentemente en los maridos, y la frágil en las mujeres, pero no hay suficientes pruebas experimentales para asegurarlo.

Puede ocurrir que sin decir nada, sin previo aviso, se vaya de su casa dando un portazo, o incluso sin darlo. Puede ocurrir que se vaya después de meses de gritos, ausencias, amenazas, silencios, y cualesquiera otros tipos de grietas.

Puede ocurrir que se produzcan todas esas grietas sin dar lugar a ningún tipo de fractura. Hay materiales que pueden recuperar su forma propia tras estar sometidos a distorsiones fuertes durante mucho tiempo.

Hay materiales con los que no se plantean ninguno de estos problemas. Son los que no tienen ninguna forma que se les pueda llamar propia. Cuando se les somete a cargas no pierden nada que luego tengan que recuperar.

Todo marido es dúctil y maleable. Menos de lo que él se cree cuando se considera demasiado bueno. Más de lo que se imagina cuando se representa a sí mismo altamente dotado con las cualidades viriles de la firmeza y la fuerza.

Generalmente una mujer sabe que su marido puede soportarla más. Generalmente se molesta si oye comentar que es dúctil y maleable, y tanto más cuanto más efectivamente él sea así.

Hay quien piensa que si tuviese mucho dinero casi todos esos problemas podrían arreglarse. Y es posible creer que la sabiduría del Corán estriba precisamente en eso: un musulmán puede tener hasta cuatro mujeres si tiene suficiente dinero para mantenerlas.

La experiencia de algunos musulmanes no es del todo concorde con eso.

23. PROVERBIO ÁRABE

Un proverbio árabe dice “cuando veas a dos personas que conviven juntas, en amigable compañía, ten la seguridad de que una de las dos es buena”.

Seguramente es verdad. Una de las dos personas tiene que ser buena. Claro que no hace falta que siempre lo sea la misma. Pueden serlo las dos, pero alternativamente. También habrá siempre ricos y pobres, y tampoco es necesario que sean los mismos siempre.

- Y te ha hecho eso, te ha dicho luego todas esas cosas, y se ha ido dando un portazo y amenazándote de esa manera. Pero... ese hombre está loco.

- No. Yo no creo que esté loco. Yo creo que es otra cosa.

Algunos psiquiatras dicen que las separaciones matrimoniales, cuando uno de los cónyuges tiene una enfermedad psíquica, son poco frecuentes en números relativos.

Parece muy extraño, pero hay una explicación. Se puede entender si se tiene en cuenta la sutil distinción que un filósofo de la Universidad Complutense de Madrid, el profesor Millán-Puelles, establece entre “estar loco” y “ser un hijoputa”.

Se trata de una distinción del tipo de las que los filósofos llaman “real” o bien de razón pero “con fundamento *in re*”.

Cuando un sujeto coge un pedrusco y empieza a machacarse a sí mismo sus propios genitales, se puede pensar que está loco. Cuando lo que hace es machacárselos a los demás, no es que esté loco, es que “es un hijoputa”.

Un hombre puede convivir con una mujer que esté obsesionada con la limpieza o con la seguridad. Puede soportar que le haga poner los cubiertos, los platos, y todo lo demás en la mesa porque ella no tiene las manos suficientemente limpias. Puede soportar que le despierte

varias veces a lo largo de la noche para que vaya a cerrar la puerta, porque está segurísima de que se ha quedado abierta. Puede soportar que le dé un ataque de llanto cada vez que le cae una mancha en la camisa.

Puede soportar todo eso y mucho más, porque sabe que no lo hace para molestarle, sino porque no puede remediarlo. Cuando su comportamiento le parece suficientemente extraño, la lleva a la consulta del médico, y cuando confirma que está loca, se prepara lo mejor que puede para poner y recoger la mesa el resto de sus días, cerrar la puerta y sentarse a comer con unos baberos especiales. Sabe que esa persona sigue siendo la misma que le quería antes y a la que él sigue queriendo ahora.

Cuando el caso es el inverso, y él está absolutamente convencido de que ha estallado la tercera guerra mundial, ella se acomoda a apagar las luces y a meterse debajo de la cama cada vez que suenan las sirenas que anuncian los bombardeos, va seis veces diarias a la oficina de correos a enviar las novedades al Alto Estado Mayor, e incluso le retira el saludo al portero y a los vecinos que son espías del enemigo. Cuando su comportamiento le parece suficientemente extraño, no le resulta tan fácil llevarlo al médico porque él no está loco de ninguna manera. Más bien ocurre que ella es una ingenua que lo ignora todo sobre la vida, y, mucho más, sobre la guerra.

Ella puede ir a la consulta y hablar con el médico si éste resulta ser un enlace del Alto Estado Mayor, y puede obtener recetas y medicamentos si son partes de los mensajes cifrados.

Ella puede soportar eso, consolarse con sus amistades y con sus parientes, pedirle a Dios la curación de su marido, y seguir adelante. Sabe que ése es el hombre que la quiere y al que ella se ha unido, y que, como está ahora, no se le puede abandonar de ninguna manera.

Todo es mucho más difícil cuando el comportamiento del otro no es suficientemente extraño.

Cuando ella se enfada tanto cada vez que se mancha las camisas, va con los zapatos sucios y tarda tantos días en afeitarse, cuando la intensidad del enfado no permanece constante, sino que varía y se modula diversamente según pasan los meses y los años, entonces es más difícil de sobrellevar.

Porque no es que sea otra persona, es que tiene unas manías completamente absurdas. No es que haya perdido la razón, es que no tiene cabeza.

Cuando él compra todos los periódicos y se los estudia todos los días, cuando cada tarde en la comida y cada noche en la cena él da una conferencia sobre la marcha de la política nacional y la internacional, y cuando se encuentra con su amigo el militar y no se le ve el pelo en todo el fin de semana porque se ha inventado un nuevo modelo de tanque, eso es más de lo que una persona normal y con sentido común aguanta.

Porque antes no era así. Porque, en cierto modo, en realidad es otra persona. Porque antes era atento. Porque lo hace... para fastidiar. Y eso sí que no se puede consentir. En realidad, ésa no es la persona con la que me casé.

La frontera entre comportamiento completamente anormal y comportamiento malévolos, es difusa, y la frontera entre comportamiento malévolos y comportamiento incordiante pero no voluntario, mucho más difusa todavía.

Dada la necesidad de clarificación que la vida práctica demanda, en ocasiones uno se ve obligado a trazar nítidamente esas fronteras para juzgar sobre un caso determinado, o una serie de ellos, y establecer la existencia o inexistencia de intención y voluntariedad.

Semejante juicio resulta difícil emitirlo sobre actos propios frecuentemente, pero hay una lucidez y clarividencia especial para emitirlo sobre los actos ajenos de una persona con la que se convive estrechamente.

A veces no se emiten los juicios, o se emiten con la sentencia incluida. A veces, no se ejecuta la sentencia. A veces, uno de los dos es bueno.

24. EL CORÁN DICE QUE SI ERES RICO, PUEDES TENER HASTA CUATRO MUJERES

La costa oriental de África es una macedonia de culturas, del tipo más barroco que se pueda desear. Los únicos sitios donde puede encontrarse algo auténtico, genuino y puro, son las galerías comerciales de los hoteles de cinco estrellas. Todo lo demás se encuentra mezclado con elementos espúreos, lleno de polvo, moscas y otros insectos, o bien altamente contaminado por la civilización occidental, la higiene y el precio standard.

El taxista era musulmán de religión, y de raza, una mezcla de yemenita del sur de Arabia y de negro de la tribu de los giriamas, de la zona costera de Malindi.

Es un hombre que está muy orgulloso de su cultura y se siente muy superior a todo el occidente, que es una deplorable y, al parecer, maldita síntesis de riqueza, libertad y corrupción. Lo sabe de buena ley, porque está acostumbrado a tratar con los occidentales de todas las clases que aparecen por allí, europeos y americanos.

En algunas circunstancias, por el hecho de tener pasaporte español, uno puede verse de pronto constituido en representante y responsable de todo occidente y de toda la cristiandad.

-Vosotros, los cristianos, habéis destruido por completo la familia.

Esto iba dicho con la autoridad de quien se siente la reserva espiritual de occidente y de todo el mundo. Se pueden encontrar musulmanes que hablan con esa autoridad. Algunos, además, lo hacen con ese resentimiento que se da a veces entre quienes presumen de virtudes morales porque no encuentran otra cosa de la que presumir. Porque necesitan a toda costa sentirse superiores a los demás, y esta forma de superioridad ofrece además la ventaja de ser irrefutable.

- Eso que se hace en occidente. Un hombre y una mujer viven juntos, tienen hijos, y a lo mejor se casan cuando los hijos tienen más de veinte años. Eso es monstruoso. Dejar a los niños sin padre ni madre. Como los animales.

Según cuál sea el contexto, puede ser más o menos difícil saber a qué se refiere la expresión "como los animales".

Hasta ahora los informes etológicos no han descrito en ellos nada parecido a un comportamiento contractual, aunque se han encontrado secuencias expresivas con cierta semejanza al lenguaje humano.

Por lo que se refiere a las formas de procreación y atención a las crías, los comportamientos referidos son muy variados.

Los leones viven en un área de unos cincuenta kilómetros cuadrados, donde tienen a grupos de hembras con sus crías. Se reúnen con ellas generalmente a la hora de comer. La preparación de la comida, es decir, la caza, en su mayor parte corre por cuenta de las leonas. Cuando llega el momento de matar a la presa, el macho se acerca, aparta a la hembra y a las crías, y toma para sí la denominada "parte del león". Come y se marcha.

Algunos etólogos sostienen que el vagabundeo indolente del león tiene la función de ahuyentar de ese territorio a los posibles enemigos de la hembra y las crías, que gracias a su vigilancia viven custodiados y con una cierta seguridad. También se ha afirmado que esas descripciones son una proyección de esquemas machistas que impregnan por completo toda la ciencia, y se ha sugerido que las leonas son en realidad autónomas y que, excepto para la fecundación, podrían prescindir por completo de los indolentes machos.

Los elefantes, según relatan algunos nativos, se aparean después de los veinte años, viven agrupados hasta los cuarenta, y a esa edad se separan del grupo y viven en solitario hasta que mueren a los sesenta años o a una edad incluso más avanzada. Pero los relatos de los nativos no concuerdan del todo con los informes que se recogen en los tratados de etología.

Algunos occidentales consideran que las costumbres matrimoniales y familiares de la mayoría de los africanos son completamente irracionales.

Un comerciante alemán, dedicado a la compraventa de antigüedades, intentaba convencer a un nativo de que lo más racional era tener dos hijos:

- Es la única manera de poder cuidarlos y darles una buena educación. Atender a su salud como es debido. Llevarlos a un buen colegio. En-

viarlos a la Universidad. En cambio si tienen 10 o 15 es imposible atenderlos bien.

El nativo le escuchaba con atención. Insistía, por su parte, en que tener dos hijos era un lujo que se podían permitir los occidentales.

- Allí el estado es rico. Puede pagarle a la gente las medicinas y el hospital, porque tiene hospitales. Puede pagarle un sueldo a los ancianos cuando ya no trabajan. Y además, puede pagarle un sueldo a los jóvenes cuando no trabajan. Pero aquí el estado no es rico, no tiene dinero, no tiene hospitales.

Si un hombre tiene quince hijos, es más probable que cuando sea viejo vivan por lo menos diez, y le atiendan. Y si se tiene cuatro mujeres, más probable...

Pero ése no es el único punto de vista posible entre los nativos sobre el matrimonio y la familia.

Otro nativo, musulmán de religión y árabe por origen racial, prodigaba sabios consejos al occidental inexperto:

-Si eres rico, puedes tener hasta cuatro mujeres. Eso dice el Corán. Y está bien. Si no eres rico, no puedes. No estaría bien.

Una mujer es algo con lo que hay que tener mucho cuidado. Lleva tiempo. Si tienes varias, debes procurar tratarlas a todas por igual. No puedes hacer diferencias o mostrar predilecciones muy llamativas. Es muy desagradable. Se puede llegar a formar una especie de guerra en la casa. Hay que tener mucho cuidado.

-¿Tú tienes muchas mujeres?

- Yo tengo una. Sólo una. Pero sé que todo es como te digo.

-¿Conoces a muchos que tengan cuatro? ¿Hay realmente hombres que tienen cuatro mujeres aquí?

- Sí. Conozco. Hay muy pocos. Algunos muy ricos. Yo conozco a uno. Y es como te digo. Muy difícil. Una mujer es una cosa que lleva mucho tiempo.

- Pero, bueno, aunque uno sea muy rico, no por eso tiene mucho más tiempo, ¿no?

- No, claro que no.

- Pues, entonces, lo de las mujeres, no es un problema de dinero, sino un problema de tiempo, ¿No?

- Bueno, un occidental sí puede pensar eso.

- Sí, un occidental, degradado por la economía, puede creer que él mismo es un recurso escaso, susceptible de usos alternativos, y pensar que eso es una buena razón para la monogamia.

25. ¡OH LAS MARIS! ¡OH LAS COLUMNAS DE LA CIVILIZACIÓN!

Las Maris son el umbral donde la cultura se hace naturaleza, donde las leyes morales se hacen leyes físicas; lo probable, seguro; lo contingente, necesario (inevitable), y la apariencia, sustancia. Las Maris son la infraestructura de la civilización, y precisamente por eso apenas pueden ser conscientes de ello.

Infraestructura son las autopistas, los puentes, los tendidos eléctricos, los cables telefónicos. Infraestructura son los ascensores, los servicios municipales de limpieza, el sistema de transporte urbano, los alcantarillados, el agua y el gas.

Para los niveles occidentales, un ser civilizado es un ser que sabe que no hay que meterse los dedos en la nariz, que sabe cuándo un vaso y un plato están sucios y cuándo están limpios, que sabe que en algunas ocasiones hay que ponerse de pie y que en otras hay que tratar de usted a la persona con la que se habla.

Un ser civilizado es un ser que ha oído muchas veces decir “niño, eso no hace”, y que ha recibido una serie de bofetadas a cuenta.

Para una mentalidad como la occidental, un ser civilizado es un ser que ha hecho la revolución, que tiene criterios propios y que decide por sí mismo.

La revolución triunfa y se alza como un logro de la civilización, pero sobre un suelo conocido porque la rebeldía no es capaz de barrer más que un porcentaje del amplio frente que cubren las Maris.

Para llegar a ser un hombre, un adulto maduro y responsable, hay que haber pasado por el conflicto generacional, hay que haber rechazado las imposiciones paternas y haberse emancipado de las prescripciones y vigilancias maternas.

A partir del momento en que el ser humano ha asumido, con plena autonomía y plena voluntariedad, la decisión de que nunca más volverá a

comer berenjenas, va a hacerse cortar el pelo al uno, va a poner el tocadiscos al volumen que quiera, y a colgar en las paredes precisamente esas fotografías, y no otras, a partir de ese momento, es un ser civilizado.

Porque se ha rebelado de esa forma, se siente libre. También algunas veces tiene un sentimiento como de culpa cuando se sienta a la mesa sin haberse lavado las manos, y un sentimiento como de vergüenza cuando alguien le ve escupir en el suelo.

No siente absolutamente nada por el hecho de no tomar las vitaminas. Ni siquiera repara en ello.

Por los demás, el fervor revolucionario no contaba con suficiente tiempo, suficiente fuerza y suficiente imaginación para inventar un horario de comidas completamente nuevo, ni unos menús del todo inéditos, ni otras formas de usar el cuarto de baño, ni otros cubiertos.

No podía prescindir de los zapatos y las camisas, que estaban generalmente en el armario. También a veces necesitaba que le despertasen a una hora más temprana de lo habitual.

Había conseguido prescindir por completo del aparato de alambres para los dientes, y podía decir “revolución” sin encasquillarse en la “erre”.

También había conseguido prescindir de las gafas. Una vez que, llevándolas desde los ocho años, habían logrado plenamente su objetivo de evitar que el defecto creciera y superarse a las 0,5 dioptrías, ya no merecía la pena seguir llevándolas.

En realidad, es difícil inventar otro modo de abrocharse los zapatos y las camisas, porque es difícil inventar otro tipo de zapatos y camisas, u otro tipo de hebillas y botones.

Es difícil luchar contra el orden establecido. Es difícil luchar contra el hecho de que en el primer estante de arriba están las vinajeras, el tostador y el café; en el segundo las fuentes y soperas; y en el tercero las tazas y platos del desayuno; en el primero de abajo a la derecha, en los cajones, los cubiertos.

Se podría dar la batalla por cambiar algunas cosas, pero los territorios conquistados se perderían enseguida si no se ocupasen y se poblaran con colonos que tuviesen otras costumbres y otras lenguas.

El orden establecido verdaderamente importante, está custodiado por un ejército auténticamente disciplinado, que podría luchar hasta la muerte antes que ceder posiciones al enemigo. Las Maris.

Es posible encontrar hombres dispuestos a morir por la implantación del régimen democrático y la defensa de los derechos humanos.

Se pueden encontrar hombres que no están dispuestos a morir por la patria, pero sí por el sistema métrico decimal, verdadero fundamento de la cultura europea y de la comunicación entre los pueblos.

Y se pueden encontrar mujeres dispuestas a todo menos a dejar que le alteren sus principios. Porque ningún pueblo, ninguna cultura, ninguna civilización, podría subsistir sin ellos.

El principio de que no puede imponerse ninguna sanción penal sin que haya habido previamente una definición de en qué consiste el delito al que corresponde esa pena, es muy importante. Los juristas están convencidos de que occidente no se mantendría sin él.

El principio de que la lavadora se pone los lunes, miércoles y viernes; de que se plancha los sábados; de que la pimienta, la sal, la mostaza y las demás especias tienen que estar en esa repisa al lado del rollo de papel-paños; de que la lejía que hay que comprar es la de esa marca y que se guarda con el cubo dentro del armario blanco en el recodo del pasillo; de que se va al super los viernes por la tarde, y algunas veces los sábados por la mañana; y otra serie de principios no menos fundamentales, son absolutamente decisivos para todos. Las Maris saben que la vida no se podría mantener sin ellos.

Las Maris están tan seguras de esos principios, como los médicos de la eficiencia de la aspirina, y los criminalistas de cuáles son las garantías legales del delincuente. Y creen en ellos con más firmeza. Porque saben que, si bien no todo el mundo necesita tomar aspirinas todos los días, ni hacer valer todos los días sus derechos al ser llevado a la comisaría de policía, todo el mundo necesita todos los días usar cubiertos, ese jabón, esa toalla y esa sal, en general. En particular, sabe que las personas que viven en su casa, y ella misma, tiene que usar todos los días todos esos instrumentos que están donde deben estar, y no por una cuestión de derecho positivo, sino por una cuestión de ley natural primara: porque, de otro modo, no se podría vivir.

26. LA HUELGA DE INTENDENCIA Y LA GUERRA DEL PELOPONESO

-Pues a mí no me parece que hacer croquetas, limpiar el polvo y fregar sea una cosa tan importante... Yo no le doy ninguna importancia... será porque lo hago todos los días y estoy acostumbrada... Además... nadie le da importancia.

Las Maris son ese colectivo que, sin saberlo, de un modo plenamente consciente, le da al mundo occidental una estabilidad muy superior a la que le han dado los tratados de Postdam y Yalta durante casi cincuenta años.

Se puede mirar a la OTAN como aquel entramado a cuya sombra los europeos se permiten el lujo y la licencia de comer y dormir diariamente con una cierta tranquilidad.

Desde esa perspectiva, las Maris son mucho más fundamentales. No es que sean una imagen de la paz, la simbolicen o quieran obtenerla. La irradian. Como un lago suizo, como un pastor tirolés, como una vaca asturiana. Dulce, gorda, productiva.

Como la mole del Himalaya, está siempre en el mismo sitio, y por eso inspira confianza y seguridad. La más firme de todas las seguridades; ésa que se da por supuesto sin haber sido cuestionada nunca. Tiene una regularidad cósmica incluso en sus temporales y tormentas.

Puede tener la misma suavidad que las nieves perpetuas, que la Osa Menor, que una piel de melocotón. El diccionario de la Real Academia las define bien con el término "fruto": producto del desarrollo del ovario después de haberse efectuado la fecundación, en el cual están contenidas las semillas y a cuya formación cooperan con frecuencia el cáliz y otras partes de la flor.

La flor es el "conjunto de órganos de reproducción de las plantas fanerógamas, compuesto generalmente de cáliz, corola, estambres y pistilos".

En sentido figurado, se llama también fruto a la utilidad y provecho, y, en sentido propio, a cualquier producción de la tierra que rinde alguna utilidad. En sentido figurado se llama flor a lo más escogido de una cosa.

Las Maris son frutos a cuya formación no solamente cooperan unas partes de la flor, sino todas las partes. Todo. Como en el caso de algunos rumiantes, se aprovecha todo. La jornada de trabajo completa, la energía cinética y muscular, lo que sabe de medicina, de electricidad, de condimentación, de higiene y de mecánica, su capacidad de recoger y transmitir información; se aprovechan las horas de descanso, los fines de semana, las noches. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.

La naturaleza es constante y verdadera. Por eso lo natural es cíclico, repetitivo. Los frutos necesitan, para madurar, mucho tiempo: recorrer centenares de miles de veces el camino que extrae el alimento de las sales y mohos de la tierra, llevarlo hasta el centro de la semilla y transformarlo en pulpa por los alambiques de su corazón.

Esa parte de la naturaleza, definida como el conjunto de órganos de reproducción por su potencia evocadora y su potencia nutritiva, puede desestabilizar la democracia y producir una guerra, como la de Troya, o puede dar solidez a las instituciones y poner fin a otra guerra, como la del Peloponeso.

Según un relato de Aristófanes, la guerra del Peloponeso fue clausurada por una huelga de suministro llevada a cabo por las Maris espartanas y atenienses.

Puestas de acuerdo mediante sus propias redes de transmisiones, decidieron que cuando sus maridos volvieran del frente a pasar unos días de permiso a casa, se cerrarían en banda y los someterían a dieta nocturna, rigurosa y sin excepciones. La huelga fue secundada en un porcentaje que no ha sido alcanzado por ninguna central sindical en épocas posteriores.

Cuando los espartanos volvieron al frente, con la expresión de la derrota en sus cuerpos, al ver en el gesto de sus enemigos los atenienses, el mismo desamparo y la misma orfandad que experimentaban en su interior, un movimiento de solidaridad y compasión recorrió sus médulas y les llevó a compartir su carencia.

Efectivamente, todos habían sido sometidos a dieta rigurosa y absoluta. No había nada que hacer. A lo sumo, capitular. Negociar con las Maris y llegar a una rendición lo más honrosa posible, que significó la finalización de la guerra.

Algunos historiadores modernos y contemporáneos, de los más radicales, han puesto en duda la existencia real de semejante convocatoria de huelga. Los más moderados, por su parte, han puesto en duda solamente que la huelga fuera secundada al 100%, pero tanto unos como otros convienen en que la guerra del Peloponeso concluyó efectivamente en las fechas señaladas por Aristófanes y otros autores.

Una polémica análoga se ha mantenido en relación con el papel desempeñado en el inicio de la guerra de Troya, por una mujer de un atractivo al parecer excepcional, llamada Helena, según una narración de Homero.

Numerosos historiadores creen que no existió; otros que sí existió, pero que su atractivo no era realmente para tanto, y otros, finalmente, que como es imposible que una sola persona altere el curso de la historia, porque eso es un privilegio reservado a los colectivos, una sola mujer no puede ser un tema adecuado para la investigación científica.

En cualquier caso, Helena no era una Mari, y por los relatos que nos han llegado, es más lógico pensar que los acontecimientos relacionados con una *boutique* no pueden tener la misma importancia social, ni la misma repercusión internacional, que los relacionados con el mercado de abastos de los núcleos urbanos más importantes, y que afectaban a una población más numerosa.

Desde un punto de vista moderno, resulta más aceptable y verosímil el relato de Aristófanes que el de Homero.

27. LA MÁS FUERTE DE TODAS LAS PASIONES

La naturaleza es constante, verdadera. Por eso lo natural es cíclico, repetitivo.

La constancia y regularidad con que se ponen los platos en la mesa, se recibe una bronca al pisar el suelo todavía mojado después de haber pasado la fregona, se es compelido a llevar bufanda bastante antes de que llegue la Navidad, y en la Navidad se come pavo, besugo, cardos y sopa de almendras picadas, junto con otras muchas constancias y regularidades, hace que los seres humanos tengan la sensación de que la vida es algo natural.

Las Maris son constantes como la naturaleza. Como la providencia divina, justa y misericordiosa, que hace brillar el sol sobre buenos y malos, le dan a comer a su hora a todos, no importa que hayan ido al colegio o estén enfermos, que hayan cumplido sus tareas o no. Le dan una bofetada a cada uno, al que haya tenido la culpa y al que no, para no hacer discriminaciones que puedan desestabilizar.

Las Maris tienen un uniforme de faena, uno o varios uniformes de paseo, y su peculiar indumentaria de guerra, que, por regla general, hacen con decoro, sin abandonar sus posiciones y sin cortar el suministro.

Es poco probable que una Mari haya oído hablar alguna vez de la Rochefoucault, o que haya leído una obra de Stendhal o de Flaubert, pero ha oído seriales de Sautier Casaseca, y ha leído novelas de Corín Tellado, y en no pocos casos sabe escuchar atentamente a su marido, como si lo que cuenta del trabajo le interesase de verdad, o, mejor dicho, como si lo entendiese de verdad.

Entenderlo de verdad significa, evidentemente, entenderlo como lo entiende él, es decir, advirtiendo las implicaciones que el problema que cuenta tiene para las buenas relaciones con los clientes, el futuro de la empresa, el desarrollo económico de la región, y, desde luego, el contexto de la política nacional.

Una Mari tiene tendencia a ver las implicaciones que el problema del trabajo que su marido le está contando tiene con la hora a que se va a terminar de cenar, con la hora a que se van a acostar los niños, con la excursión a la playa que planeaban para el domingo, quizá con las vacaciones que habían pensado para este año, y, muy probablemente, con la salud de él.

Por un extraño efecto de la unidad cósmica, percibe la íntima conexión entre “todo el contexto de la política nacional”, y por eso lo que su marido le cuenta le interesa de verdad.

Todos los demás problemas, los intuye vagamente, y en la medida en que su apoyo moral es requerido, lo aporta de modo pleno. En ese caso, se despierta y se pone en marcha la más fuerte de todas las pasiones: la compasión.

En las Maris hay gigantescos volcanes de compasión, que entran en erupción periódicamente, activados con más o menos intensidad por los culebrones.

Para las Maris el culebrón es como para los políticos el consenso, como para los psiquiatras la infancia y como para los marxistas la historia universal: el lugar dónde se descifran todos los enigmas y se resuelven todos los problemas.

El culebrón es el sitio donde el mal se manifiesta y, finalmente, es derrotado. El lugar donde se ve nacer el bien, y se ve que ese bien es de suyo difusivo. Pero todo eso ocurre de manera que concuerda con la nebulosa romántica donde los ensueños de las Maris despiertan y alzan el vuelo.

El culebrón es donde se ve cuándo una flor se va a transformar en fruto y cómo, cuándo una fruta empezará a pudrirse, de manera que se pueda padecer con la flor y compadecer a la fruta. Una Mari puede entonces revivir sus ensueños de adolescencia y juventud.

Ahí es donde se ve cuándo y cómo los problemas de una empresa afectan a las vacaciones de una familia, la maldad de un avariento rompe las ilusiones de unas criaturas inocentes, y la fuerza de los amores construyen o deshacen. Una Mari puede reconocer en eso la complejidad de la vida y sentir reforzado el conjunto de convicciones que dan consistencia al insuperable realismo femenino.

También en esas series es donde se perciben mejor las mil caras de la envidia, ese sentimiento que, como las Maris saben, tanto influye en la gente. También se puede ver cómo la venganza se satisface, frecuentemente sin ganancia de nada, con la simple destrucción de algo, y los ancianos que han vivido mucho se hacen cargo de las cumbres de heroísmo y de las simas de vileza que le dan su relieve a los corazones humanos.

Desde una cierta perspectiva, a eso se le podría llamar el juicio universal: al final de los tiempos, cada peseta a su bolsillo y cada hijo con su padre. Todo resulta aclarado. Pero si eso se hace a la medida del corazón de las Maris, suele recibir el nombre de “culebrón”.

La pasión que permite vivir intensamente todas esas vidas de tantas personas se llama compasión. No hay ninguna otra que permita vivir tantas cosas tan diferentes con tanta intensidad. Es la pasión más propia de la madre naturaleza, la solicitud por cada viviente singular, la solidaridad con cada uno, que se hace persona con rostro humano en las Maris.

Si a esto se añade el potencial de transmisión que guardan, las Maris aparecen entonces no solamente como una fuerza de la naturaleza, si no como la mayor potencia cultural.

Algunos autores sostienen que quien mejor ha comprendido nunca esta superioridad estratégica de las Maris ha sido San Pablo, y que en eso consistió su éxito en la implantación y difusión del cristianismo.

Al parecer, el estudio minucioso de los viajes de San Pablo permite advertir que iba siempre de una viuda a otra, y así sucesivamente. Una viuda rica es un tipo de Mari con algunas cualidades más desarrolladas, como la capacidad de almacenamiento y la capacidad de transmisión redundante, o sea, con menos probabilidad de error y con menos pérdidas. Entra en la categoría de los condensadores, transformadores y conductores de alta fidelidad.

Al parecer, la estrategia paulina de la selección de Maris adecuadas en el Mediterráneo, es el modelo que permitió el despliegue del imperio británico en el Atlántico sur y en el Pacífico, y el establecimiento de la red de Sony y Toyota en Europa y América.

28. LA VERDAD, COMO LA MAYONESA, TIENE SU MOMENTO

En los inicios del siglo XX estaba muy extendida la creencia de que era imposible una ciencia verdadera y fiable, si no se eliminaban las situaciones de prepotencia social y privilegios económicos de algunos grupos. Por eso se suponía que la clave de la verdad estaba en la revolución.

Investigaciones posteriores pusieron pronto de relieve que la posibilidad de una ciencia auténtica y genuina, estribaba en la canalización adecuada de los impulsos sexuales. El secreto de la verdad estaba, por consiguiente, en el pene, y por eso se llegó a considerar que el único modo de ver las cosas como son era acabar con las imposiciones paternas, derrocar las prepotencias paternalistas. Nadie podía considerarse un ser humano adulto y maduro, o sea, sensato, si no había llamado “cerdo” a su padre.

Tras dos guerras mundiales, los estudios sobre comunicación y lenguaje permitieron advertir que la clave y el eje de todo el conocimiento humano no estaban en la revolución, en la economía o en el pene, sino que estaba en el protofonema “pfzrrr”. Era cuestión de competencia lingüística, de comprensión.

Esto tuvo sus repercusiones inmediatas en la convivencia conyugal.

No importa que haya habido tantas incomprensiones, peleas, malentendidos.

No importa que durante tanto tiempo ella haya estado preparando con tan poco aceite las verduras, creyendo que era así como más le gustaban a él; y no importa que durante tanto tiempo él haya estado soportando esas verduras puramente cocidas en agua, convencido de que así le gustaban a ella. No importa que un día se tiraran los platos

a la cabeza. Que ella hubiera tenido que sacarse algunas acelgas de los rulos aquella noche antes de acostarse.

No importaba que él hubiera tenido tanta amistad con aquella enfermera; que ella hubiera hecho tan buenas migas con el dueño del restaurante que estaba cerca de casa.

Por supuesto, no importaba que ella hubiera sisado tantas veces dinero antes, ni que hubiera mentido tantas veces, cuando él había preguntado a qué hora había vuelto a casa la niña la noche anterior.

Las cosas habían cambiado mucho desde la época de su madre, cuando las mujeres no trabajaban. Entonces los hombres eran unos energúmenos y unos egoístas, y la única manera de sobrevivir, de mantener el orden y la convivencia familiar, era ir consiguiéndose un poco de dinero por esos procedimientos, era mantenerle a él tranquilo diciéndole que sí, que las cosas se hacían como él había dicho.

Pero, desde luego, eso no era robar, y, muchos menos, se podía llamar mentir a eso. Ni siquiera los curas de entonces habían dicho nunca que ahí hubiese nada inmoral, o malo. Claro. ¿Cómo va a decir nadie que pueda ser inmoral abrirse el mínimo de espacio para respirar, ganarse ese margen de desahogo que una necesita para vivir!?

Ahora las cosas son muy distintas. Cada uno tiene su dinero, su autonomía. Cada uno respeta la vida del otro. Los choques se producen la mayor parte de las veces por no hablar. Hablando se entiende la gente. Hablando es como se reparten mejor entre los dos las obligaciones domésticas.

Casi siempre, la mayor parte de los problemas son problemas de comunicación. Si se le explica adecuadamente, ella puede comprender que él no puede estar pendiente de los detalles de la casa. Que no es que resulte preferible comer y cenar por ahí en vez de ir a casa, es que no queda más remedio.

Más aún. Muchos de los problemas de los matrimonios vienen porque no se gritan. Porque no tienen la suficiente confianza para enfadarse a fondo. Uno vive como si estuviera de visita en casa del otro, y, claro, luego pasa lo que pasa. Nadie puede aguantar así toda la vida. Antes o después, salta.

Si se obtienen procesos de mentalización adecuados, intensos, cada uno puede acabar suficientemente convencido, contra todo pronóstico y

contra toda evidencia, de que el otro tiene una capacidad de escucha y de comprensión superior a la del más caro de los psiquiatras, y una indulgencia superior a la del más benévolo de los confesores.

Ponerlo en duda es una actitud inmisericorde, propia de una dureza de corazón inhumana. Es negarse a darle al otro una oportunidad.

Lo último que se puede decir de uno es que no lo intentó, y lo último que se puede decir de una es que no le dio esa oportunidad.

La lucha por convertir cada uno al otro en el más paciente de los psiquiatras y el más benévolo de los confesores, puede tener como contrapartida el intento por convertirse cada uno a sí mismo en el más colaboracionista de los pacientes y en el penitente más arrepentido.

Puede no tener ninguna contrapartida de ese tipo, y consistir en un supremo ejercicio de cara dura por una de las partes, o en un ejercicio simplemente moderado por parte de los dos.

Puede dar lugar a una desaforada carrera de competencia y rivalización en lo que a sinceridad se refiere, de modo que la vida de familia llega a convertirse en una sesión permanente de terapia de grupo.

Algunos autores sostienen que Jardiel Poncela no tuvo nunca especial talento literario, pero sí muchos parientes y amigos con gran exuberancia de escrúpulos morales de esa índole.

Ella puede pensar que la vida matrimonial es imposible si ella no le cuenta a él diariamente el contenido de los sueños que ha tenido cada noche, porque los sueños expresan el contenido y los afectos verdaderos del corazón y esa es la única manera en que él puede saber cuánto lo quiere.

El puede creer que no hay unidad conyugal verdadera si no le cuenta cada tarde las oscilaciones de la bolsa de Tokio, Frankfurt y Nueva York, no porque eso sea una particular afición suya o porque tenga un paquete de acciones, sino porque eso es verdaderamente vivir la vida, vivir en el mundo, porque, si no, ¿para que se casarón?

Se han empezado a utilizar en algunos países desarrollados unos cuestionarios prematrimoniales, en los que se señala por cada una de las partes lo que es la verdad, la intimidad, la confianza y la comprensión, y lo que es deber y derecho de cada uno saber del otro y comunicar al otro. Todavía no hay estudios fiables sobre la eficacia de esos cuestionarios.

29. PULGARCITO Y LA CENICIENTA

Ella de niña había sido más bien gordi, y, aunque guapa, sus padres y sus hermanos siempre se habían reído de ella porque quería tener el pelo muy largo, pero no la dejaban.

Como era niña, siempre la habían tenido de “chica para todo”, y se había pasado la vida haciendo recados. Y cuando no era de salir, siempre le había tocado a ella recoger la mesa, colocar los platos en su sitio, poner la lavadora.

Cuántas veces todos sus sueños, sus más románticos deseos y sus más fantásticas ilusiones, se atropellaban por ocupar el primer plano de su mente en esos momentos en que montaba la guardia junto al teléfono, y en que sus padres y hermanos le tomaban el pelo mucho más.

No es que ella hubiese sido una chica pasiva en el amor, ni hubiese estado esperando a que se lo dieran todo hecho. No. Ella había salido con amigos de todos los grupos que frecuentaba, había llamado a los chicos para salir y hacer planes cuando le había apetecido. Pero aquellas temporadas, cuando sabía que él iba a llamarla, ... era distinto. Incluso aunque él no fuera a llamarla. Cada vez que sonaba el teléfono le daba un vuelco el corazón. Podía ser él. Aunque estuviese fuera, lejos, en una tienda de campaña y a kilómetros y kilómetros de cualquier teléfono... Podía ser él.

Y cuando sonaba el timbre del teléfono era como si todo recibiese un toque mágico. El friegaplatos y la batidora se convertían en los amigos y colaboradores más eficaces del mundo, como si hicieran solos las cosas. La aspiradora parecía entonces una maravillosa y romántica escoba de bruja, que eliminaba todas las pelusas de la moqueta, de esa moqueta que reproducía en sus dibujos el enlosado de una rústica y cálida cabaña del bosque.

Y se marchaban a veces en el autobús de la compañía municipal de transporte urbano, a veces en el 127, que parecía una carroza de nacar tirada por dragones de coral y fuego.

Cuántos malos ratos y cuántas peleas para que estuviera en casa antes de las doce. Sus padres no se daban cuenta de que los tiempos habían cambiado, de que ya no era una niña, de que todo el mundo se reiría de ella si lo decía... Porque todas sus amigas tenían mucha más libertad... o, por lo menos, la normal... Todo fue maravilloso. El día de la boda. Los álbumes de fotos. El video. El viaje a las Bahamas.

Y los años siguientes, ¿¡qué fue la vida los años siguientes!? Todo el día poniendo y quitando dodotis... Y cuando cogieron la rubeola... y cuando la escarlatina... Menos mal que se consiguió que fueran todos al mismo colegio, el que estaba más cerca de casa... Eso sí que era pasarse el día en la cocina. Bueno, era mucho peor. Y por si fuera poco, mi madre... Menos mal que en las vacaciones estábamos sólo nosotros y que... ¿y que había más tranquilidad? ¿No había más trabajo en las vacaciones estábamos sólo nosotros y que... ¿y que había más tranquilidad? ¿No había más trabajo en las vacaciones que el resto del año?

Y ahora, que ya los niños van haciéndose mayores, que lo que quieren son sus amigos, y salir por las noches, y más dinero... ¡Qué hace una mujer todavía joven, en casa...! Todavía joven, junto al teléfono, que no para un momento y que no deja vivir... Bueno, sí, está la parcela en el campo, y éste hombre en su butaca. No para de darle vueltas a ese modelo de Lancia... Sí, es bonito, pero... y su obsesión por los minerales...

De pequeño a él siempre le había gustado coleccionar piedras. Las guardaba en unas taleguitas y decía que eran sus tesoros. Las separaba por tamaños y tonalidades de color. Las que eran más redondas y blancas las llamaba perlas. A veces las repartía entre sus padres y sus hermanos. O se las prestaba. Otras veces decía que eran una contraseña para reconocerse como de la misma banda, o como del mismo servicio secreto de espionaje.

Cuando fue al colegio, primero, y a la universidad después, siempre pasaba miedo. Siempre que tenía que ir a sitios nuevos o a

ambientes desconocidos, se sentía muy inseguro. No era físicamente muy fuerte, ni tampoco la astucia era una de sus cualidades destacables.

Cuando era en el colegio, muchas noches tardaba en dormirse. Nunca le decía nada a nadie. Se estaba callado así. Algunas veces pasaba buenos ratos mirando las estrellas. Hasta que le dolía el cuello.

Había pensado que al salir de la universidad haría unas oposiciones. No, mejor se metería en el mundo de la empresa. Ganaría mucho dinero. Podrían comprarse una casa mejor. Cada uno, una. Estarían siempre todos juntos. Encontraría a una mujer maravillosa. Muchas veces había pensado cómo iba a ser. Rubia, con el pelo largo. Tendrían hijos. Y sería muy amigos de sus hijos. Hablaría mucho de ellos.

Cuántas veces había intentado revivir otra vez la costumbre de las conversaciones con su padre, como al principio, cuando vivía con ellos. Luego se tuvo que marchar. Intentó que eso no se perdiera, repetir frecuentemente esas sesiones, mantener el contacto, escribir cartas. Hablaban siempre que en vacaciones volvía a casa. Pero, poco a poco, cada vez más distanciados. En parte era por no preocuparle. En parte, porque se había convencido de que había llegado a unas encrucijadas de la vida en las que no había retorno. La soledad del mando, la responsabilidad. La soledad del corredor de fondo. La soledad del cabeza de familia.

Ahora era mayor. Las cosas ya no eran temibles. No habían tareas desproporcionadas para sus fuerzas. Ahora que no había bosques impenetrables, ni dragones, ni ogros, ni hombres lobos, ni brujas, porque el tráfico era más fluido que nunca, porque encontraba siempre sitio en los nuevos aparcamientos, porque siempre que necesitaba un crédito se lo concedían, porque ningún colega se había portado mal con él, porque ninguna mujer se había cruzado en su camino por el procedimiento de ser la única que había comprendido verdaderamente su problema, porque cada vez le gustaba más su trabajo y encontraba cada vez más facilidades para poner en práctica nuevas ideas, porque cada vez tenía más ideas nuevas y magníficas, que todo el mundo reconocía como tales. Porque cada día estaba más enamorado de esta mujer que estaba siempre allí, y le parecía maravi-

lloso todo lo que se le ocurría. Porque también le parecía maravilloso cuando no se le ocurría nada. Porque le parecía más maravilloso aún que se le ocurrieran siempre las mismas cosas y las hiciera.

En algunas ocasiones, le hubiera gustado hablar con sus padres, consultares sobre algunas de esas situaciones, pero... Habrían dicho que todas esas cosas le pasan a uno por ser como es.

30. MAMÁ, ¿PAPÁ ES RARO? SÍ, PAPÁ ES MUY RARO

- Lo más costoso es el trabajo de decidir cada día, muchos días, muchas cosas infinitamente triviales. Decidir qué se va a comer y qué se va a cenar, decidir qué se va a hacer en los ratos libres, qué ropa se van a poner los niños, si se va a ir al cine o no, qué película se va a ver, con quién vamos a comer el domingo.

- Si, eso es muy pesado. También es muy pesado oír esas preguntas todos los días en el desayuno, en la comida, en la cena.

- Pero hay mucha gente a la que no le molestan esas preguntas, al contrario, que le gustan.

- Si. Hay gente.

La sensación de abandono y de desamparo, de resultar indiferente a alguien, parece que es mayor mientras menor es el interés que ese alguien manifiesta, y la ayuda que alguien presta, cuando le es solicitada para una cuestión que uno considera absolutamente decisiva en un determinado momento.

En qué momentos resultan decisivas qué cuestiones permanece escondido en los más recónditos pliegues de la psique, dando una misteriosa simplicidad a las relaciones intersubjetivas y al carácter de las personas que han convivido estrechamente durante muchos años.

En algún caso, la sensación de abandono y desamparo más profunda que ella ha tenido fue cuando, un día que le dolían las muelas, él le dijo que no se lo repitiera más y que pidiera hora para ir al dentista, y siguió viendo la televisión tan tranquilo como si ella estuviese bien. Él se sintió profundamente desolado a la vez que le comentó aquella noticia de prensa sobre la recalificación de terrenos, y le puso el periódico y dos revistas encima de la mesa para que los pudiera leer, y ella siguió en lo que estaba como si tal cosa, como si aquello no tuviera la menor trascendencia.

Parece que es a través de los más duros golpes como se aprende qué cuestiones absolutamente decisivas, como llamar por teléfono y leer el periódico, tiene cada uno que hacer en solitario. Y es a través de la repetición de los golpes más duros como se llega al desengaño y a la insensibilidad que hace llevadera la convivencia.

- Y ahora que todos los hijos son mayores, después de todas las peleas mantenidas en la discreción más completa, y de las que han trascendido y trascienden diariamente al resto del ámbito familiar, después de tantas cosas que cada uno se ha callado y se ha aguantado..., ¿por qué no decírlas ahora, para que aprendan los hijos, los nietos...?

- Porque son tonterías...

- Porque no me acuerdo

- Pues mira: una de las cosas que más me molestaban de él es que todos los días llegara a casa y, para quitarse los zapatos, se sentase encima de la cama. ¿No está la calzadora al lado?, ¿y no está ahí para eso? Pues, no señor. Encima de la cama. A dejar el colchón hundido por ese lado. Y ¡hala!, a ponerlo bien otra vez. Por la mañana, a dejarlo todo bien. Y luego, cuando él llegaba, nada, otra vez a sentarse ahí.

- Y ¿no se lo decías?

- Sí. Cientos de veces Pero, como si oyese llover.

- Pero, después de tantos años diciéndoselo, aprendería..., ¿no?.

- No. Bueno, eso era hace mucho tiempo. Luego salieron esos colchones modernos que no pierden nunca la forma... Pero, no. ¡Qué iba a aprender! No. Yo me acostumbré. Ya al final, no le decía nada. Anda y que se siente donde quiera. Me da igual cómo esté la cama y cómo esté el armario.

No es tarea fácil el intento de superación de los esquemas machistas que la disciplina materna ha inculcado en todos desde la infancia más tierna y desde la más áspera.

Una posible vía es el intento de cruzar la frontera en la que se deja de considerar a los hombres simplemente como hombres (lo que, desde el punto de vista de ellos equivale a "normales"), para pasar a considerarlos como seres más bien "raros" (que es como con frecuencia aparecen desde el punto de vista de las mujeres).

Además, la frontera es móvil. No está siempre trazada de la misma manera. Es un territorio tan problemático como el Alto Adige o Gibraltar.

Metodológicamente la confrontación con la categoría de “normal” podría prestar un gran servicio a la investigación, pero en ocasiones resulta más resbaladiza que la de “raro”. En algunos casos se ha intentado por el procedimiento de exclusión.

Sesión familiar, con la perspectiva no muy lejana de celebración de bodas de oro.

- Mamá, ¿papá es raro?

- Sí. Papá es muy raro. Mucho. Es un hombre con el que no resulta nada fácil la convivencia. Muchas veces se queda callado, arruga la cara, y se pasa varios días en que no se le puede decir nada, y sin hablar él nada. Además cuando se enfada tiene mucho genio, y... muchas más cosas. Es raro, es muy raro.

La pregunta puede ser hecha desde posiciones más neutrales y por personas menos allegadas. Se puede pasar revista al entorno de cada cuestionada, indagando por los hombres con los que tiene una relación lo suficientemente directa como para poder pronunciarse sobre su cualidad de raro.

- No, éste otro no es raro, no. Es un hombre muy pacífico, con el que es muy fácil llevarse bien.

-¿Es normal?

- Bueno, dicho así... Pues... sí, es normal...

-¿“Raro” quiere decir “hombre con el que es difícil convivir” y “normal”, “hombre con el que la convivencia resulta fácil”?

-¡No! No es así. No son tan simples las cosas.

- Y el otro, el que viene después, ¿Es raro?

- Sí, es raro, pero no importa. Cualquier mujer habría sido feliz con él...!

Puede ser que la categoría de hombre normal no exista, o que contenga muy pocos individuos. Lo que se desprende es que tiene muy poca importancia. Que el hombre sea normal no parece una cualidad que le haga a una mujer ser feliz junto a él.

31. OTRA COSA QUE NO SE LLAMA AMOR

Según algunos informes antropológicos, en Bali, isla del archipiélago Indonésio, el nombre propio que se da a las personas cuando nacen está formado por un conjunto de sílabas que no significan nada, y con las cuales no se ha designado antes a ningún otro miembro de la familia ni, en general, a ningún ser humano.

Normalmente se designa a las personas por su posición en la serie ordinal de los nacidos (el primogénito, el segundón, etc.), por su relación con los demás familiares (hijo de, hermana de), por la actividad profesional-social (el molinero, etc.). El nombre propio se evita con una reverencia casi religiosa. Solamente cuando se acerca el final de la vida, y el sujeto está a un paso de convertirse en la divinidad que será después de su cremación, puede saber él, y los que más de cerca han conocido su vida, lo que su nombre propio designaba.

Lo que se sabe de la persona, el término con el que se la nombra, tiene más que ver con funciones estereotipadas y bien definidas en el tablero de juego sociofamiliar, que con su carácter único e irrepetible.

Se supone que todo el mundo es único e irrepetible, y los seres humanos tienden a comportarse según esa convicción. Los hombres tienden a cumplir los contratos que firman, a pagar el alquiler y las letras que contratan, y si no lo hacen no suelen alegar que no son ellos mismos los que firmaron, sino que más bien declaran carecer de fondos.

Además, parece que la constancia repetitiva de algunas funciones estereotipadas tiene mucho que ver con el conocimiento que los demás y uno mismo tiene de seguir siendo ese ser único e irrepetible. En este sentido, vale tanto la constancia repetitiva propia como la ajena.

Se ejercita el amor a los enemigos no sólo por poner en práctica un precepto cristiano, sino también por agradecimiento. Los ataques de los enemigos a las propias posiciones, a los propios valores y a la propia

realidad, son de gran utilidad para el conocimiento de las propias posiciones, los propios valores y la propia identidad.

También los elogios pueden tener una función análoga, y hay muchas otras actividades y cosas que contribuyen a eso. La señora del estanco, la sopa de por las noches y las berenjenas, las broncas por haber dejado mal puesta la colcha, el camarero. Quico el del kiosco. De todas formas, más de los dos tercios de las funciones de confirmación y reforzamiento de la identidad personal están concentradas en un solo factor: las Maris.

Si después de más de veinte años de convivencia, cenicienta no ha envenenado a pulgarcito con unos filtros encantados, y si pulgarcito no le ha abierto a cenicienta la cabeza con el hacha una tarde, al volver de cortar leña en el bosque, entonces se presume una heteroreferencia positiva de afirmación recíproca con una presunción *iuris et de iure*, es decir, que la hipótesis contraria no se admite como verdadera ni siquiera aunque se demuestre con pruebas irrefutables.

Esto quiere decir que en ese caso hay un vínculo fuerte, estable y substancial entre el hombre y la mujer. Vínculo único e irrepetible, porque es poco probable que quede tiempo para repetirlo (tiempo y fuerzas), y vínculo con cierto carácter de estereotipo en cuanto que es posible encontrarle un nombre en las enciclopedias.

Hay algunas dudas a la hora de determinar cuál es la verdadera substancia de ese vínculo. Se ha pensado que podría ser esa promesa que cada uno hizo al principio al otro de compartir su vida, como si supiesen de qué estaban hablando.

Se ha pensado también que la tendencia del hombre y la mujer a reconocerse como sí mismo/a muchos años después, en actos a los que se habían comprometido mucho tiempo antes, tiene como su verdadera substancia la hipoteca, y como su verdadera fuente el derecho hipotecario.

En ciertas culturas, un ser humano tiene verdadera entidad, y es realmente alguien, si realmente posee algo, y posee realmente algo si lo puede hipotecar, si puede hipotecarse.

Por supuesto, esto es un punto de vista propio de culturas muy elementales, sin ningún sentido de la espiritualidad y crasamente materialistas. En culturas superiores, se da una concepción más estilizada

de la propiedad, el comercio tiene mayor fluidez, y hay acreedores que pueden quedarse conformes ante el impago si el deudor declara que realmente él ya no mantiene la misma identidad.

De todas formas y dado que en esas culturas también se producen vínculos con la cohesión y estabilidad descritas, se puede pensar que su verdadera substancia no está realmente en la hipoteca, o no solamente en ella, y habría que indagar en el resto de las referencias interpersonales.

Unos sujetos adultos, con más de veinte años de convivencia, es decir, unos sujetos suficientemente escarmentados, dudarían antes de llamarle amor, porque generalmente ese nombre tiende a utilizarse para designar muchas otras cosas, tiene una elevada potencia evocadora, y siempre que se emplea el sujeto parece que sabe muy bien lo que dice y parece muy seguro de lo que quiere.

Podría ser que se tratara de una repetición muy peculiar. Podría suceder que después de todas las veces que uno ha decepcionado al otro, todas las veces que cada uno ha dejado desamparado al otro, o ha omitido algo adrede para fastidiarle, o le ha impedido lo que más deseaba en aquel momento, o ha hecho algo que de ninguna manera podía esperar que le hiciera, o se ha comportado mucho peor de lo que lo harían los animales, cada uno cortara para siempre la relación con el otro. En ese caso no hay más de veinte años de convivencia.

Si la hay, más bien la reacción no parece la de cortar, sino la de esperar a ver si no es siempre así, a ver si luego en otros momentos tiene otra actitud, a ver si el otro recapacita un poco, a ver si uno mismo puede tener más tacto en otro momento.

Cuando hay reacciones de ese tipo, están motivadas por otra cosa que no se llama amor, que en algunas culturas no tiene ningún nombre particular, y que en otras se llamaría oportunismo del bien, expectativa de los acreedores, oferta ilimitada de crédito, perdón, o con otros diversos nombres comunes.

Cuando es ése el caso cada vínculo de ese tipo es único e irrepetible, es una substancia singular. En nuestra cultura se le da casi siempre un nombre propio, y con bastante frecuencia se le dan también dos apellidos (que suelen ser igualmente propios).

COLECCIONES Y TÍTULOS DE EDITORIAL THÉMATA, 2017

COLECCIÓN PENSAMIENTO

DIRECTORES: JACINTO CHOZA, JUAN JOSÉ PADIAL, FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS

Ensayos y estudios sobre ciencias y técnicas, ciencias naturales, ciencias sociales y ciencias humanas. Investigaciones personales y de equipo, memorias y, en general, toda aportación que contribuya a un mejor conocimiento y una mejor comprensión del cosmos y de la historia.

1. *La recomposición de la crisma. Guía para sobrevivir a los grandes ideales.*
SATUR SANGÜESAatur Sangüesa

2. *Locura y realidad. Lectura psico-antropológica del Quijote.*
JUAN JOSÉ ARECHEDERRA Y JACINTO CHOZA.

3. *Aristotelismo.*
JESUS DE GARAY.

4. *El nacimiento de la libertad.*
JESUS DE GARAY.

5. *Historia cultural del humanismo.*
JACINTO CHOZA

6. *Antropología y utopía.*
FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS.

7. *Neurofilosofía: Perspectivas contemporáneas.*
CONCEPCIÓN DIOSDADO, FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS, JUAN ARANA.

8. *Breve historia cultural de los mundos hispánicos. La hispanidad como encuentro de culturas.*
JACINTO CHOZA Y ESTEBAN PONCE-ORTÍZ.

9. *La nostalgia del pensar. Novalis y los orígenes del romanticismo alemán.*
ALEJANDRO MARTÍN NAVARRO.

10. *Heráclito: naturaleza y complejidad.*

GUSTAVO FERNÁNDEZ PEREZ

11. *Habitación del vacío. Heidegger y el problema del espacio después del humanismo.*

ROSARIO BEJARANO CANTERLA

12. *El principio antropológico de la ética. En diálogo con Zubiri.*

URBANO FERRER SANTOS

13. *La ética de Edmund Husserl.*

URBANO FERRER SANTOS Y SERGIO SÁNCHEZ-MIGALLÓN.

14. *Celosías del pensamiento.*

JESÚS PORTILLO FERNÁNDEZ.

15. *Historia de los sentimientos.*

JACINTO CHOZA

16.- *¿Cómo escriben los estudiantes universitarios en inglés? Claves lingüísticas y de pensamiento.*

ROSA MUÑOZ LUNA.

17.- *Filosofía de la Cultura.*

JACINTO CHOZA.

18.- *La herida y la súplica. Filosofía sobre el consuelo.*

ENRIQUE ANRUBIA

19.- *Filosofía para Irene.*

JACINTO CHOZA

20.- *La llamada al testigo. Sobre el Libro de Job y El Proceso de Kafka.*

JESÚS ALONSO BURGOS.

21.- *Filosofía del arte y la comunicación. Teoría del interfaz.*

JACINTO CHOZA.

22.- *El sujeto emocional. La función de las emociones en la vida humana.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS.

23.- *Racionalidad política, virtudes públicas y diálogo intercultural.*

JESÚS DE GARAY Y JAIME ARAOS (EDITORIES)

24.- *Antropologías positivas y antropología filosófica.*

JACINTO CHOZA.

25.- *Clifford Geertz y el nacimiento de la antropología posmoderna.*

JACOBO NEGUERUELA.

26.- *Ensayo sobre la Iliada.*

BARTOLOMÉ SEGURA.

27.- *La privatización del sexo.*

JACINTO CHOZA Y JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DEL VALLE

28.- *Manual de Antropología filosófica.*

JACINTO CHOZA

29.- *Antropología de la sexualidad.*

JACINTO CHOZA

2.- COLECCIÓN PROBLEMAS CULTURALES

DIRECTORES: MARTA BETANCURT, JACINTO CHOZA, JESÚS DE GARAY Y JUAN JOSÉ PADIAL

Investigaciones y estudios sobre temas concretos de una cultura o de un conjunto de culturas. Investigaciones y estudios transculturales e interculturales. Con atención preferente a las tres grandes religiones mediterráneas, y a las áreas de América y Asia oriental.

1. *Danza de Oriente y danza de Occidente.*

JACINTO CHOZA Y JESÚS DE GARAY.

2. *La escisión de las tres culturas.*

JACINTO CHOZA Y JESÚS DE GARAY.

3. *Estado, derecho y religión en Oriente y Occidente.*

JACINTO CHOZA Y JESÚS DE GARAY.

4. *La idea de América en los pensadores occidentales.*

MARTA C. BETANCUR, JACINTO CHOZA, GUSTAVO MUÑOZ.

5. *Retórica y religión en las tres culturas.*

ALEJANDRO COLETE Y JESÚS DE GARAY

6. *Narrativas fundacionales de América Latina.*

MARTA C. BETANCUR, JACINTO CHOZA, GUSTAVO MUÑOZ.

7. *Dios en las tres culturas.*

JACINTO CHOZA, JESÚS DE GARAY, JUAN JOSÉ PADIAL.

8. *La independencia de América. Primer centenario y segundo centenario.*

JACINTO CHOZA, JESÚS FERNÁNDEZ MUÑOZ, ANTONIO DE DIEGO Y JUAN JOSÉ PADIAL.

9. *Pensamiento y religión en las Tres Culturas.*

MIGUEL ÁNGEL ASENSIO, ABDELMUNIN AYA Y JUAN JOSÉ PADIAL.

10. *Dios en las Tres Culturas.*

JACINTO CHOZA, JESÚS DE GARAY Y JUAN JOSÉ PADIAL.

3.- COLECCIÓN ARTE Y LITERATURA

DIRECTORES: FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS, ALEJANDRO MARTÍN NAVARRO Y ALEJANDRO COLETE

Obras de creación literaria en general. Novela, relato, cuento, poesía, teatro. Guiones y textos para creaciones musicales, visuales, escénicas de diverso tipo, montajes, instalaciones y composiciones varias. Traducciones de textos literarios de los géneros mencionados.

1. *La Danza de los árboles.*

JACINTO CHOZA

2. *Cuentos e imágenes.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS

3. *El linaje del precursor y otros relatos.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS

4. *Cine y filosofía I: Ritos.*

ALBERTO CIRIA (ED.)

5. *Cuentos completos.*

OSCAR WILDE. EDICIÓN DE FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS.

4.- COLECCIÓN OBRAS DE AUTOR

DIRECTORES: JUAN JOSÉ PADIAL Y ALBERTO CIRIA

Obras de autores consagrados en la historia del pensamiento, del arte, la ciencia y las humanidades. Obras anónimas de relevancia para una cultura o un periodo histórico. Clásicos del pasado y de la actualidad reciente.

1. *Desarrollo como autodestrucción. Estudios sobre el problema fundamental de Rousseau.*

REINHARD LAUTH

2. *¿Qué significa hoy ser abrahamita?*

REINHARD LAUTH

3. *Metrópolis.*

THEA VON HARBOU

4. *“He visto la verdad”. La filosofía de Dostoievski en una exposición sistemática.*

REINHARD LAUTH.

5. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. I. Introducciones.*

G. W. F. HEGEL. EDICIÓN DE JUAN JOSÉ PADIAL Y ALBERTO CIRIA.

En preparación

6. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo II. Antropología.*

G. W. F. HEGEL. EDICIÓN DE JUAN JOSÉ PADIAL Y ALBERTO CIRIA.

7. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. III. Fenomenología y Psicología.*

G. W. F. HEGEL. EDICIÓN DE JUAN JOSÉ PADIAL Y ALBERTO CIRIA.

5.- COLECCIÓN SABIDURÍA Y RELIGIONES

DIRECTORES: JOSÉ ANTONIO ANTÓN PACHECO, JACINTO CHOZA Y JESÚS DE GARAY

Textos de carácter sapiencial de las diferentes culturas. Textos sagrados y sobre lo sagrado y textos religiosos de las diferentes confesiones de la historia humana. Textos pertenecientes a confesiones y religiones institucionalizadas del mundo.

1. *El culto originario: La religión paleolítica.*

JACINTO CHOZA.

2. *La religión de la sociedad secular.*

JAVIER ÁLVAREZ PEREA

6.- COLECCIÓN ESTUDIOS THÉMATA.

DIRECTORES: JACINTO CHOZA, FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS, JUAN JOSÉ PADIAL.

Trabajos de investigación personal y en equipo, específicos y genéricos, instantáneos y prolongados, concluyentes y abiertos a ulteriores investigaciones. Textos sobre estados de las cuestiones y formulaciones heurísticas.

1. *La interculturalidad en diálogo. Estudios filosóficos.*

SONIA PARÍS E IRENE COMINS (EDS)

2. *Humanismo global. Derecho, religión y género.*

SONIA PARÍS E IRENE COMINS (EDS)

3. *Fibromialgia. Un diálogo terapéutico.*

AYME BARREDA, JACINTO CHOZA, ANANÍ GUTIÉRREZ Y EDUARDO RIQUELME (EDS.)

4. *Hombre y cultura. Estudios en homenaje a Jacinto Choza.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ VALLS Y JUAN J. PADIAL (EDS.)

5. *Leibniz en diálogo.*

MANUEL SÁNCHEZ RODRÍGUEZ Y MIGUEL ESCRIBANO CABEZA (EDS.)

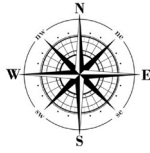
7.- COLECCIÓN CUADERNOS DE CLASES.

DIRECTORES: ANANÍ GUTIÉRREZ AGUILAR Y JACINTO CHOZA

Antologías, apuntes de y para clases, conferencias, debates y seminarios, selecciones de textos ya editados. Textos de valor práctico para uso en las aulas por estudiantes y participantes en talleres y sesiones de trabajo de diverso tipo.

1.- *Bioética y sentido de la vida.*

JACINTO CHOZA



Este libro se terminó
de imprimir el día 19 de mar-
yo de 2017, festividad del día
de la madre.